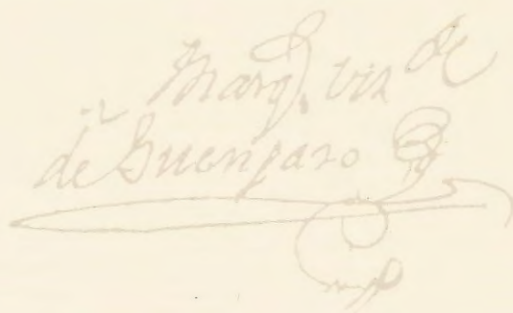


Vizconde de Buen Paso

Carta de la Corte de Madrid



BIBLIOTECA BASICA CANARIA

8

CARTA DE MADRID

Edición de Miguel Angel Hernández
González



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Gonzalo Ortega Ojeda

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Vizconde de Buen Paso

CARTA DEL MARQUES DE LA
VILLA DE SAN ANDRES Y
VIZCONDE DE BUEN PASO
RESPONDIENDO A UN AMIGO
SUYO LO QUE SIENTE DE LA
CORTE DE MADRID

Islas Canarias
1988

© Para la introducción **Miguel Angel Hernández González**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-505-8040-4

Depósito Legal: M. 33.923-1988

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

INDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción	9
I. Trayectoria de un escritor	11
II. Obra en prosa	23
III. Obra poética	29
Bibliografía	33
Nota a esta edición	35
Madrid por dentro	37
<i>Soneto al pico de Teide</i>	205
<i>Glosa</i>	206
<i>Soledad escrita en la isla de la Madera</i>	211
<i>Dando los años a la Duquesa de Atri</i>	229
<i>A las tenderas</i>	231

INTRODUCCION

La literatura canaria del siglo XVIII tiene un referente imprescindible y esencial, la obra en prosa de Cristóbal del Hoyo, Vizconde de Buen Paso (1677-1762), considerado tradicionalmente en los manuales de literatura canaria como poeta.

El concepto de hombre libertino y poseído del demonio que nos legó su generación propició que su figura y obra no fuesen estudiadas con la atención que merecían. Hasta el punto que la tradición oral sólo recordaba de él tal cual chiste gracioso o composición satírica en verso, para los que, se decía, tenía bastante facilidad.

La época romántica admiró en él al personaje legendario que supo hacer de su vida una novela de aventuras y al héroe que se enfrentó con el alto Tribunal de la Inquisición.

En la actualidad, los que hemos estudiado su figura y obra, lo consideramos un auténtico representante de la Ilustración canaria; si bien en determinadas ocasiones, su estilo literario sigue siendo el del Barroco.

La Carta del Marqués de S. Andrés y Vizconde de Buen Paso respondiendo a un amigo suyo lo que siente de la corte de Madrid, a la vez que hace un análisis costumbrista de la corte, va tratando los múltiples aspectos que observa con el mismo espíritu con que lo haría el escritor ilustrado.

Concibe su obra como una tarea pedagógica de lucha contra la costumbre de no razonar al enjuiciar los hechos; por ello, como dice Iris de Zavala, puede considerársele como uno de los más valientes defensores de la tolerancia y la libre expresión.

En esta Carta, además del tema que trata, tiene muy presente la realidad insular hasta el punto que ésta le sirve como un modelo constante para corroborar sus ideas.

MIGUEL ANGEL HERNÁNDEZ GONZÁLEZ

I. TRAYECTORIA DE UN ESCRITOR (1)

(1) La publicación de la Biografía del Vizconde de Buen Paso será editada próximamente por el Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife.

El 31 de diciembre de 1677 nace en Tazacorte (isla de La Palma) Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor, hijo del capitán de caballos don Gaspar del Hoyo Alzola (natural de Garachico, Tenerife) y de doña Ana Jacinta de Sotomayor.

En Santa Cruz de La Palma inicia su primeros estudios de gramática con el presbítero Manuel de Párraga y Fr. Juan de Leiva; aunque su verdadera inquietud intelectual habría de venirle a través del mar con el comercio y los contactos mantenidos con capitanes y viajeros que transportaban, junto a las mercancías y libros prohibidos, las nuevas ideas que empezaban a enseñorearse de Europa.

Su vida pudo haber sido la de cualquier noble de su época, despreocupada y ociosa, pero las circunstancias que concurrieron en su persona le encaminaron por derroteros muy distintos.

La ausencia de su padre hacia los gobiernos de América le facilita una vida desordenada en exceso que trae como consecuencia su primer encuentro con la Inquisición, el año 1700, a raíz de unas letanías que cantó, junto con otros amigos, a la sobrina de un inquisidor de La Palma, en unas Carnestolendas.

Esta primera y severa reprensión por parte de la Iglesia fue para nuestro personaje un toque de atención de que existía un estamento muy importante que había que tener en cuenta; y sobre todo para despertar sus inquietudes religiosas que, hasta ese momento, se alimentaban de la rutina y la tradición.

En 1703, siendo capitán de caballos, solicita pasar al primer tercio que estuviese vacante en Tenerife: «Señor: el capitán de caballos corazas don Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor, que lo es actualmente de la isla de La Palma una de las Canarias dice que va para once años que está sirviendo dicha compañía y manteniendo cuatro caballos y un trompeta a expensas de don Gaspar del Hoyo Alzola, su padre, que ha estado gobernando las provincias de la Nueva Andalucía y Nueva Barcelona en Las Indias».

Consigue trasladarse al tercio del Puerto de la Orotava, que mandaba don Tomás de Alfaro. Su faceta como militar se caracterizó por la gran libertad que gozaba para actuar a su antojo, ya que su temperamento no estaba acostumbrado a someterse a reglamentos y órdenes.

En 1706 asiste con su Regimiento a la defensa del puerto de Santa Cruz de Tenerife, del intento de invasión de la escuadra inglesa al mando del General Genning, correspondiéndole la misión de conducir, junto con don Diego Lercary, al enviado que entregó la carta del comandante de dicha escuadra:

De su paso por el ejército tenemos algunas observaciones curiosas relativas a quiénes deben formarlo, tácticas militares, misiones.

Probablemente, en 1707 solicita un permiso para ir a reunirse con su padre que se encontraba en Francia. Esta circunstancia habría de influir en su formación intelectual,

por cuanto fomentó en él un sentido de observación más agudo que le serviría más tarde como patrón para medir su propio país.

Regresa a Tenerife en 1910. Viene con el título de Vizconde que le había conseguido su padre por Real cédula de 10 de febrero de 1708. Se establece en el Puerto de la Orotava, lugar de su Regimiento, si bien viaja de un lugar a otro de la isla donde tiene familia y amigos.

El Puerto de La Orotava fue, después de 1706, el núcleo comercial más importante de Tenerife. Ello trajo como consecuencia la llegada de extranjeros que se establecieron en el lugar y que posibilitaron la divulgación de las nuevas concepciones de tipo filosófico y religioso, especialmente entre la aristocracia que era la que mantenía el comercio. De estos años es la relación de amistad que sostiene Cristóbal del Hoyo con John Crose, cónsul de Inglaterra, residente en el Valle, quien a través de la conversación y los libros fue un eslabón importante en la formación de nuestro personaje.

En 1714 inicia un segundo viaje, esta vez en compañía del mencionado cónsul y por motivos comerciales, relacionados con la salida de los vinos canarios. Pasó primero por Londres y luego por París.

1716 es la época de su retorno a Tenerife. Se establece en Icod de los Vinos donde construye su casa en la hacienda de Alzola que había heredado de su abuela. Viene convencido de que las nuevas ideas son las mejores para su patria chica y se propone, en cualquier ocasión que se le presenta, ser divulgador de las mismas, ya sea con su actitud ya con sus comentarios. Estos le acarrearán un segundo proceso inquisitorial en 1717, esta vez a causa de las opiniones sobre la controvertida Bula Unigenitus que condenaba el Jansenismo.

Los problemas no parecen abandonarle. La vida libertina durante su juventud y su espíritu aventurero, galante y apasionado parecen ser las circunstancias que los atraen: en 1722, año de la muerte de su padre, dio comienzo una querrela matrimonial que le interpone su sobrina doña Leonor del Hoyo, exigiéndole el matrimonio para lavar su honra. Esta acusación de la que, al principio, no se defendió, motivó su prisión preventiva en el castillo de San Felipe del Puerto y después el 24 de abril de 1725 en el de Paso Alto de Santa Cruz de Tenerife, atendiendo a la consideración de su profesión militar.

Esta primera falta de libertad que sufre el Vizconde fue una oportunidad propicia para leer y escribir. Aquí, en Paso Alto, lee a nuestros clásicos del siglo XVI y XVII



Castillo de S. Felipe del Puerto de la Orotava.



Casa del Vizconde de Buen Paso, frente a la calzada de Alzola en Icod.

y posiblemente aquí leyó también el *Teatro Crítico* de Fr. Benito Jerónimo Feijoo, al igual que muchos libros clandestinos. De esta época es su *Soneto al pico de Teide*, abundantes décimas satíricas y su famoso poema el *Salmo Miserere*.

Al principio la estancia en el castillo no alteró su ánimo alegre y festivo, ya que se le permitía toda clase de libertades. Pero en 1732, nuevas circunstancias agravantes relacionadas con la prisión le mueven a la fuga que realiza, después de curiosas peripecias, a la isla de La Madera y Lisboa. En esta ciudad contrae matrimonio, por poder, con la dama gallega Margarita Suárez de Deza, en la parroquia de Fión, Obispado de Lugo, el 1 de mayo de 1735.

De su paso por Lisboa es el poema amoroso *Carta de pago a cierta dama que en Lisboa vive...*, escrito con motivo de un desengaño amoroso que tuvo con la hija de la condesa de Prado, y que sería la causa favorable que le decidiera al matrimonio.

La estancia en Portugal sirvió para enriquecer aún más su espíritu, con la observación de las costumbres y tradiciones del pueblo portugués, la asistencia a las tertulias de la nobleza y la frecuente visita a la biblioteca del duque de Aveiro.

El 3 de octubre de 1736 será una fecha memorable: se fuga de la casa de sus suegros en Galicia y se traslada a la corte de Madrid, con muchas pretensiones; la primera, la de dar una explicación ante el Rey de la actitud adoptada en relación con el pleito matrimonial.

Su situación económica es bastante precaria, por cuanto hasta el 6 de abril de 1736, en que se le concede el indulto, sus fincas canarias habían permanecido embargadas y, por consiguiente, abandonadas.

En Madrid, aunque no consiguió nada de lo que pretendía, su situación privilegiada y el mucho tiempo de que disponía le sirvieron para hacer un agudo análisis de las costumbres y tipos de la corte, que reflejó en su libro *Carta del Marqués de la villa de San Andrés y Vizconde de Buen Paso respondiendo a un amigo suyo lo que siente de la corte de Madrid* y su propia autodefensa en el libro *Cartas Diferentes*. Libros que, por su contenido ideológico, le ocasionaron nuevos problemas con la Inquisición.

En Madrid nace su hija Juana el 6 de noviembre de 1737. Hastiado de pretender y no conseguir nada, pensando que su hija ya iba teniendo edad para casarse, se reintegra a Canarias en febrero de 1751; se establece en La Laguna.

El contacto con la tierra canaria, después de tantos años de ausencia, fue un duro golpe para don Cristóbal del Hoyo, pues muchas de las realidades grabadas en su mente a la salida de las islas, habían experimentado un gran cambio. Por otro lado, tiene que volver a empezar con la puesta en orden de sus haciendas; sin embargo, su temperamento optimista impidió, una vez más, que se dejara vencer por las dificultades.

Fruto de las inquietudes económicas que siempre le caracterizaron será el tratado: *Copia de un papel que llegó a mis manos en defensa del bien público. La verdad declarada a favor del común de esta isla de Tenerife*, escrito en 1755, que le es atribuido.

Las denuncias y delaciones no terminarían, ni los edictos de prohibición de sus libros tampoco, hasta el punto que, ya a una edad avanzada, le obligara el Tribunal ir a Las Palmas a hacer declaración. Parte en septiembre de 1759 y regresa en agosto de 1761, gracias a la influencia del Inquisidor General Manuel de Quintana. Después de su libertad, reorganiza su casa y concurre a la tertulia del

Marqués de Nava, para la que fue un constante animador, con el relato de los lances de su azarosa vida.

A fines de ese mismo año es elegido castellano de Paso Alto y Regidor del Cabildo de La Laguna. Su vida transcurre ya tranquila y sin preocupaciones, pues la única, que sería su hija, está en vías de arreglo, al estar concertada su boda con Fernando de La Guerra.

Muere el 26 de noviembre de 1762 a los ochenta y cinco años y fue sepultado en la iglesia de los Remedios de La Laguna, tal como él lo había pedido en el testamento: «un ataúd de alquiler, sin tumba, ni escudo, ni honra ni salida de misa, ni ofrenda, que todas esas pompas funerales son vanidad e ignorancia de que no se sirve Dios...»

Su vida y obra están estrechamente relacionadas. Fueron sus propias circunstancias vitales las que configuraron pensamiento y actitud, y las que, en último término, fueron la fuente de su propia creación literaria.

El papel que el Vizconde de Buen Paso representa para la literatura canaria es el mismo que Fr. Benito Feijoo representó para la peninsular, salvando distancias y diferencias importantes. La admiración que el escritor canario sentía por Feijoo se manifiesta a través de los juicios desparramados por sus obras: «Yo muriera de hambre primero que cocinar y sólo con Feijoo resucitaría» (*Carta de Lisboa*) o con la expresión «doctísima pluma» (*Carta desde La Madera*), o cuando se manifiesta de esta suerte: «el Maestro Feijoo asienta a que por el polo ártico hubo comunicación ...no lo ha pensado Feijoo sólo. Venero sus discursos y los otros, mas éste me parece adivinatorio» (*Carta... de la corte de Madrid*) (2).

(2) *Carta del Marqués de S. Andrés ...lo que siente de la corte de Madrid.* Biblioteca Canaria de la Universidad de La Laguna. Signatura: 17008.

La primera gran influencia que ejerce el escritor peninsular sobre el Vizconde es la actitud crítica y de examen frente a la realidad, que se deriva de enfrentar las apariencias externas de las cosas con su interioridad. La tarea pedagógica que se proponen es idéntica: la de desengañar al vulgo de los errores admitidos por tradición; pues, como el fraile benedictino, considera a aquél como ignorante e incapaz de un juicio recto. La misma es la técnica que emplean para combatir las supersticiones: unas veces con sencillos argumentos, basados en el sentido común, otras con reflexiones no exentas de humor, y la misma es la finalidad con la que compuso sus dos libros de Cartas, en las *Cartas Diferentes*, desengañar al común de la actuación de su persona con relación al pleito matrimonial y en la *Carta... de la corte de Madrid*, de los falsos prejuicios que se tienen de la misma.

II. OBRA EN PROSA

La obra de Cristóbal del Hoyo se compone de los siguientes libros:

1. *Cartas Diferentes a diferentes asuntos y a un mismo asunto*, 1740.
2. *Carta del Marqués de la villa de S. Andrés y Vizconde de Buen Paso respondiendo a un amigo suyo lo que siente de la corte de Madrid*, 1745.
3. *Copia de un papel que llegó a mis manos en defensa del bien común*, 1755.

La Carta del Marqués..., *lo que siente de la corte*, consta de los siguientes elementos: Portada, prólogo, dedicatoria (a su sobrina doña María Teresa Vélez del Hoyo), versos preliminares y tres partes bien diferenciadas: a) la que se refiere a las costumbres de Madrid y la descripción de los Sitios Reales; b) la que contiene una serie de disertaciones teológicas sobre el poder del demonio, los problemas de la Iglesia (crítica de la bula Sabatina, de la indulgencia Porciúncula...); si bien el tema es aquí diferente, en muchas ocasiones mantiene el mismo tono que la primera parte, al intercalar recuerdos y anécdotas sobre su vida; y c) un conjunto de composiciones en verso.

De este libro se conocen dos ejemplares, uno en la Biblioteca Nacional de Madrid, Signatura: R34629 y otro en la Biblioteca Canaria de la Universidad de La Laguna, signatura: 17008. Últimamente ha sido editada parcialmente por Alejandro Cioranescu con el título *Madrid por dentro* (3).

La Carta entra dentro del género epistolar, por cuanto son dos personas las que se comunican y por emplear, frecuentemente, un tono conversacional. Este género se prestaba más a la sátira y permitía bastante espontaneidad y amenidad en los temas, ofreciendo la posibilidad de pasar de un tema a otro más ágilmente. Sin embargo, ha perdido el carácter peculiar del género, esto es, el ser escrito breve, porque el Marqués de San Andrés la compuso a manera de ensayo o discurso en los que desplegó todo su ingenio y sus conocimientos eruditos.

Al igual que los periódicos de la época y el ensayo informativo y satírico, la carta tuvo, en la primera mitad del siglo XVIII, un carácter difusor de cultura y de las inquietudes e ideas de la Ilustración.

En la primera parte de la Carta, la intención fundamental del escritor es dar respuesta al supuesto amigo, residente en Canarias, acerca de lo que siente de la corte de Madrid, para desengañarlo de las falsas opiniones que se tienen de la misma. A semejanza del libro de Alonso Núñez de Castro *Sólo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid* (4), se muestra en forma conversacional y trata el mismo asunto, aunque Núñez de Castro exalta las grandezas de la Corte, mientras el Vizconde las critica.

(3) Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor: *Madrid por dentro* (1745). Edición, introducción y notas de Alejandro Cioranescu. Aula de Cultura del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife. 1983.

(4) Núñez de Castro, Alonso: *Sólo Madrid es corte y el cortesano en Madrid*. Madrid, 1658. Biblioteca Nacional de Madrid. Libro I. Signatura: 17874.

Por otro lado, el autor canario tiene contraída, en lo que al tema de Madrid se refiere, una gran deuda con nuestros clásicos del siglo XVII, especialmente con el Quevedo de *Los Sueños* y Vélez de Guevara con *El Diablo Cojuelo*. El autor del Buscón le sirve como modelo para la técnica de descripción de muchos de los tipos que presenta. Además, los sucesores de Quevedo se interesaron, especialmente, por una ciudad que muy pronto se identificó con la de Madrid.

El costumbrismo no desapareció, como se venía pensando, durante el siglo XVIII. Correa Calderón ha mostrado una serie de autores que siguen cultivando el cuadro de costumbres en esta centuria, como Torres Villarroel con *Visiones y Visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte* (1727).

En esta línea habría que incluir al Vizconde y su Carta. Así la vio, además, la Calificación Inquisitorial, que la consideró como un libro de costumbres de Madrid.

Además del costumbrismo, aparecen discursos eruditos, históricos, de asuntos económicos, biográficos, políticos, de crítica. La Carta ofrece también pasajes que se adscriben al subgénero de la literatura de viajes, tan de moda en el siglo de Las Luces; en ellos, el escritor se comporta como un verdadero ilustrado, pues observa atentamente la realidad, ejercita frente a ella el arte de pensar, dirige su atención a lo verdaderamente útil (itinerarios, medios de transporte, alojamiento, estados de edificios).

La estructura de La Carta no responde a unos esquemas fijos. A veces empieza por una pregunta, otras por una frase que ha oído; suele haber una anécdota, donde se cuenta un hecho general o particular, extraído de su propia experiencia y al final una deducción, que es la lección moral o crítica que pretende sacar de lo expuesto...

El elemento biográfico juega un papel primordial. Diríamos que el autor, no sólo se sitúa como espectador crítico de la realidad madrileña, sino que interviene como personaje de su propia obra.

La relación que unos pasajes guardan con otros es muy tenue; a veces una palabra le da pie para tratar otro aspecto de esa misma realidad. Así, cuando escribe sobre las Sagradas Formas de Alcalá, esta última palabra le evoca los ejercicios espirituales que realizó en aquel lugar y es ocasión para tratar otros temas relacionados con dicha población (los aspectos económicos, las instituciones).

La panorámica que presenta de la villa y corte es pesimista, desilusionada, casi diríamos que rencorosa. No olvidemos que aquí se detuvo más de lo que pensaba, con la finalidad de ciertas pretensiones que nunca llegó a conseguir. En variadas ocasiones se adelanta a algunos costumbristas posteriores, concretamente al Larra de *Vuelva usted mañana* con el que comparte la misma actitud crítica.

Dos son los estilos que predominan en esta obra: el barroco-gongorino, que emplea, sobre todo, en la descripción de los lugares que visita, es decir, cuando se recrea despacio en lo que ve; y el otro, el coloquial, usado comúnmente en la conversación con gran cantidad de giros y locuciones populares.

III. OBRA POETICA

Consta de sesenta y un poemas conocidos, entre composiciones en metros cortos tradicionales (décimas, romances, quintillas) y poemas mayores en que predominan los endecasílabos.

La poética del Vizconde está dentro de las características del Barroco. Una parte de la temática gira en torno a la propia biografía del autor (amor, amistad...); otra, en cambio, es de carácter satírico burlesco a propósito de determinados personajes y situaciones.

La influencia de Góngora y Quevedo es manifiesta. Concretamente la de este último en el poema *A las tenderas*. La imitación de Góngora es muy acusada en la *Soledad escrita en la isla de La Madera*; si bien no se puede hablar de una simple imitación, sino más bien de una adaptación a la propia idiosincrasia del personaje.

Cristóbal del Hoyo, Vizconde de Buen Paso, puede figurar como un adelantado de la Ilustración canaria: por tener conciencia de que ejercía una verdadera tarea pedagógica y moral dentro de la sociedad, por seguir los dictados de la ciencia experimental, por la valentía al rebelarse contra cualquier tiranía, por la defensa de las nuevas actitudes sobre la educación, la religiosidad inte-

rior, la crítica de determinados espectáculos y, finalmente, porque en la Carta, que iba destinada a sus amigos de Canarias, analiza las causas de la decadencia económica y de la pobreza cultural por la que atravesaban las islas, a la vez que propone soluciones para remediarla.

BIBLIOGRAFIA

- Cioranescu, Alejandro: *Cristóbal del Hoyo Solórzano. Madrid por dentro*. Edición, introducción y notas de Alejandro Cioranescu. Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife, 1983.
- Domínguez Ortiz, A.: *Reminiscencias canarias en la obra del Marqués de la villa de S. Andrés*. En Hechos y Figuras del siglo XVIII español. Madrid, 1980.
- Guerra, Fernando de la: *Don Cristóbal del Hoyo y Sotomayor. Marqués de S. Andrés y Vizconde de Buen Paso*, publicado por don Enrique Romeu Palazuelos en Revista de Historia Canaria XXX, n.º: 149-152. La Laguna, 1965-1966.
- Hernández González, Miguel Angel: *Vida y Obra del Vizconde de Buen Paso*. Tesis doctoral inédita. Universidad de La Laguna. Diciembre de 1985.
- Hernández González, Miguel Angel: *Vida y Obra del Vizconde de Buen Paso*. Tesis doctoral microfilmada. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 1987.
- Hernández González, Miguel Angel: *Resumen de la vida y obra del Vizconde de Buen Paso*. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 1987.
- Hernández González, Miguel Angel: *Técnicas literarias gongorinas en el poema Soledad escrita en la isla de La Madera de Cristóbal del Hoyo*. En Revista de Ciencias y Humanidades Ycoden n.º 1. Ed. Asociación ADPADY y Excmo. Ayuntamiento de Icod de los Vinos, septiembre de 1986.
- Lorenzo Cáceres, A.: *Don Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor*. Nobiliario de Canarias III. Tenerife, 1959.
- Madariaga, S.: *Tres testigos*. Mélanges a la mémoire de J. Sarrailh,

- Centre de recherches de L'Institut d'Études Hispaniques.
Vol. II, París, 1966.
- Millares Carlo, A., y M. Hernández Suárez.: *Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor*. Biobibliografía de escritores canarios siglos XVI, XVII, XVIII) III. Las Palmas, 1979.
- Nuez Caballero, Sebastián de la: *Dos poemas de Ilustración canaria*. «Jornada Literaria». Santa Cruz de Tenerife, 8 de junio de 1985.
- Nuez Caballero, Sebastián de la: *Viera y Clavijo, poeta ilustrado*. Anales de Literatura española, n.º 2. Universidad de Alicante, 1983.
- Pérez Corrales, M.: *Cristóbal del Hoyo. Carta de Lisboa*. Edición, introducción y notas de Miguel Pérez Corrales. Instituto de Estudios Canarios. Universidad de La Laguna, 1986.
- Romeu Palazuelos, E.: *Lances del Vizconde de Buen Paso*. «La Tarde», Santa Cruz de Tenerife, 9, 16, 20, 22 y 25 de agosto, 1962.
- Sánchez Robayna, A.: *Cristóbal del Hoyo. Soledad escrita en la isla de La Madera*. Edición e introducción de Andrés Sánchez Robayna. Instituto de Estudios Canarios. Universidad de La Laguna, 1985.
- Zavala, Iris: *Clandestinidad y libertinaje eruditos en los albores del siglo XVIII*, Barcelona, 1978.

NOTA A ESTA EDICION

Lo que aquí se edita es la primera parte de la *Carta del Marqués de la villa de San Andrés y Vizconde de Buen Paso respondiendo a un amigo suyo lo que siente de la corte de Madrid*, concretamente la que se inicia con el título «Madrid por dentro». Se añade, además, una selección de los poemas más representativos de la tercera parte de la misma.

Para esta edición he modernizado la ortografía.

C A R T A
DEL MARQUES DE LA VILLA
DE S. ANDRES,
Y VIZCONDE DE BUEN-PASSO,
respondiendo à un Amigo suyo
lo que siente de la Corte de
Madrid.

DEDICADA
A LA MUY ILUSTRE
Señora Doña Maria Theresa
Velez del Hoyo,
y Sotomayor.

Y DADA A LUZ
POR EL M. R. P. Fr. GONZALO
Gonzalez de San Gonzalo , Lector
jubilado , y Padre mas antiguo en la
Provincia de San Joseph en el
Reyno del Peru.

«MADRID POR DENTRO»

Amigo de mi corazón:

Este Madrid por dentro es un fantasmón para aturridos. Yo me persuado que algún madrileño astuto, viendo que a Madrid por fuera con la nocturna capa le pueden tapar las sombras, arrojó a la necia confusión del vulgo ese fenómeno que oyen todos y que todos gritan, sin que ninguno consulte con la razón ni con la experiencia lo que dice. Tal sucedió cuando la violenta muerte de César, hasta darle culto y erigirle altares, por la astuta maliciosa confusión que autorizaba con un cometa la bien lograda friolera contra un asesinato.

Pero no obstante apliquemos a ese fenómeno un microscopio: veremos si se descubre con él, con su luz y con mi desapasionado examen, qué droga o qué embuste es éste de Madrid por dentro: pues, no descubriendo sino drogas, se conoce claro que fue embuste. Sin que mi ánimo sea introducirme en la carbonera, adonde está Némesis cubierta de telarañas, ni en los desvanes (aunque de cristal) ocultos adonde Venus en templo de resplandores la llama esconde, que descubre el humo, porque esto fuera mucho cuento. Diéramos debajo de dosel con

Juan de las Caganetas y con las luces del día contando de día estrellas. Quedaréme más afuera un poco, en los salones del engaño, donde se dan los cultos a Medea.

¿Será ese dentro encantador los duques de primera plana? ¿Los marqueses del segundo folio? O ¿esos hombres ricos que son a la verdad el libro entero a quienes por millares se lo regulan las rentas? No me lo persuado, pues con mil pesos de mesada luce el hombre que es prudente y advertido lo mismo que con treinta mil el necio. Antes, bien considerado, más es afrenta de la razón que majestad del sujeto, ese desgarró que vemos, polilla de la mayor hacienda.

Pasando un quídam por delante de Carlos II, rey de la Gran Bretaña, le dijo uno de sus cortesanos: —Señor, ése es el vasallo más rico que tiene V. M. en sus dominios. —¿Cuánto gasta al año? preguntó el Rey. —Dos mil libras esterlinas, le respondió; y dijo Su Majestad entonces: —Eso es lo que tiene no más, si con eso no más luce. Y es verdad, pues con lo que sobra no se enciende el lucimiento y con lo que se desperdicia se apaga. Fuera de que ninguno luce aquí, así como a vista del sol, que ningún astro resplandece. Por cuyo desengaño, a la luz de la experiencia visto, siempre tendré por necedad gastar más de lo decente, de lo que es comodidad y de lo que divertimento es.

Un caballero con 6 mil ducados de renta, decía Felipe IV que era lo mejor que había de ser: verdad infalible. Pero no ha de querer ser más de lo que es, porque será menos; y nada será, si pretendiere. Un don Pedro, altón, a quien conocerías en La Laguna, me decía cuando yo tenía menos experiencia y treinta y seis años menos: —Señor Vizconde, más valen 100 doblones y un vestido, que cien vestidos y un doblón. ¡Mal año si decía verdad! Pues, aunque vayas en la carroza del sol, vestido de resplandores, no te abrirán la puerta de una covachuela los

porteros y estarás entre los que son mal vistos, de pie, hasta que para éstos y con éstos se abra, y crezcas el número a tantos de la esperanza engañados y por falta de desengaño perdidos. Y, por la contraria, dando dos doblones a unos de esos porteros, que partan, tendrás puerta franca con los escogidos (si bien de cosa ninguna sirve abierta), aunque vayas como el paje de San Juan de Dios vestido. Y en todo esto y de esta casta todas las Cortes son lo mismo. *Amo, amas*, se conjuga por *do, das*; y por *nummus, nummi* solamente *Dominus, Domini* va. Más quiere una dama (vístela deidad o desnúdala gorróna) unos brincos de diamantes, que verte entrar brincando en el paseo con seis caballos frisonos en el coche de la diosa Palas.

Murió don Pedro de Mesa, nuestro amigo (atiende a su panegírico, porque me trae su muerte a la memoria algún dentro de Madrid que nos importa echar afuera); murió, digo, el 17 de agosto, con tres días de enfermedad en Sevilla: y en mi cristiano juzgar pasó desde la cama a el cielo. ¡Dichoso él! Esta es sólo felicidad, y a la que sólo tengo envidia yo. Todo lo demás me cae por fuera de la ropa a mí; siga mi liebre, pero con desestimación.

Bebió el fuera y dentro de Madrid don Pedro, con discreta hidropesía. Y, siendo cierto que con aceptación común lo había de vomitar en nuestra patria, por cuya fatalidad y sin contradicción los que fueren y que irán a Tenerife sin el conocimiento, verdad y proceder de don Pedro, divulgarán sencilleces, necedades, jactancias con ostentación, mentiras por comodidad, y todo sin inteligencia, dañoso y para mayor ruina todo, se sigue de aquí llorar y reír a un tiempo cuanto con su falta oigo, miro y premedito. Practiquemos el caso, y escúchame con cuidado, porque en esta representación (aun sin él) tendrás del dentro y fuera de Madrid que ver.

Manda nuestro Cabildo un personero para nuestros intereses a esta Corte; y porque ve un Sancho sin panza,

macaco de Terranova que sabe porfiar con Oliva en el estudio y perseguir a Ramírez en la calle, juzga (por esto y porque es mosca de caballo siempre) que es el hombre más suficiente del mundo. Y, sin examinarle otras virtudes ni saber que de Madrid a La Laguna hay mayor distancia que de lo blanco a lo negro y del mar tranquilo a una tormenta, se le da el poder y viene. ¡Qué perniciosa ignorancia, que extrañeza y qué tristes consecuencias!

Viene en fin ese don Sancho aquí, hocico de tejón con fachada de barbero y, dándole de barato que a su modo conozca la desigualdad y el engaño reconozca, acomoda a gastar sólo dos pesos de los cinco que el Cabildo da, guardándose satisfecho y sin rubor los tres para volver (como hacen los herreños) a su tierra aprovechados. Y es que no vienen monos tales a los negocios de la isla, sino a sus propios negocios.

Pisa losas transparentes en todas las secretarías. Entra en una y otra covachuela y viene al Consejo o va, con las medias enlodadas, los zapatos de tres suelas, a la holandesa el calzón, la barba a la sabatina, la camisa dominguera y de Canaria y masaroca la peluca y el sombrero. Entra un oficial o sale un consejero, y de vara larga, teniendo el espadín con una mano, la emballesta una esquila con la otra. Habla a un ministro, cuando más andando —que vale lo que la carabina de Ambrosio—; y también le doy que lo escuche de barato, porque a tales frontispicios desestiman los porteros, y aun se duda que acierten a tomar agua bendita en las iglesias. Dice una mala oración, la lengua envuelta en algodones y saliendo como a golpe de baqueta las palabras. Respóndele que «está muy bien» y, con este solo bien y haberse explicado muy mal, queda muy gustoso y en el primer navío pide albricias al Cabildo del suceso. Y ya tomara el Cabildo de barato que por descuido del día, no le cargue los costos a la cuenta, de ir para esto al Pardo y a Valsaín, y al Escorial para el otro.

Llega a casa de un ministro, de un abogado, un agente, etcétera. Echará el mozo, o los pajes echarán los ojos a los zapatos; y si por ellos conocen que es soldado de la infantería, ninguno del taburete adonde está sentado se levanta ni dirá: —Esta boca es mía. Preguntará el infeliz por el señor don Fulano, y al instante le responden: —Su Señoría está con negocios de importancia; vuelva usted otro día y se le pasará recaudo. Si es novicio, o maestro de grandes picardías no es, con semblante almibarado como aquél que va a pedir prestado, y bajando la cabeza como fraile al *Gloria Patri*, le dice: —Pues ya que usted, caballerito (o, si tiene barbas, caballero) me favorece tanto, dígame a qué hora podré yo venir para tener la honra de hablar a Su Señoría. —Vuelva usted mañana, le responde, a esta hora misma, y yo haré que le hable. ¡Oh pobre bobo! Va más contento con esta papilla (que sólo para despedirlo de allí se la sazaron) que un muchacho de la escuela cuando sabe que está el maestro malo; y ellos se quedan sin reír y sin llorar, porque tienen hechos callos a este modo villano de echar la gente que piensan que no puede dar de sobre sí. Volverá el pobre otro día, otra semana, otro mes, otro año y otros mil, y la misma desvergüenza en todos ellos se hallará; hasta que, perdido o muerto y jamás desengañado, suelte el pellejo en un hospital, o la honra suelte y se eche a pedir limosna por amor de Dios. Algo de esto, o mucho más, sucedió a don Antonio Pinto, a don Ignacio Fierro y a mi hermano y no te alisto un ejército de sujetos grandes como éstos, porque tú no los conoces, y más cuando éstos bastan para tu conocimiento.

Por otra parte, la experiencia con enfado toca que, si los pajes oyen parar coche, ven zapatos limpios y huelen cacao, cedro, tabaco, reales de a ocho, etc., al instante, juzgando perulero al señor mío, se levantan y le encajan una señoría como un templo y le franquean la puerta; pero correrá después como al otro el río Marañón, si no inunda luego el de la Plata.

Dirás que este sentimiento toca sólo a los infelices que pretenden o litigan y que los otros cortesanos no tienen que ver con esto. Respondo que para concepto de hombre ruin tienes razón aparente, que te sobra en ésa, pero no para la gente de bien. Porque, siendo en esta Villa las cuatro quintas partes pleitistas o pretendientes, se sigue de aquí oír en cada esquina doce mil clamores de éstos; y, lastimado el juicio y los oídos juntamente, caminan con injusticia los ojos y la voluntad delira en el que tiene caridad cristiana y entendimiento del bueno. *Nihil vacuum est natura*: esta doctrina del Filósofo, que siempre por el aire se ha tenido, parece que muda hoy y aquí su inteligencia, pues la entiendo yo por la esperanza: porque ésta con los pretendientes, engaño de los infiernos y práctica de los demonios, ocupa y llena los más ocultos rincones de la ambición más oculta. Pero ¿cómo? Como culebra arrastrándolos al último precipicio y, cuanto más camina el tiempo, tanto más arrastradas se miran las esperanzas. *Spes* se llama esta fiera: lee por detrás y verás *seps*: de que notarás prudente que el infeliz que pretende en la presente estación es (con esperanzas que debes leer por detrás) camaleón que con aire se alimenta y culebra que a despecho vil sin resolución le arrastra. Excepto si hay sangre de por medio, de aquélla que se cría entre las venas o de la otra que las venas de la tierra cría, porque en este caso

*corre con pie de sonora plata
el tiempo, buitre infernal de los otros,
amarrando la rueda a la Fortuna
con cuerdas de carmín o sogas de oro.*

Pasa a ver un abogado, monstruos que suelen vivir de dar cordel a los simples y no apretar a los discretos. Enjerga una petición, desataca la propina, acompáñale hasta la escalera un paje, y cádate otra batalla vencida de que igualmente da cuenta. Dase ese memorial o pedimento, y yo te juro a fe de pobre soldado que muchos presentados

de 13 años a esta parte se han mandado soltar debajo de las mesas sin acabarlos de leer. Tal merece quien solicita comercio, sólo por su buena cara, para la Vera Cruz y Cartagena. Tal merece quien asienta que es gabela el repartimiento que hacen entre sí los comerciantes de Londres para pagar los salarios a su juez conservador. Tal merece quien pide que esta imposición la restituya el comercio, con lo que sobrará caudal para fabricar un puerto. Tal merece quien pretende un millón de pesos duros en México para que blandos, en moneda provincial, se repartan en Canarias. Tal merece quien pretende libertad para embarcar a las Indias, con título de frutos propios, cuantas flores vienen de terrenos ajenos. Y tal, sin otros muchísimos tales, merece y muchísimo más quien ni visitó a un ministro por las Pascuas, ni les hizo en los días de su nombre o de su mujer un cumplimiento (ceremonia indispensable aquí) ni otra lisonja alguna hizo, que decir inmenso mal a vísperas y a Laudes de aquéllos mismos a quien había menester. Tal debiera merecer quien con poder de la isla para defenderla, sólo por capricho de un mal intencionado, la vende. Y, aunque bien quiso el Consejo hacer con este memorial lo mismo, supuestos que nadie da poder para dañar, me consta que dejó correr allanamientos bastardos, por cortar el curso a litigios indiscretos. Y, si quieres dar ascenso a Zoilos acechadores de todo, verás que envuelto en mantas se repartió turrón de almendras; y oirás también del otro, siendo más el ruido que las nueces, que en esteras. Y tal, en fin, debiera merecer también quien, ignorante chismoso, por una villana venganza particular de un su amigo aleve aun sin castigo, pone falsamente en la noticia del Rey lo que pudiera redundar en una ruina común, si Su Majestad piadosa, y lince la seriedad de sus consejeros, no hubiera examinado y conociera introducido el veneno en la dorada copa de una afectada lealtad. A los simples todo malicioso engaña. Y no me culpes ardiente, porque, a más del daño que como a miembro de aquel pobre cuerpo me cabe, David me apadrina diciendo que hacía

jactancia en la presencia de Dios en tener odio a los inicuos. Y San Gregorio el Grande le dice a Máximo, obispo de Salerno, que ama su persona como a próximo, pero que aborrece como al demonio sus vicios.

Con este talento, con estas disposiciones y con virtudes como éstas venir con pretensiones a Madrid, es lo mismo que poner proa al Este quien buscando la Estrella inmóvil, camina. Y no llevará el Cabildo mejor rumbo, dando su poder aquí a un agente; pues, aunque sea muy honrado y muy activo sea (que con estos dos superlativos, ni aun con la linterna de Diógenes lo podrá encontrar, ni en pleno día), como ni sabe lo que allá nos pasa, ni los de allá lo que nos puede aprovechar aquí, ninguna pica pondrá en Flandes. Tal es el sueldo que gozan los oficiales de estas milicias de España, sin la mitad del mérito de las nuestras; y vestido los soldados cuando están en ejercicio. Y tal la agregación que injustamente se nos niega (no negándome silla a mí, ni en términos judiciales), lo que por desestimación de los ministros al tiempo de quejarse niegan. Y como los intereses de estos avecindados aquí no serán tantos que obliguen a pisar muchos respetos y a hollar no pocas atenciones, se sigue, con vientos contrarios, inquieto el mar y monstruosos escollos, hallar disculpas el piloto para dilatar el viaje y, comiéndose las prevenciones, dejar que el bajel de los negocios naufrague en la tormenta infeliz de una perezosa calma. Ningún oficial general en diferentes sesiones me ha negado razón a mí; ni el Duque de Montemar en el estrado de mi señora la Marquesa de San Juan me la negó; el Consejo informó al Rey asentando que debía Su Majestad mantenernos el privilegio de la agregación: pues, con estos presupuestos, ¿quién tendrá la culpa de su retención? ¿El sacristán de las monjas? Yo no ignoro quién, ni lo puedo revelar.

Con cuyas experiencias te digo que estos mandamientos se encierran en dos: o sufrir como Job los infortunios,

acomodándose allá como Dios fuere servido, sin que nuestro nombre se oiga aquí, o como Alejandro conquistar de nuevo el mundo y la sinrazón a los hombres. «Para vencer imposibles llueva oro»: esto dice Calderón, y dice bien. Pero es menester que llueva, porque sólo para el millo sirven (como en Tacoronte) los serenos.

Porque deberá el Cabildo, cuando llega el agua a la garganta, enviar sujeto de representación, que quiera gastar el salario que le da y empeñar sus rentas propias; que sepa hablar con brío y pueda representar sin miedo; que ponga coche con tiros largos y lacayos (que en el costal de personero esto, y muchísimo más que esto cabe); que siga a veces la Corte, aunque no dependa de ella; que siempre que salga el Rey esté (al pasar Su Majestad) donde le vea y si baja a los jardines, que acompañe y haga lo que los demás de su representación o su figura hicieren; y que los días de B. M. asista y haga con ostentación los actos de buen vasallo, sin que pise el infeliz umbral de zaramullo; que sepa jugar los naipes entre rosas sin espinas, y entre espinas sin picarse, porque se estrechan los hombres y se afabilizan las deidades más y mejor por aquí, que se puede por allá. Para contar solamente una mano que pasó en el juego, hay señora que hace llamar al de su confianza: y, si es del conjuro, vaya. Pero ponga gran cuidado en no ser de ninguna chichisbeo, porque las arriesga todas, y el intento, —sin que mi ánimo con esto sea encargarle que visite mucho las iglesias. Allá se las haya, con su pan se lo coma, porque en este punto ni se pide consejo ni se toma. Es empresa peligrosa, como un discreto axioma advierte: *amare et non insanire vix Diis concessum*. También nos dijo Ovidio que

*principium dulce est, sed finis amoris amarus;
laeta venire Venus, tristis abire solet.*

Mujeres dieron a Roma los reinos y los quitaron. Una perdió el mundo y a otra debemos la restauración. Y

son, en fin, como la sangría, que a veces da salud y a veces mata.

Que vaya a comer (aprendiendo antes las etiquetas y perejiles de una mesa seria) en todas las que son abiertas o que con amistad se abren, sin ser molesto en ninguna ni sin arrojarle a ir sin ser convidado: porque se expone a un desaire, como en mi presencia ha sucedido. Mártir será, si no lo cautela todo, y aunque lo cautele lo será, porque los perejiles y los embustes son tantos, que antes de comer comenzará a vomitar.

El pescado, el fricandor, todo lo cocido y otras cosas más se trincha con una cuchara de las grandes; y si alguno lo hiciere, o con un cuchillo o con una cuchara pequeña, lo silbarán los demás. La cabeza de un lechón ni con cuchara ni con cuchillo ha de ser, sino con los círculos de un plato. Ha de alabar cuanto viere, aunque todo le repugne; y para decir de la sopa bien, no ha de ser con la expresión de buena ni admirable, sino *deliciosa*: porque siempre que con términos franceses se explicare será más bien recibido, aunque no se entienda ni lo entiendan. Al carnero verde ha de llamar *fricandor*; a una cazuela de pollo, *fricasé*; al caldo, *bullón*: y aunque no le sepa el nombre a la vianda o la cosa, sea la que fuere, no le dé cuidado, póngale uno de repente, que, como se va a enterrar bien, puede ir *sub conditione* bautizado; y, aunque lo que coma sea de la cocina de Adán, dirá que de la cocina nueva es. Advirtiéndole (y no se descuide en esto), que debe decir *de la nuvel cousin*, porque de otra suerte habrán de delatarle de su ignorancia.

No se meta a componer las ensaladas, pudiendo venir de mano de un galopín. El abate Grimaldi es el catedrático de prima, en común sentir de los doctores. El Embajador de Francia tiene la cátedra de vísperas, y para maestro de estudiantes tiene don Domingo Caracholi diez votos. Y el primero del conjuro es entrar las hierbas en un paño,

para quitarles bien el agua; que, como este sacrificio se haga, poco importará que una arroba de sal lleve y media de vinagre falte. El Marqués Foliani templó de común acuerdo, en la mesa del Duque de Sancti Estevan, una, y maldita gota de vinagre que le puso. Alabáronla todos, pero yo le eché vinagre a mi modo, diciendo que no quería que mi barriga se acostumbrara a bien templadas lechugas. Pero apártese de ser bufón cuanto pudiere, porque es para muy pocos en el mundo, parecerlo y tener estimación.

Tienen mesas primorosas los capitanes de guardias, que son: de la española, el Duque de Huéscar; de la flamenca, el Duque de Borronvilla; y el Príncipe de Maserano de la italiana; para lo que el real erario da diez mil reales cada mes a cada uno. Tiénenlas con la misma generosidad los secretarios del Despacho Universal, que lo son el Marqués de Villarias y el de la Ensenada (éste, de Guerra, Hacienda, Indias y Marina, y de Estado, Gracia y Justicia aquél), a quienes del mismo erario se dan 18 mil reales cada mes a cada uno.

Tiénenlas igualmente generosas, mas de sus bolsillos propios, los mayordomos mayores, que lo son el Duque de la Mirandola del Rey, y de la Reina el Conde de Montijo. Los caballerizos mayores de la misma suerte y de su bolsillo mismo, que son: del Rey el Duque de Sancti Estevan, y el Marqués de Villena de la Reina.

Los Embajadores y Ministros extranjeros las tienen igualmente primorosas, y siguen todos y siempre la Corte. Hoy hay Embajador de Francia, de Nápoles, de Polonia, de Dinamarca, de Suecia, de Génova, de Holanda, de Módena y de Luca. Cuyo concurso de personas ostentosas (que, con todas las que siguen a los Reyes, compondrán más de seis mil y, si despacho en las pretensiones a voluntad de los poetas hubiera, llegaría a ocho) hacen y puedes colegir la hermosura de la Corte, el gasto y la

ostentación. Esto no es Madrid, ni en Madrid hay nada de esto.

Y tienen igualmente mesas delicadas las señoras que por juguete, moda y diversión gustan de comer acompañadas. La camarera mayor, que hoy es mi señora la Marquesa de Torrecuso (este empleo es el primero entre mujeres), goza grandes privilegios y brillantes exenciones tiene. Tutea a todas las damas, y éstas vuelven, aunque iguales, una Excelencia como un templo. Las damas de la reina, que hoy lo son mi señora la Marquesa de Bedmar, y la de Torrecuso moza; mi señora la Duquesa de la Mirandola, de Atri, de Veragua y del Sexto; y mis señoras las Condesas de Belcazar y de Borronvilla.

Tiénelas también la camarera mayor de la Princesa, que es hoy mi señora la marquesa de Aytona, y las damas de S.A., que son mis señoras las duquesas de Atrisco y de Sosferino y mi señora la condesa del Montijo, como igualmente la camarera mayor de la serenísima Infanta, mujer del señor Infante don Felipe, que hoy lo es mi señora la marquesa de Lede, y las damas de S. A., que son hoy mis señoras las condesas de Peralada y de Fonclara.

El marqués Escoti, ayo del señor Infante Cardenal, la tiene primorosa, y otros muchísimos las tienen: ayos de príncipes, mayordomos, contralores, covachuelistas con mujeres, y en fin hombres de negocios y pretendientes que son hombres. De calidad que, siendo los Sitios casas de placer, estamos todos como en un convento, viéndonos a cualquier hora y viendo tanta comida en todas las 24 del día natural, tanto repostero, galopín, cocina, fuego y cocinero, que te aseguro que sin comer me empalago yo. Es muchísimo: ¡Dios te perdone, Soler! Y, como aquí se celebran más que los Corpus allá, los nombres y los años de toda viviente criatura, no verás día en que celebración no haya. Y, como en nuestras funciones todo es rama y

mucho humo de campana, aquí son joyas y muchísima comida, excediendo en tales días lo que excederse parece que no es posible. Por el convite que el marqués de la Ensenada dio en los años del Rey este año, dijeron los embajadores que no se atrevían a manifestarlo en sus Cortes, porque los tendrían por embusteros: infiere de aquí el convite y el concepto en que nos tienen.

Toda mi vida abominé este cuidado excesivo, y siempre en la comida, porque es dar a la barriga, contra lo noble del entendimiento, una falsa adoración. Comer con sus amigos es muy santo, más poner el cuidado en la comida es hacer delincuente esa virtud. Y si esto sentía yo cuando muchacho, ¿qué me podrá parecer cuando ya viejo? Y no me pesa hoy lo que en esto sentía ayer: porque veo en Xenofonte, cap. 6, fol. 76 de *Temp.*, los elogios que de esta modestia hace. *Temperantia* (dice) *est columna fortitudinis, galea contra lasciviam oculorum, auriga benevolentiae, custos cogitationum, circumcisio luxuriae, cast ratio a naturae desiderii, refugium effervescenti animo, contraria operum et actionum: praeses continentia, promovet cor, flectit praecibus et votis rationem seu regulam adhibet*. Bión, hablando con Ateneo en la pág. 421 del 1. 10, abomina a cuantos a la mesa sólo por deleite se sientan; y es máxima de Sócrates, celebrada entre todos los filósofos de su tiempo, que «no se debe vivir para comer, sino comer para vivir» (Ate., 1.4, pág. 158). Por cuya doctrina aplaude Sulpicio en su carta 7 a Ate. 307 la modestia de Dido Juliano, comiendo legumbres solamente aun en los días que no era religión entre ellos: *Ipse autem, nulla existente religione leguminibusque contentus sine carne caenaverit*. Numa Pompilio, como Plutarco dice en la vida de este emperador, al fol. 77, prohibió por ley el exceso en la comida, y en el todo beber vino a las mujeres: por lo que Ovidio había cantado:

sine Cerere et Baccho friget Venus.

Pero ¿para qué me canso yo ni te estoy cansando, si San Pablo, en el vers. 19 del cap. 3 a los Filipenses, reprehende severamente esos excesos y dice que el dios de gente semejante es la barriga y su gloria la confusión en las mesas, por lo cual son enemigos de la cruz de Jesucristo? Y aun más recio habla San Pedro en su 2 Epíst., cap. 1. v. 4.

En cuyas mesas, con muy poca maña y mucha cortesía, no es difícil lograr una servilleta en una y, por ésta, otra en las demás. Deberá traer para esto la barba y la camisa siempre almidonada, y hecha siempre, aunque no tenga qué pelar ni más que una camisa tenga. Que traiga limpios como Acevedo los zapatos; tiradas siempre como Melchor las medias; las uñas cortadas hasta echar la sangre, como Vinatea; el calzón como Juanote Vélez, reventando; y la cabellera como Cervellón, siempre enharinada. Y, aunque agosto hiele y diciembre abraze, que ande vestido del tiempo. Si es en febrero, se ha de quejar mucho del frío, aunque esté sudando, y si está en julio, del calor, aunque esté como con tercianas tiritando. ¡Qué fatiga! Pero todo viene al caso.

Deberá tener de prevención embustes de palma, de aquéllas que las monjas hacen en Canaria; como juguetes de alcorza y ramos de talco de las de La Palma; piloncillos de refinado, y de formas de Julián no serían despreciables diez arrobas: porque aquí más que a lo mejor se dan aplausos a lo raro. Vino de malvasía y de sus calidades todas, enlmetado, debe tener siempre y mucho; tabaco bueno y en frascos de a dos, a cuatro y seis libras cada frasco y, en ladrillos de a media, cincuenta arrobas de chocolate. Cuyas menudencias discretamente guardadas y con prudencia distribuidas, en tiempo y con discreta maña, pueden mejor que mil doblones facilitar una gracia, dar expediente a la justicia detenida por tibieza de esta edad helada, y semblante hermoso a lo que ni uno es, ni es razón que lo otro lo sea.

Y deberá sobre todo ser de los primeros caballeros de la isla, porque, si no fuere así, entrará cobarde en las grandes asambleas, hablará con miedo y le oirán sin toda la aceptación que se necesita para el logro; teniendo presente para esto que habla más el enjambre de clerizontes que andan y pisan estas calles en un día aquí, que en cuatrocientos allá; y bastaría el que dijeran que «no es de brazo de cruz», parar que ni bautizado lo creyeran. Una señora más elevada que el Teide me dijo a mí una mañana que yo tenía muchos enemigos, pero que en punto de nobleza ninguno me negaba el ser de los primeros. Yo le respondí que, como por mis pañales no desmereciera el ser criado suyo, que por lo demás no me dañaba, pues con sus mismos bellos ojos lo miraba. Otra, y nada menos alta, me dijo que de mí decían que era ilustre caballero por todos mis arrabales, pero de genio atravesado y revoltoso; y le respondí que no podía negar la inclinación a revoltillos, a pies y a toda carne de sábado. Otra, fuera de otras mil que saben mi vida por instantes y tienen mis ejecutorias de cabeza, me preguntó si era yo pariente de F. y le respondí: —No lo sé, él tendrá más cuidado de saber si lo es mío. En todas partes han sido y serán siempre curiosísimas las mujeres, y con especialidad en puntos de religión y de nobleza: pero en Madrid creo que la propensión es muchísimo más que en otras partes.

Pero ¿adónde está ese hombre (me dirás) en Tenerife, si en Atenas no pudo Diógenes con tantas cabalidades hallarlo? Sí, señor; sí, hay, y muchos. Búsquenlo para el negocio y no por negocio particular lo busquen, y verán cómo lo hallan; poniendo gran cuidado que don Francisco de Quevedo nos advierte que «todos los que lo parecen son necios, y la mitad de los que no lo parecen». Sentencia sin contradicción es ésta. Clérigos conozco yo (una sotana encubre mucho), capaces de emprender y conseguir los que parecen imposibles. Pues, digan si son de aquéllos de valonista azulada: ¡zapateta! Esos entran por el ojo de

una aguja sin herirse y salen por el caño de una necesaria sin sucirse.

Dirán muchos matagrajos con la lengua y de talinquera toros, que es todo esto hablar al aire; porque, recta la razón, no necesita de embustes ni de puteriones la justicia pues lleva la recomendación en sí misma. ¡Guíese por ahí! No hay duda que debiera ser así, pero ¿qué le haremos, si no lo es? A mí me destetaron con que había en Toledo una campana con esta inscripción que la rodeaba: «Doña María de Toledo me llamo, setecientas y cincuenta arrobas peso; quien no me quisiere creer tómeme el peso, dé una vuelta conmigo a la ciudad y vuélvame a mi lugar».

Aunque tampoco no dudo que, si en otra vuelta del brillante carro vendada Astrea gentílica moralidad oyere, o si en el Areópago (verdad de Atenas) a oscuras se escuchare, que será justo ese desprecio y no deberán tomar a la campana el peso. Quizás Sócrates (porque siempre el mundo fue uno mismo: y es que siempre se compone de hombres) por este conocimiento, preguntándole Critón cómo quería que le enterrasen, respondió que con la boca para abajo, para que, cuando el mundo dé otra vuelta, lo hallen ya sus amigos boca arriba. Mas, con toda seriedad hablando, San Agustín retractó sus hechos; la Iglesia, aunque sin formal mudanza, dispuso en otra forma las disposiciones de Jesucristo en la Cena; y Dios en Nínive contraordenó su decreto. Y así, en llegando ese caso, yo retractaré mi pensamiento; pero por ahora estoy resuelto a enterrarme boca abajo. ¡Fieros remordimientos de conciencia tenía yo, cuando empezaba a penetrar este dentro de Madrid! Pero David me consoló, oyéndole decir en el Psalm. 93, v. 18, que se le resbalan los pies de la fe cuando ve lo que Dios sufre a los hombres. Y es lo mismo que Claudiano en estos dos versos dice:

*Cuando miro entre sombras tan confusas
de humanas suertes los sucesos varios
y, ajada la virtud, florece el vicio,
en la piedad y religión desmayo,
llegando a presumir que aqueste mundo
no lo gobierna ley, sino el acaso,
o no hay deidad alguna que lo rija,
o no le merecemos su cuidado.*

Y respecto de haberte dicho que debe nuestro personero asistir los días de B. M., quiero que sepas también esta ceremonia. En los días de años de Su Majestad, o los de los Príncipes, como en los santos de sus nombres, se viste toda la Corte de gala y los cortesanos, los grandes, los títulos, los oficiales de la plana mayor, los ministros, los prelados y los caballeros de conocida distinción, entre las dos y las tres después de mediodía entran al cuarto del Rey, adonde toda la familia real, está, a B. L. M.

Ni a los Reyes ni a los Príncipes ninguna cortesía se les hace. La rodilla en estas ocasiones se pone en el suelo antes de coger la mano: en las otras ni la cabeza se baja cuando pasan, porque es ocioso rendimiento en quien es vasallo reverente. Muchísimos lo ignoran: éstos lo hacen porque ignoran esto, otros por la adulación infame lo hacen.

Entre esta nobleza que a besar la mano, va se suelen sin vergüenza introducir hombres de camisa limpia; pero van con el riesgo de que el capitán de guardia o el mayor-domo mayor los reconozca y sacar un mal desaire, si una buena pesadumbre no sacare. Yo lo he visto; mas ningún hombre de prudencia se presentará a estos actos, sin haberse presentado antes a estos jefes.

El ceremonial de los señores Infantes es distinto. Oye este acontecimiento. Jurando a el Príncipe en Sevilla, el año de 25, comunicaron entre sí los Grandes si habían de besar o no la mano a los señores Infantes. A lo que el

duque de Osuna, coronel de guardias (grande empleo es éste), dijo que él no dudaba lo que debía hacer, ni lo que sabía consultaba. Y tenía razón, porque quien consulta lo que sabe no quiere lo que debe. Que él sería (dijo) el primero que a jurar iría y, que le sigan o no los demás, no besaría otras manos que las de los Reyes y los Príncipes. Hízolo así: unos lo siguieron, otros no. Pero la Reina dijo que el Duque tenía razón, porque los Infantes eran vasallos como él, aunque de otra jerarquía, vasallos. Es infalible que besar la mano es acto de vasallaje y, si los señores Infantes acababan de besarla y de jurar en las del mayordomo mayor (que es adonde deben), homenaje al príncipe de Asturias, ¿cómo o por qué inmediatamente se han de besar las de S. A.? Pero, como suele ser ese rendimiento acto de amor igualmente, está ya tan introducido, que a toda la real familia se besa. Excusarse hoy fuera arrojo, porque la lisonja le tiene ya establecido. Mañana será lo que Dios quisiere.

Para con las señoras el ceremonial es diferente. La camarera mayor pasa recaudo por escrito a todas las señoras grandes, a sus primogénitas (con tal que no haya varón en la casa), a todas las señoras tituladas, a las mujeres de los secretarios del Despacho Universal, de oficiales generales y ministros, con su cuenta y razón todo, quitando en alguna las ataras y poniendo en otras los escollos. Porque en mi tiempo ha sucedido entrar envuelta en perlas una y entre otras embrujada y, reconocido por la camarera o por sus espías el fardo de contrabando, descaminarlo hacia fuera, lloviendo de su hermoso cielo rayos. Otra entró con aviso de la camarera, mas sin saberlo antes la Reina a quien, siendo primeriza, debe la camarera dar cuenta. Llamó Su Majestad a Su Excelencia y le pregunta quién aquella señora es. Respondióle y concluyó que con aviso suyo había venido. Llevó un jabón la camarera, y ella sin culpa padeció el desaire formidable de salirse de la sala cuando estaba ya bien llena. Supongo que las forasteras señoras (como los

hombres con el capitán de guardias y los mayordomos) deben presentarse a la camarera, darse a conocer y decirle que quieren concurrir con las demás a los B. M.; porque sin esta diligencia mal puede la camarera saber que haya llegado, quién es y que quiere disfrutar sus privilegios. La hora para esta función señalada es entre siete y ocho de la tarde: cuyo corto espacio esperan todas, madrugando más o menos, en la antesala de los Reyes.

En estas ocasiones esta aula es la universidad de la envidia, la cátedra de la murmuración y de todas las Furias del Infierno el calabozo. No hay asientos para nadie. Entran las primeras y cogen el borde de una chimenea o las abrazaderas de un bufete. Van entrando las demás como en una iglesia, vase llenando la colmena y comienzan todas estas avecillas a libar sobre las flores, no como las abejas miel, sino ponzoña como las arañas. —Ninguna gala nueva (dice una a su coadjunta, aunque no la comunique, porque para murmurar luego se hacen amigas) veo aquí.— En cuanto besamanos (dice otra) he visto con aquella túnica misma a la Marquesa, etc.

Entra una señora de las Grandes (aquí te quiero escopeta) y, aunque más grande que la Sibila Cumea o mayor que el cíclope galán de Galatea la pintemos, las que están sentadas dicen (no hay mayores enemigos que las tituladas, de las Grandes): —¡Norabuena, espera que yo te llame!— Aguarda (dice otra) que parta mi asiento contigo. —Gracias a Dios (otra remusga), si volvemos hacia tras los ojos, nos hemos de ver más grandes; porque mis abuelos, etc.

Desentierran muertos, sepultan heroicidades; hálblase en las deudas que cada una tiene, en el vestido que debiéndoselo a Merino está. Cuéntanse chismes con muchísimos caireles y con sus añadiduras se trata de los chichisbeos. Regístranse unas a otras la menor cinta que lleva y si el lazo está un canto de un cabello más arriba, o el tumbo de un piojo más abajo de la moda, cátrate a la pobre desgredada para muchos días, —porque sale todo

esto después de los estrados y en las asambleas. Revuélvense los colores de los aparejos que comúnmente llaman *cabos*, y si dice el delantar con el peto o la paletina del lazo de la cabeza desdice. Y si los vuelos no vienen acabados de planchar, hay terribles anatemas: —Porcallona, no tendrá doncella, porque ninguna le para. —Tal condición tiene, dice otra. Regístranse las joyas bien y sale (mejor que de la Platería) la censura de que por tal platero es prestada. Asiéntase que los hábitos en todas es vanidad y no virtud; y, como estas menudencias son capricho nimio de mujeres, no hay ninguna que se escape de su par de cuchilladas, ya en la ropa, ya en la pulpa o ya en los huesos: y sobre todo en el peinado, porque todas ellas toman la razón por los cabellos. Y como a un tiempo hablan todas (lo que sin juramento me creerás), parece aquel dulce susurro como cuando el cierzo mueve en el mes de mayo las espigas, o como cuando muchos gusanos de seda, al ruido sutil de imperceptible diente, hacen engañoso ruido. Duran así lidiando estos hermosos gladiadores aquella hora o tres cuartos de hora que el sumiller de cortina se detiene en tirarla y avisar. No hay embarazo para que los hombres conocidos asistan, pedestales de la adoración, a oír, a ver y a golosinar alguna cosa en aquel hermoso teatro de una farsa fea.

Tirada la cortina en fin, van sin distinción entrando las señoras. Hacen una primera cortesía, y éstas solamente las censuran las damas que asisten a las espaldas de los Reyes; porque las ejecutantes, tomando bien de memoria la que va cada una a hacer, no les quedan libres los sentidos para murmurar de la otra. Está primero el Rey, la Reina, el Príncipe, la Princesa y, por sus edades, los señores Infantes, y las Infantas después, todos de pie y descubiertos todos. Hince la señora una rodilla B. L. M. al Rey, levántase y en este *flexamus genua* va besando con la orden misma tantas manos como hay en el Monte Elicón Musas, —y con más gracia alguna que nos pinta Ovidio en Venus—.

La que es señora cubierta se aparta y queda de pie; pero las que no lo son besan y salen con el rabo entre las piernas. Preguntaráslo a mi mujer, cuando la veas. No fuera yo a tal función, si no tuviera almohada, por todos los precios del mundo: porque, fenecido el acto, se asientan las personas reales en sillas, y en almohadas (delante) las señoras Grandes. Hablan los Reyes en un cuarto de hora lo que gustan: el agua, el sol, el hielo o el calor llenan ese instante siempre. Y, aunque las señoras tituladas pueden y deben concurrir también en aquel pequeño rato de conversación de privilegio, había de ser asentadas en el suelo: y esto de estar las unas encima de las alfombras y sobre damascos otras, tiene pelos.

¿Sabes cómo es esto del cojín? Yo te lo diré. Como el brazo de la cruz en La Orotava: si bien que esto es aquí por privilegio, y por conciliábulo allá. Cierta señora titulada no tiene empacho a quedarse, ni para callar prudencia y, dándole siempre al cojín con el pie, dice en alta voz: —¡Quítate de allá, que no te he de menester para nada! En todas clases hay tontos.

Pero volvamos en paz a examinar este dentro de Madrid; porque, si me dejó ir detrás de mis consideraciones, o daré en la ceniza con sus huesos, o con todo mi cuerpo en el Peñón.

¿Será ese dentro ponderoso por la cantidad de mulas, de bebidas, de asambleas, de criados con ración fuera de casa, de damas mantenidas con ostentación, de galas, de alhajas admirables o de juegos? No lo puedo a bulto digerir, pero no me he de opilar. Vamos poco a poco tomando cuenta y razón.

Las muchas mulas, o ya en el hospital mordiendo o ya en la caballeriza coceando, sólo la cuenta el cirujano que las hila o el lacayo que las tuerce; pues, si con catorce sanas para tener dos tiros pronto anda cualquiera escri-

biente de una covachuela, más que el cisne de Venus presumido y más que de Juno el pavón hinchado, ¿de qué sirve para la hermosura ni para el forastero por quien en esta respuesta me intereso, que gordas o matadas haya en el pesebre ciento, o doscientas haya? De nada y para nada sirve.

Las bebidas se reducen por lo general a un vaso de agua de nieve, un azucarillo (que azúcar rosado llaman en mi tierra) y una jícara de chocolate con bizcochos, o con pan o con uno y otro muchas veces. Y, sin negarte que en días de privilegio o en casas de costilla gorda sube a muchos dulces y a diferentes bebidas heladas la costumbre, te pregunto: ¿qué cosa es ésta, que merezca el afán de ponderarla? Claro está que no tiene el menor merecimiento; pues, ¡adelante!

De las asambleas ya te llevo dicho lo que siento, y no gusto (como sabes) de repetir, lo que no merece el afán de la repetición, muchas veces.

Los criados con ración fuera de casa, asentando que lo que no es engaño de los ojos no es diversión de forasteros, conozco que, si por virtud se hace, será bueno. Pero, si es grandeza, no deben andar las pagas tan distantes, porque camina la queja delante del agradecimiento, se pide la limosna como deuda y una generosidad imaginada se compra como la moneda vil de una censura.

De dama con ostentación servida, sin meterme a misionero (aunque se ahorra en las barbas la cantaleta de hacerlas, sabiendo tú como yo que mejor la calza el lacayo que la cela que el galán que la mantiene), antes que alabar lo generoso me resuelvo a culpar lo majadero, porque hay precepto que enseña que putas y paño pardo, el más barato. Pero es menester cuidado con las coces de las mulas.

Las grandes galas, descuidos son de pisaverdes y de comediantes son cuidado. Fuera de que, como la marea destruye el oro y plata en pocos días, poco de esto se ve sino en los de besamanos; y esto de andar un día en relumbrones y envuelto en sayos pardos muchos días, antes que gusto me da enfado. Ni tampoco la ropa blanca, aun por costumbre antigua es tan fina como en Londres, ni como en París tanta y fina; sin que este reparo te admire, porque ya tú sabes que a saber comer y a saber vestir empezó Madrid cuando este siglo empezó. Y juró a diez, y a doce juro que las cuatro quintas partes aún no saben. Con mucho tisú, diamantes y oro veo yo camisas gordas como en La Orotava y comer seis con un cuchillo (y de éstos alguno con los dedos), como acontece en Icod y en la ciudad de la La Laguna.

Pero en mucho de esto no les culpo, porque dice les enseña y manda el catecismo de Valladolid que

*con los dedos comerán
y con tres también podrán.*

Pero ve notando desde aquí, para cuando más adelante me oigas más, cuánto puede la buena o mala educación; pues, aunque en el tiempo de Noé hubiera sido limpieza comer con toda la mano, hoy es terrible porquería el tocar las viandas con un dedo. Y sin embargo, no hayas miedo que se deje de enseñar por este catecismo a los muchachos. Porque para hallar un hombre que del camino hollado se desvíe, es menester buscarlo entre cuatrocientos mil.

Las alhajas, siendo buenas, en una noche se admiran y se maldicen en otra, si son del tiempo en que rabiaban los reyes. Los juegos son más que en otra parte alguna moderados: no pasan de diversión. Pues, ¡válgame el Todopoderoso! ¿Adónde está el horror de este cometa, de

este fenómeno, de este Madrid por dentro? No lo descubro, como soy cristiano. Pero observemos más.

¡Prestarán ahí cien doblones a un enemigo, si lo ven agonizando? Con 10 por 100 suele haber, pero con prenda o con fiador seguro, porque en el Monte de Piedad no subirán de 50 pesos. Y ¿habrá quien haga sin quinientos con un ministro un empeño? ¿Hay mesas abiertas (excepto en los Sitios) como en otras partes? ¿Hay casas de pasto decentes, adonde al toque de la campana cuatro amigos vayan a comer y a divertirse, como en otras Cortes hay? ¿Lisonjéase un amigo (salvo media docena de extranjeros) con que otro vaya a comer su sopa de repente? Ni de pensado, porque en la mayor parte de Madrid está el punto de comer como el de la longitud. ¡Dios te haya perdonado, Mesa! Pero ahí queda mi mujer en su lugar.

¿Hay por ventura aquellos nobles cafés que en las otras Cortes hay, adonde los señores, los oficiales generales, caballeros, mercaderes, curiosos, etc., todas las mañanas se juntan, con separación de cuarto si lo quieren, y al humilde costo de una jícara de chocolate bien hecho, o de dos de té que beben, saben las novedades del país propio, las de los ajenos y los chistes y acontecimientos todos de la ciudad adonde habitan, recaudados a porfía entre los que viven de esto, para lograr más concurso y vender más chocolate; en cuyo entretenimiento se fecunda la razón, se pasa sin enfado la mañana y se engaña el tiempo? ¿Hay entrada pública en los jardines particulares, para tomar el sol de invierno y del céfiro gozar en el verano, sirviendo a las señoras decentemente los unos, y los otros con los amigos bufoneando? ¿Hay aquella diversión común con que en los días festivos el menudo pueblo y el mediano sale afuera de los muros a gastar el día comiendo, bebiendo, jugando y desmintiendo las fatigas de la vida, sin el coste exorbitante de las puertas y sobre la menuda hierba recostados se ven 200 mil almas? A mí me dijo un zapatero que enfrente de mis ventanas

remendaba los de muchos en París: —Señor, la semana de los ricos tiene siete días y la nuestra no más que uno; con la diferencia que damos seis a Dios en ella, buscando de comer con nuestro sudor en ellos, y el uno es para nosotros: y los poderosos no le dan ninguno a Dios.

¿Hay aquellas públicas y particulares mascaradas (sin pagar en éstas y en las públicas pagando), adonde con diversos trajes de las naciones diversas, con los propios y con otros a voluntad del poeta se entra a danzar, a comer, a beber, a jugar y a hablar cuanto da la gana: pues a la sombra de la máscara ni hay empacho de propalar lo que se quiere, ni temor de que se sepa quién lo habla? ¿Hay alguna asamblea de 400 damas y 600 caballeros, como en Milán celebraron cuando el señor Infante don Felipe entró en aquella ciudad, en la que treinta mesas de juego hubo, que señoras y caballeros ocuparon; cuatro magníficos salones con muchos instrumentos para bailar los aficionados y con bebidas y dulces para los golosos otros cuatro; y a cuyo jardín de flores con otras, una por una, cortejó Su Alteza? Claro está que ni la hay, ni haberla puede; pues, cuando los Embajadores hacen convites generales, sólo sesenta señoras y pocos caballeros se han juntado: de que se sigue (sin admiración) el imposible de que 400 puedan concurrir. Y no porque Milán sea más populoso que Madrid discurras esto, sino porque se vive en Milán más arreglados que en Madrid; de que proviene conservarse la nobleza sin escamas, como el congrio, y también tener para sus lances diamantes con que lucir, y para jugar dinero. Y aquí (con mayor poder) entre pocos hay lo mucho, entre los muchos hay poco, y nada entre los infinitos: porque no hay cosa más desdichada que el pueblo común aquí.

¿Hay aquellas tan decentes y tan cómodas posadas que en otras Cortes y ciudades grandes hay? No, señor, que son tan ladronas y cochinas las de aquí, que no alcanza a tanto mi ponderación. Yo visité en una a Guisla ayer y,

hediendo más que un hospital, dejé de volverlo a ver, hasta que a un cuarto alquilado se mudó. ¿Hay a lo menos los jardines de Valencia, la Vega igual de Granada, de Zaragoza la hermosura a quien el Ebro baña y fertiliza, haciendo vistosa y rica su campaña? No, señor; porque alrededor de esta Villa ponderada no hay otra cosa que basura. ¿Hay ferias que muchísimos millones valen y adonde cuanto monstruoso y raro en el Europa hay concurre? ¿Hay algún combate hasta matarse de tigres, leones, osos, toros, perros, etc., con que a costa de curiosos hay comerciantes de fieras para este fin desvelados? ¿Hay aquella multitud de forasteros que, viajando solo por el mundo, treguan en muchas ciudades divertidos? Mil trescientos coches de forasteros solamente había en mi tiempo en París: y esto no va dicho a bulto, porque uno solo los alquila por asiento y ése me lo dijo a mí. Y no como los de Don Simón son coches, sino coches que pueden andar embajadores en ellos; y ningún obispo que por meses viene a sus dependencias usa de otros; y porque, además de ser buenos, no es el precio como por aquí disparatado. ¿Hay aquella cantidad de otros asimonados que, cruzando las calles, como aquí cochinos (y si pensaste que por Corte aquí no andaban, te engañas, porque es adonde deben andar más, por lo que anda, corre, llueve de las ventanas y las paredes abarrota) desde que el día nace hasta que ya es otro día; los que al corto precio de dos reales de plata conducen a cualquiera, sea corta o larga la distancia, como extramuros no sea? ¿Hay aquella gran comodidad de sillas de mano y de carretones con que el económico, el pobre y la triste viuda se acomoda y los llevan por un real y por medio, casa de un amigo, si llueve, o a la iglesia si está la calle mojada? ¿Hay aquel enjambre de niños que como átomos del sol a las puertas de los templos, en las de los palacios, casas grandes, calles principales, plazas y esquinas están, con un banquillo para afirmar el pie, betún, paño, navaja y escobilla, limpiando los zapatos al costo de medio ochavo, para que no (como en esta Corte) entren en los templos y en las

casas entren, llenos de lodo hasta las rodillas, pudiendo entrar como si de una redoma salieran? ¿Hay la comodidad, para el forastero, de alquilar a proporción del sujeto la choza o el palacio para su habitación con todo lo preciso para su vivir, porque, sea palacio o choza sea, siempre con cuanto es necesario se alquila?

Dirás en este punto que alquilar las casas y luego las alhajas es todo uno. No, señor, no lo es, porque padece infinito el forastero adonde siempre Astrea duerme y Caco vela. Y, si no, atiende: una cama como de hospital y que valdrá diez pesos toda ella se alquila por veinte reales cada mes y en los Sitios de Aranjuez y Valsaín por dos reales cada día. Las sillas que en su natal valieron un doblón cada una, en su decadencia ya dos de plata cuesta cada mes. Una copa de metal, que vale dos doblones en la fábrica, servida ya (y bien servida) se alquila cada día por dos reales. Una caldera que llevaría un barril (la necesidad de calentar agua para bañarse mi mujer) me costó por once días de baños cuarenta y cuatro reales de alquiler. Y a este andar y sin espuelas se alquila siempre lo demás: de suerte que es preciso comprar lo muy preciso para el uso, o no tenerlo.

¿Tiene el forastero aquí, el de natural sencillo o el naturalmente honrado (virtud es en esta Corte para hacer perdidos) el desengaño de comprar cuanto necesita en tiendas de punto fijo, adonde ni un maravedí más le pedirán, ni se le dará por menos de lo que vale la cosa que solicita, para que no como aquí cuatuplicado le pidan para engañar al comprador hasta adonde la losa le cayere? ¿Hay aquí la amable comodidad y provechosa de llevar los que dan de comer por oficio a las casas las viandas con criados suyos o con los propios de las casas, con platos, manteles, cucharas, etc., según el contrato y dándolas una cuarta parte más baratas que puede el más económico con la cocinera más mezquina tenerlas? Esta paradoja proviene de comprar los que de esto viven por

junto todo en las ferias, tener mesas francas e ir acomodando las sobras hasta los términos de valer ocho reales la primera y (descendiendo escalones) la última medio real y el caldazo, pan y huesos que pobres roen, dos cuartos. ¿Hay navegable algún río, por cuyo campo de cristal undoso vagantes animadas selvas, a más de ser el mejor engaño de los ojos, son la mayor comodidad de las ciudades, batiendo plata de las propias los mensajeros esquifes y sulcando Ofir de las ajenas con lo más precioso de ellas, los más robustos embreados pinos? ¿Hay bosques, hay collados, sotos o montañas hay, adonde la primera gente acose el jabalí y adonde al ruiseñor se aprese? No, señor, ni nada de esto ni de otras infinitísimas cosas que por no cansarte omito hay, ni muchísimas leguas más allá de todo eso.

Pues, señor, me dirás tú, ¿en qué se entretienen ahí los forasteros? Nego supósito: los que están aquí, a mal de su pesar están. Pregúntaselo al beneficiado de Chasna que, aunque no será para ti clásico, es para otros ocular. Por necesidad se levanta a mediodía y a esa hora sale a misa. Come, y a las siete sale con su don Simón a dar en la noria vueltas; y después, a la oración, o sigue cansado ya su liebre, o se va en casa de una señora viuda, aseada y de buenas barbas, que su cayado ha sido en su peregrinación, su Ariadna en su terrible laberinto y el mejor Perseo que de mayor fiera lo libró, a pasar con Saravia y otros tres y cuatro las horas del enfado en casa, hasta las diez. Otros infinitos no salen por la mañana, y a la tarde o van a casa de una cortesana, a gastar con ella y con el demonio un peso, o se van por dos de plata a la comedia, aburridos. Yo con mi capote pardo voy a misa, o jugando con mi hija (si no salgo) estoy en casa hasta que a las oraciones salgo, o solo o con mi mujer, a mis asambleas. ¡Jesús, qué vida! Paciencia, que esto es Madrid.

Por lo que te persuadirás y debes persuadir porfiando tanto, si fuere menester, como mi tío fray Martín, aunque

sin pedirle a Mireles parecer, que esta Corte no sirve sino para dos calidades de gente: o mendigos que de calle en calle y de esquina en esquina agarran cada día treinta ochavos que recaudan siete tazas de caldibaldo que deben y cuatro mendrugos de pan con que cenan y se desayunan; o para los que tienen 4 mil pesos de renta cuando menos, seguros (sin que para ellos entren juros, alquileres de casa, pensión sobre obispado ni viñas de malvasía en Canarias: porque es la carabina de Ambrosio, contar sobre cualquiera cosa de éstas). Con los cuales comerá con apetito un mal puchero de carnero y vaca, pero quedará comido; y un coche de dos mulas mantendrá, como don Ignacio Escalera, aunque lo llamen vulgarmente una guitarra con dos cuerdas. Con él irá, si le da la gana, a la noria, a misa cuando llueve y cuando hiciere frío a una asamblea: mas con tal condición deberá ser, que en ser algo más no ha de pensar y mate moros quien quisiere. Así vivirá gustoso, y mártir morirá si no viviere así. Pero, si mi consejo aprecia, váyase a vivir con sus cuatro mil pesos a otra parte: porque si viviere aquí entre gente, oír lo que se pasa a cada instante le ha de inficionar las entrañas; y para vivir apartado vale más un rincón (como ya te dije) de cualquier puerto de mar, que cuatrocientos Madrid.

Otros te dirán que en las iglesias aquí hallarán a todas horas funciones de cofradías, iglesias de jubileo, de manifiesto el Señor con música, y en todas y todo con grandísima devoción. Y ¡Jesús, qué rabia que es para mí todo ese grande aparato, cuando le estoy comprendiendo el corazón! Fuera de que, para pedir con lágrimas que vierta el alma perdón a Dios de mis pecados, tres esquinas me sobran de las cuatro de mi cuarto.

Por estas calles verás una cantidad de gentes cantando cantidad de rosarios: unos compuestos de muchachos sin zapatos, otros de unos hombres mal vestidos y otros con dos frailes y un bajón cantando mal y porfiando:

pero todos ellos a lengua tirada y a gazzate suelto pidiendo limosna, para el tercio de la Madre de Dios, de las Maravillas, de la Merced, el Rosario, etc. Doña María, camarera de mi señora la marquesa de Villanueva del Prado, contribuye siempre su cuartejo. De calidad que, si se saca bastante para beber estos devotos dos azumbres de vino al otro día, habrá tercio al otro y si no, «fray Luis ni luna». ¡O desdichado rosario entre los muchachos de Madrid!

Lo mismo con las cofradías acontece. Arriéndanlas estos danzantes de gazzate y arrójanse a pedir por las esquinas, queriendo (como los muchachos de las Mayas en mi tierra) sacar a fuerza la limosna: gritan, ponderan la necesidad de Jesús del Valle, de la Virgen del Pilar, del Desamparo, etcétera. Y como yo (sin otras consideraciones) sé que con lo que excede del arriendo van estas devociones al juego de las bolas, a la Puerta del Sol o a la taberna, no me acomodo a dar limosna. Primero se la diera al rey de Mequínés o a la reina Cleopatra.

¿Estará este dentro apetecible en la imponderable desvergüenza de todas las criadas? Puede ser, porque hay humores de tan extraña complexión que como virtud aman la desenvoltura. Explicaréte este dentro con lo que a mí me sucedió y a todos los demás sucede. Trajo mi mujer en su servicio dos doncellas (salvo tal lugar), que en los primeros cuatro meses se mantuvieron en aquel retiro y seriedad con que mi señora (que es en la escuela de honor, catedrática de prima) las había educado: fueron a misa, vinieron visitas a mi casa, fue mi señora a casa de sus amigas y quedaron ellas solas: tomaron lengua con otras y, entre dare y tomares, sacudió la pluma el ave y el pájaro afiló el pico. Ya intentaban ir a misa a Santa María (la más lejos), ya en la Puerta del Sol a tomar la luna y con la luna en los paseos, el sol: todo con mantillas blancas y contra mi doctrina todo. Hasta que, saliendo de su infame ya insufrible curso el río, dijeron a la Mar-

quesa resueltas: —Señora, ni más soledad que la de la Virgen queremos, ni otro retiro que el Palacio, o permítanos V. S. ir cada segundo día a misa y a pasear los días de fiesta, o dénos licencia para irnos.

¡Oh santo Dios! Oílo yo, que tengo (como tú no ignoras) pegadas a las narices aquellas avecillas que las soplan; y como concebí el conventículo de ellas y la altivez con que lo pactaban, me inquieté y «fue enjugando la aurora cuanto sudaron los riscos». Despedílas al instante, aunque bajando la escalera enmarañadas. Recibimos otra y otra y otras hasta el número infinito, despidiéndolas a todas en muy pocos días, porque querían todas luna, balcón, Puerta del Sol, paseo y misa. En cuya desesperación y sirviéndonos con hombres (que son, por otra vía, lo mismo. Dios te haya perdonado, Mesa; pero ahí queda mi mujer), me dice un amigo, dos, tres, todos, que estos mandamientos se encierran en dos: —«Calle, padre Prior», o no tenerlas. Con cuyo desengaño se resolvió la Marquesa a recibir dos viudas, que entre las dos componían siete ducados de edad, francos.

Mi mujer estaba, más que los muchachos con los gigantes, alegre; porque lo era de un abogado la una, y le decía que había encontrado la piedra filosofal en su abrigo; que miraba la casa como propia; que su esclava había de ser hasta la muerte, sólo por saber que tenía su entierro cierto y que en seis años de su viudedad (después de haber andado en coche mientras fue casada) tenía experimentado las últimas desventuras. La otra, que de un guarda de la aduana fue mujer, decía, aunque con menos ley, y más uñas, que había descubierto en esta casa el movimiento continuo y el punto de longitud. Y aunque yo, perro viejo, le decía que fuera muy a espacio con sus pueriles confianzas y con el cuidado de guardar sus alfileres muy a prisa, no había remedio de hacerle torcer su pensamiento, canonizándome de temerario, hombre sin religión, sin miedo a la muerte, ni temor de Dios. Hasta

que (aún sin haber dado el carro luminoso treinta vueltas) descubrimos que la una, devotísima de Baco, antes de salir la Aurora le adoraba sorbo a sorbo los espíritus, y que a un tomo en folio de sus obras sueltas se escondía, el estilo le bebía a todas horas y en las ya muertas de Apolo, cuando a Morfeo se rendía, los últimos conceptos le apuraba. Y la otra, sacerdotisa de Caco, las esquinas de mi casa (aunque fueran de diamante) las llevaba, y las rejas de las obras por su virtud impulsiva (aunque de basura fueran) las traía. Y, a vueltas de partidas tales, sin las de hacer sus líquidas necesidades en la fuente donde las caras nos lavábamos, tenían una y otra la partida amable de ser finísimas terceras de Cupido y groseramente abortos de una Harpía ambas.

Pero así o asado por lo general son todas las que sirven de doncellas en Madrid. Y no te quiero tocar el punto de amas de leche, porque ése es el punto final de cuanto hay malo en este punto y el centro adonde se hallan las últimas abominables maldades. Baste decirte (para que el paño por esta muestra conozcas) que muchos hombres de primor, de honra, de caudal, caballeros y titulados, dan sus hijos a criar en los lugares vecinos, por no ser posible sufrir a estas mismas amas en Madrid. ¡Rara disposición de los consejos malos! La que en Vallecas es buena, se convierte en Madrid mala. Ya voy a darte de este desengaño mayor prueba. Pero tales son mis sufrideras, que tres cargué para criar a Juanica: y primero cargaría a mis espaldas toda la basura de estas calles, que apartar de mí dos dedos a mis hijos. En cuya canalla, como en cuantas hay de su pelambre, no comprarás un pensamiento cristiano con todo el oro de Midas, ni con todas sus orejas les oirás el eco de una verdad.

El primero mandamiento de la ley de estas mujeres es mentir, y mentir todo. Si les preguntas: —¿Sois cristianas? responden luego que no; y dirán que sí, si fueran mahometanas. Y no te parezca exageración, porque, siendo

ésta una general infamia asentada y sin castigo en gente a quien sólo el interés o el miedo rige, se hace naturaleza e inseparable de ellas se hace. Mil doscientos años hay que en Galicia las escuelas, los tribunales, las doctrinas, los libros, los sermones y toda la gente ilustre hablan y son en castellano todo: y sin embargo el común pueblo solamente en el idioma gallego se explica, sin poderles persuadir a que aquel champurrado dejen.

Los criados (éste es el mayor desengaño que te prometí) y ésta es otra, porque la otra (si es que otra puede haber) como las otras, peor. Don Pedro de Mesa trajo uno legal y antiguo, en su casa y en la de todo fiel; pero a los seis meses de llegado me dijo a mí que había perdido la fidelidad con todos y la ley con él y con su casa. Lo mismo sucedió a mi hermano, y a cuantos hay les sucederá lo mismo. Otro traje yo, casado en Santa Cruz, que, fuera de simplón, con honra era en todo lo demás y lo fue cuatro años en Lisboa, hombre fiel y virtuoso. Llegamos aquí y, antes de cumplir un año, en cuantos vicios hay podía leer de oposición. Aguantéle pocos meses muchos males, hasta que (llegando a lo imposible) lo despedí y tomé otro, y otros, hasta diecinueve en cuatro años, que por ladrones, tahúres, desvergonzados, putañeros y otras hierbas, despedí catorce y por cosas peores los demás.

Y ¿de qué dependerá todo esto, preguntará su Merced? Sí, señor, pregunta bien y que lo pregunte me alegro, para desengañarle que no hay en esto duende ni malificio, sino moda, práctica y estilo. Vas donde se usan bigotes y dejas crecer los tuyos. Vienes de adonde sólo se juega pechigonga y no sabes otro juego: el práctico aquí esresvesino, porque todo anda al revés y en la casa del danzante todos bailan. Bárbaro atea ha escrito que las religiones fueron invención política para sujetar a la canalla: y, si esto pudiera ser así, aquí se verificaba el engaño, porque no hay la una ni la otra. Pero, abstrayendo del herético disparate, políticamente discuriendo siempre fui de sentir

contrario y me oirías decir en Tenerife mil veces, que más quería un juez recto que trescientos misioneros, cuya verdad inferirás de toda mi relación. Déjamela acabar.

Pues, pregunto ahora: ¿equivalen tres horas o dos de asamblea, y las mismas de comedia, aunque sea famosa, al tósigo infernal de vivir con estas gentes? Yo te aseguro que sólo puede saber lo que esto es, el que lo padece.

¿Será este dentro (si por la desvergüenza no de los criados), por la intolerable mal permitida libertad de las señoras? Muy posible será que sea éste. Pero en este dentro es adonde la puerca tuerce el rabo, el cuesco se halla de la breva y adonde tres se calzan un zapato. Y debes también notar que hay un escritorio aquí de muchísimas gavetillas el que es un laberinto más que el de Dédalo intrincado y una gruta más que la del Lilibeo obscura, a cuya greña menos luz se debe y menos aire puro que a la Peña. El desdichado marido que no quiere o que no puede tener coche muere en perpetuo martirio y en peligro manifiesto vive, con el gesto de su mujer esquivo, el cual se enciende (Etna inextinguible) en las concurrencias con sus amigas, y mejor se atiza si con alguna que lo tiene va al paseo. ¡Oh desdicha de accidentes complicados! Si esta corta diversión se impide, correrá Himeneo borrasca tormentosa en el eclipsado mar de su semblante; y si se permite, por lo que con él y en él la falta se recuerda, volverá agostado el campo de su primavera a casa. Por una parte cerca el Duero, y Peña Tajada por la otra.

Y si este triste marido no puede mantener más que un furlón, triste ha de ser siempre para ella y el cuitado ha de andar a pata siempre. Con él se va a pasear al Prado Nuevo de adonde a las doce y media vuelve. Si el marido es prudente, de lindo natural y de aquéllos con narices o sangre (que es peor que todo) en el ojo y de sacristán se aparta por no decir amén a todo ni andar de altar en altar con el atril de San Lucas siempre a cuestras, dimos en el

mayor precipicio con el Santo y con la limosna en tierra: porque cátrate el divorcio como tres y dos son cinco, a las espaldas, o con un pistoletazo como cuatro y tres son siete, al entrar por el zaguán:

Incidit in Scyllam cupiens vitare Charybdim.

Sobran jueces (ésta es una de las gavetillas) que reciban voluntariosas demandas (ya nos contentaremos con que sólo sean voluntariosas) por recibir los derechos, por dar gusto a las señoras por que las señoras se lo den a ellos, y por otros muchos pores. Sobra una criada, por otras mil y quinientas, que jure la mala vida que le dan a su señora, y también lacayos sobran para cuanto usted imaginar. Pero también sobra todo, cuando un turbión debajo de la nube de un decreto real se levanta: y es tormenta que arroja al Africa los hombres, quedando en tranquilo cielo las mujeres.

La primera, y la ley mejor que Rómulo puso en sus estados fue el repudio en las mujeres, negándoles a ellas el derecho mismo: ¡qué santísima ley, si fuera religiosa! No las discurrió tan arregladas. Aquí debería ser así, para que así estuvieran más amantes y con alguna sujeción a sus maridos, y para soltar la pesada intolerable cruz que cargan muchos, ni deshonor hubiera ni discordias tantas habría. Catón, no obstante de ser Catón, repudió a Marcia y, aunque la volvió a recibir con nuevo matrimonio (por sus nuevos intereses), fue diciendo que era imperfecto monstruo la mujer, por lo que otra vez volvía a recibir a Marcia: porque a lo menos llevaba sabido ya el achaque de que su monstruo adolecía.

Allá se las haya a las señoras damas con Catón y los romanos: que yo no soy más que un copiante de sus leyes. Pero mujer fue, y muy de mis afectos es, la que a mí me ha dicho muchas veces que no casará su hijo por todo lo del mundo con ninguna señora de Madrid. Y en

verdad que con una de Llarena está ajustado para luego; y, si las estrellas no engañan ni el cielo claro nos miente, acertó su pensamiento y lo que yo pensé capricho fue discreción, fue experiencia y conocimiento de lo que es Madrid fue.

Pasando yo a declarar que desde la escuela me constaban los honrados, cristianos y caballerosos procedimientos del arzobispo de Santo Domingo, supe que en aquella secretaría de la Nunciatura se hallaban 147 causas de divorcio, por dácame acá las pajas, pendientes. Y visitando en la cárcel de Corte a un amigo mío y de dignidad, vi con él 27 presos por quejas de sus mujeres: de los cuales (y sin oírlos, decían ellos) había 17 prontos para ir a los presidios atados, quedando bastante sueltas las mujeres. Y éstas debes asentar conmigo que son de gente granada, pues de la otra (que toronja es) no se hace conversación en los estrados, en las oficinas ni en las asambleas, porque se desestiman como perros: ellos se juntan y los muchachos a pedradas los separan. Por cuya práctica lastimosa en punto de cortesanas, ya el Carmen no es Carmen, ya no tiene gracias Venus ni el abril produce flores. Para pasto de lacayos cría Morfeo corujas; y tal o cual graja Apolo, para pitanza de frailes.

Uno de estos desterrados al Peñón con juramento me dijo que su causa, desde la cruz a la fecha, era con testigos falsos; y no lo dudo yo nada, porque a peso y medio para cuanto usted quisiera hay paraje señalado adonde los hallarás. Cóntame por revelación de un juez amigo esta maldad, y también porque un escribano me lo aseguró sin tormento. ¡Qué horror, qué tiranía, quitar la honra a un hombre y desterrarlo de su patria falsamente y por el costo de diez pesos! ¡Jesús mil veces! ¿Qué le parece de este dentro a usted? No es malo.

En el infierno se dice que no hay orden. Téngolo por paradoja, porque los astros, planetas, flores, fieras, ángeles

y demonios (*Ps.* 14 y *Juez*, 5, 20) todos exactamente adorando obedecen cuanto dispuso y manda la divina Providencia; y solamente el hombre, siendo racional, es quien enteramente falta a la razón; y de los hombres también a la justicia y a la racionalidad faltan en Madrid. Aquí es adonde está el infierno, si es verdad que ningún orden encuentra el más desordenado aquí.

Dicen (no sé si será verdad), que, habiendo Dios enviado un soldado de los valones al cielo, no quedó contento, porque aquella tranquilidad de todos *sanctus, sanctus, sanctus* no le acomodaba bien. Que Nuestro Señor, satisfecho de la paciencia con que había llevado en esta vida las fatigas de soldado, sin darle de vestir ni de comer, le permitió bajarse al purgatorio; que allí se le hubo de volver el juicio porque, sobre recibir muchos y continuos golpes, daba gracias a Dios de recibirlos; que con la misma permisión divina se pasó de allí al infierno, adonde reparó que (bayoneta calada) andaban a quién más podía y entonces dijo: —Esto sí: acabáramos ya, que por lo menos aquí el que más las da las lleva. Ello por ello, sucede en Madrid lo mismo y los que están aquí contentos o son demonios, o valones son, porque no hay orden ninguna.

El pobre que una pulga mata, al mismo instante le cuelgan; pero si tiene dinero, aunque haya muerto un elefante, dura la causa y la prisión dura mientras que dura el dinero; y a mucho tiempo y a descuido mucho, o él sin justicia se va, o la mata Dios con ella. Los zapateros, los boticarios, médicos, sastres, barberos, etc., todos tienen sus alcaldes, todos han tenido examen y sacan todos pasaportes de asesinos, de embusteros y ladrones, sin apelación de los delitos: porque, si alguno se queja, gastará sus pasos y su dinero para utilidad solamente de alguaciles y de jueces. Cuantos graduar se quisieron de doctor o licenciado, como lleven las propinas abundantes, bien pueden ir por mi cuenta a la universidad que quisieren, aunque el romance como Luis Fernández lean y como

Fr. Luis de Lara el latín hablen. Y si no me quieres creer, examina tú a Dominguito de Guisla, a don Lope y otros, y te desengañarás.

¿Qué más hay en ese dentro? ¿Qué descubre más el telescopio? Sí, señor, un bicho descubrimos, a quien llaman *comadrón*, que, por ser del trinquis, toca al dentro. Es de moda y abre (con capa de necesidad) camino franco al chichisbeo, por el rubor que poco a poco va quitando a las mujeres. (No es malo esto, pero viene tarde ya para nosotros). Ya tú sabes que, para entrar el dedo minguiriño a una gorróna por entre la cotilla y el escote, costaba un sitio más molesto que el de Troya, unos asaltos peligrosos como los que en Cartago dio Scipión y unas máquinas astutas como las que Vespasiano arrió a Jerusalén y en esta era se arriman para elegir un provincial; y que con todo esto, después de haber entrado la uña, era menester para la mano tanto afán impertinente, como a Pedro Malasartes le costó para meterse en el cielo. Pues, amigo de mi vida, el comadrón (inventiva de veinte años en España y que aun de los muros de Madrid no sale) alza en fin la última plana del tomo de las cautelas y con sus manos lavadas va a revolver el arroz a gorrónas y a deidades que a veces no comerá y podrá comer a veces.

Entramos un amigo y yo en cierta casa, adonde dimos con un gato relamido, la peluca bien peinada, acabada de pelar la barba, la media sin arruga y el semblante almibarado, con pretensiones de lindo y entusiasmos de galán. Levantóse, dejándonos el campo para nosotros y, preguntando quién era: —Mi comadrón, respondió la señorita. Mirámonos los dos mentalmente conociendo la ventaja que a los dos y a otras dos docenas nos llevaba, supuesto que ya sabía, levantando los frontales, dónde se apagan las velas.

Dice don Diego Zapata, médico de estimación en toda Europa, que, cuando viene el parto derecho, basta la moza de la cocina para recoger la criatura; pero que

cuando se desvía con peligro de la vida, que es preciso el comadrón, porque la mejor partera de Madrid sabe tanto de su oficio como hacer versos una mula. Sigo sin repugnancia su opinión, que no soy tan celoso temerario, que apadrine la dureza de la reina doña Isabel, mujer del Católico Rey don Fernando, ni de doña María de Austria, madre de Luis XIV la temeridad con que una y otra majestad dieron a Cloto primero abrigo en el pecho, que debajo de la holanda ruboroso examen a un cirujano. Y aun digo más, para que por escéptico escrupuloso no me tengas, que el ponderado exceso honroso de Lucrecia fue (perdónenme tantas plumas venerables) altanería, cuando con sólo callar y dando otra venganza al delito de Tarquino libraba a todo el mundo de una ruina. Lo que abomino en este dentro es la facilidad con que las señoras se entregan a la más terrible afrentosa curiosidad y examen de un bergante, sólo porque es moda y antes que llegue a ser necesidad.

Tome enhorabuena el sangrador el pie, la conciencia el confesor y el comadrón la cola al zorro cuando éste expira, aquélla llora y el otro se ensangrenta: pero sin sangre, sin dolor y sin peligro el zorro, lo interior del alma, el pie, es desvergüenza consentir que lo examine ningún hombre. De esta Corte pasó a la de Portugal un comadrón, cuando la princesa del Brasil dio a luz a la de Beira. En la antecámara estuvo mientras que el parto duró: no se necesitó para nada ni supo en cuál esquina quedaba la cama de S. A. Enojóse de esto: ¡linda asnedad! Dábanle 2 mil doblones y no quiso recibirlos: ésta fue mayor. De todo fui testigo y toda aquella disposición me gustó.

Parte de este dentro ponderado puede ser que sea el dentro de las mujeres que se casan o el fuera de los hombres que se mueren, si entre casarse o morir se hay alguna diferencia. Examinemos bien esto, para ver si hay por fuera o dentro cosa de espanto o veneración en ello.

Toma estado una mujer (júzgala del tamaño que quisieres) y en las últimas horas de su alegre primavera, cuando el signo va a salir de Virgo y el de Capricornio a entrar para que, afilando (fiera voraz) terrible diente que al sacrificio se prepara y (cobarde Androómeda) a el ara se acerca o al peñasco se ata, entran los convidados en tropa (animados microscopios) y le observan todo el hermoso oculto libro de su cielo; hoja a hoja lo registran todo; la Vía Láctea miran, el trópico, la línea por adonde pasa la cabeza del dragón, el polo ardiente, el signo Acuario, el Carnero (borreguillo aún), Tauro, Libra, Venus, etc.; alaban los celajes rojos, gallardetes del bajel de su hermosura que corriendo va tormenta, de cuyo prolijo mal mirado examen el corazón se contrista, si bien la vanidad se engrandece. Ven las últimas ligaduras, la venda, el cabezal y los demás primores con que el marino monstruo para vestir la víctima se esmera y la cisura tal vez por donde ésta se ensangrenta y aquél se ha de desangrar. Ocasión ha habido que (cual Aquiles por Deidamia o cual por Pompeya César) algún curioso se introdujo en el concurso. Tal es Madrid por adentro y tales algunos maridos son por fuera. Casados, pues, cuantos amigos tienen o dependientes ella y él, tanto regalos reciben y otros tantos corresponden: de que se sigue, o cambiar alhajas, o destruirse.

Lo mismo (y mucho peor) sucede con los muertos. Y aquí cabe aquello de «sobre coz, pedrada»: pues a la pérdida de una mujer que se quiere (porque en aquel día a ninguna se aborrece) atosiga recibir regalos, que ha de volver antes de salir del duelo. Yo supe a quien se regaló con una bata de damasco blanco y otro que con una silla de caballo regaló, que por la ocasión pidiendo estaba de justicia un petral de cascabeles. El padre Adán, de la Compañía, admira la práctica y los estilos de la China: no tuviera disculpa de admirar aquéllos, si hubiera su Reverendísima examinado bien éstos. Y si el difunto, por devoción, por grandeza o por capricho, quiere ente-

rrarse en un convento, pagará segundo entierro en su parroquia, para que viene el colector con la cuenta tan cabal como las que de las Indias nos dan los encomenderos: abrir la sepultura, cerrarla, agua bendita, incienso, sacristán, cruz, piques y repiques, capotes y capas. Y no se me ría mucho usted, porque, si pasamos sin preocupación por muchas costumbres la consideración, peores abusos (o los mismos) entre nosotros notaremos. Lo que me disuena éstos me hace reparar ahora aquéllos.

Dos cosillas te diré, ligeras, por desahogar el peso de las muchas que en ese asunto me cargan. Es costumbre en las visitas despedir los coches las señoras, advirtiéndolo a sus criados la hora que deberán volver; y cuando vuelven, un paje de la casa les va a decir que ya su coche ha llegado. En cuyo conocimiento se detienen o despiden, según que come la conversación o según que el juego pica y, cuando sale con una, dos o cuatro hachas, le sale la pajuncia acompañando. Pues, amigo mío, en las visitas de duelo ni las señoras tienen aviso de que sus coches han llegado ni les sale nadie a acompañar; de suerte que a la buena dicha de encontrar el coche salen, y a la fortuna también de hallar o no la escalera. Cuando esta práctica vi, me acordé de cierto amigo de todos que, enfrente del hospital viviendo y los pechos de una cochina mamando, nos salía él mismo cuando ganaba a alumbrar y cuando perdía, sin consentir que se sacara una luz, nos dejaba salir palpando sombras y dando contra la pared con las narices. Estas políticas o ceremonial de los estrados, asambleas, mesas, etc., deberían advertirse en la *Guía de Forasteros*, para que ninguno tropezara y escapar pudieran todos de la risa y la censura que tontos tantos hacen sin justicia de quien en una provincia extraña (no conociendo la moneda que allí corre) se deja sencillo engañar.

Pero en esta época de muertos, no obstante de llevarte dicho que no me mezclaría en nada con Némesis, me has de permitir que falte una migajita a mi promesa, so pena

de reventar, de cuya muerte te hubiera de hacer cargo mi mujer. Cuando matan, sea debajo de un altar o en casa de una dama fea, a un infeliz, lleva la Justicia este cadáver a la cárcel, con el pretexto de indagar el matador, y le encajan al instante un par de grillos: al muerto es a quien digo que le ponen unas medias vizcaínas (abra usted los oídos y no crea que tengo cerrados yo los ojos). Preso en fin con esta seguridad, se pregona a quién más diere por él y, siendo del mayor postor, entra este comprador de carne muerta, que es aun peor que vendedor de carne viva, repartiendo por todas las esquinas unas ayudas o jeringas de semejante enfermedad, que con pálido semblante, voz delgada, eco campanudo, chillido lastimoso, reclamo misionero, aspecto compasivo y ademanes de mujer abofeteada, persuade, conmueve, incita y obliga a que le den limosna para quitar los grillos a aquel infeliz, que no se sabe quién es. Tal vez disimulan los parientes, como con algo contribuya el asentista. Para enterrarlo, decirle misas, etc., cual vendedera entre mil sollozos suelta su ochavito y cual cochero con el ánimo más blando que suelen ser los lomos de las mulas deja caer otro ochavo. Y con este pinga, pingas, gota a gota, después de separar el importe del remate, hacen un cirio pascual con que se alumbran en una taberna todos y obscurecen muchos. Si esto se practica con los muertos, ¡qué no se hará con los vivos! Dios me saque de aquí cuando me convenga.

Del docto y discreto Nicolás Clenardo dice Pasquío que en ninguna parte se halló más a su gusto como en Fez. Era católico Clenardo y, sin embargo, entre moros se hallaba mejor que entre cristianos: tales son éstos a veces. Puede ser que lo hayan sido, mas no lo parecen. Y no son las diversiones de éste o del otro país las que más conquistan el gusto y la voluntad de los hombres, sino la sociedad verdadera, legal y amistosa de los otros hombres. No hay esta virtud aquí: un engaño alevé es lo que casi en todos hay.

Si me preguntas a mí dónde viviera mejor, respondo que por ahora en Lisboa. Y, examinándome a mí mismo yo, por qué, conozco que sólo es porque a los blancos y a los negros, a los azules y encarnados da tres días en la semana, audiencia pública aquel rey: y esto de poderse quejar todos a quien puede y quiere remediar lo malo es cabezón para muchos. Aunque no ignoro también que, quejándose un vasallo a Gigés, discreto rey de Esparta, de que andaba en la república lo de arriba para abajo, respondió juicioso: —Estimo tu noticia, porque en tiempo de mi padre se quejaron de eso; y así vendrán a quedar las cosas en su lugar a mi tiempo. Que es lo mismo que en el vers. 11 del cap. 7 se nos dice: *Ne dicas: Quid putas causa est quod priora tempora meliora fuere quam nunc sunt? Stulta enim est huiusmodi interrogatio.*

Y es infalible, porque nada ves ni oyes hoy, que en las historias de todos los tiempos no veas. Mira en Plinio y en Plutarco las tiranías de los romanos, y verás en cuánto exceden a las que tú lloras de hoy; pasa las vidas de los reyes españoles en los PP. Mariana y Fuentes y hallarás lo propio. Examina la de Luis XIV que acaba de salir a luz en Amsterdam, y en el año quince en que ese grande héroe murió hallarás (y sin que una coma le falte ni le sobre un punto) lo mismo de que te lamentas. Y en fin oye a San Pablo y atiende a los Apóstoles, verás con qué justicia y con qué severidad se explican contra Nerón y su gobierno, *Col.*, 2, 8; *Ephes.*, 3, 14, adonde el Apóstol se lamenta de la grandísima dificultad que le tenía el hablar con los ministros. Y en la *I ad Cor.*, vers. 15 y 32, exclama la fatiga de haber comunicado con bestias, que naturalmente debemos entender con ministros de mal entendimiento o ministerio de mentecatos; sin que debamos alargar a otros sujetos la queja, puesto que de ellos es de quien el Santo va hablando. Y llévate desde aquí sabido (para cuando más adelante me oigas en este asunto más) que, cuando el Apóstol habla de las potencias del aire, que no es del demonio, como juzgas tú, sino de los

malos monarcas del mundo, los que al céfiro sutil de un tabardillo o al rudo Boreas de una perlesía al suelo sin remedio caen: y por eso «potencias en el aire», ciertamente. Y tampoco, cuando dice que «Satanás se irritó contra Israel» es (como tú piensas) el diablo: porque San Pedro, en su I *Ep.* Cap. I, v. 12, nos advierte que es preciso que entendamos con mucho cuidado estas expresiones. Ya nos veremos despacio. Lindos disparates te creerías, si las entendieras a la letra.

Pero en fin, ¿quieres saber cómo estos lamentos y suspiros de todos nosotros son? Pues yo te lo diré: como un dolor de muelas. Duélenle a tu madre, a tu mujer, a tu amiga, etc... y a todas (aunque muchísimo las quieras) les persuades que no es nada, que se enjuague la boca con vinagre destemplado, que luego se quitará. Mas si te duelen a ti, quieres coger el cielo con las manos y arrancar del firmamento las estrellas. Ello por ello. A todas estas ya pasadas desdichas del ya pasado tiempo tú les aplicas (y aplicamos todos) pañitos de agua rosada: mas por las que hoy arrojam a los aires más suspiros que una dama por marido, cuando pasa de veinte años, o que una casada al viento iras, si no la deja ir a la comedia el suyo, al río, a misa sola y a pasear acompañada.

El maestro Feijoo, en el primer capítulo de sus admirables críticas obras, nos cuenta algunas barbaridades que cometen en Sim, en Malabar, en el Mogor, etc.; pero nos calla su prudencia que en un autor arábigo que el Ilustrísimo Bossuet cita en su Crítica universal se leen autorizadas de los europeos otras tantas. Todos deben de tener razón, o no hay ninguna entre todos.

Apuremos este dentro: ¿descúbrese algo más? Sí, señor. ¿Qué? Muchos conventos de religiosos de virtud y de frailes de literatura y de doctrina. Muchísimo bueno es esto; pero por muchas razones, como llevas visto ya, muchísimo mejor fuera que faltaran muchos para muchos,

que a lo menos Madrid fuera señora de sí mismo: y hoy es esclava de los conventos. Una prueba matemática solamente te pondré delante. A los principios de este siglo, cuando la guerra alevemente nos disputaba el vasallaje, discurrió la fatiga a pensionar por entonces las casas de Madrid para el gasto de la guerra. Entróse a el examen de ellas y hallóse haber 23 mil, de las cuales 17.588 eran bienes eclesiásticos (5.216 de la Compañía): de suerte que, no quedando más que 5.417, hubieron de suspender las intenciones. Con que, amigo, si le pusieren a esta Villa en la puerta de Toledo el pasquín gracioso que a Roma en otra de las suyas se le puso: *Collegium Societatis Jesu*, no tendría de qué quejarse, como ni Roma se quejó, por más que a Marforio lo picaba el vulgo y la ocasión repicaba las campanas de Pasquín.

¿Qué observamos más en ese fenómeno? ¿Qué? Una cosa, y tan grande que en todo el orbe se pondera. Y ¿qué cosa? Los toros de Madrid.— ¡Qué disparate! dirás tú ¿los toros en Madrid por dentro? Sí, señor, y los mejores, digo yo. Pero no me apures la paciencia ni te cause horror este nublado, pues te llevo dicho ya que con Venus, Tauro, Libra, Escorpión, Mercurio, Virgo y otras hierbas en el cielo semejantes, de que hace Astrea sus guisados, no me meto. Y así, vamos con los toros por afuera.

Dicen comúnmente que «al pueblo de Madrid, toros y pan». Doctrina es ésta infalible, porque a todos veo en tales fiestas, con más gusto que al mulato de morera componiendo altares, y cargando la cena a Luis Pinelo. En Lugo, en Leganés fuera de estos muros, en San Martín y en Segovia los he visto. ¡Qué bizarra mojiganga! Asiento que en la Plaza Mayor, estando y aun sin estar los Reyes, será espectáculo admirable, proporcionando su hermosura con la de Segovia, que a pintarte voy, y este pueblo con aquél. Sin embargo, en fiestas reales me alegra verlos: porque, si mata el toro caballos, así como los he visto

siempre, y el torador padece la tormenta que a los otros he notado, será mojiganga real la que hasta aquí me ha sido ridícula mojiganga. Señor, que salga un chulo y con una mala capa burle a un toro y haga de su ferocidad menosprecio, es loable. Pero que en un mal caballo un mal jinete salga a ser trofeo, o a ser destrozo de este toro salga, yo no sé donde la gracia ni lo heroico está. Vamos practicando el caso: y repara que a dibujarte lo que vi en Segovia voy, que es la cabeza de aquel reino; y era en ocasión que estaba la corte en Valsaín, cuya mediación llevó toda la Corte a Segovia; y, por esto, los menos malos que he visto.

Ya tú te acordarás de nuestros bailes, en el tiempo nuestro, por Entrudo, en que, habiendo diez pobretas de nugas de sempiterno, sólo porque una de raso o chamelote había entre ellas, era el de las aclamaciones y abejas concurríamos todos, si rosa lo discurre, por libarla. Pues, amigo, de la misma suerte bajaron muchísimas flores de la Granja; y así como en un puchero (no el de Madrid), que un cuarto de azafrán le da color, de la misma suerte toda la plaza de Segovia, aunque con inmensísimas ganforras propias adornada y de los vecinos lugares embutida, las muchas rosas que de Valsaín bajaron campo la hicieron en el mes de mayo y puchero tan sabroso, que pudieran comerlo las estrellas. Estaba hermosa la plaza.

Despejada en fin, se apareció el torador (si no me has de creer, me callo; pero ya me harás merced), en un caballo blanco a la jineta, quedándole las rodillas a nivel de los bigotes; sin funda y sin mantilla, para que más a lo visto pareciera caballo que carga mosto en noviembre, o aborto de una camella; vestido de golilla, mangas blancas, capa que de la silla no pasaba, sombrero de norte a sur atravesado y con pluma blanca que hasta la copa cubría; y una tizona en fin, de cuatro dedos de ancho, que para nada (como ya verás) servía. Pero la más admirable eran los dos lacayos que, ya por aliviarse del peso o por des-

calzarse del cuidado, dejaron (como Bernardino el de don Pedro de Lugo y como Bernardo de mi tío don Pedro), los sombreros y los zapatos en casa. Estos dos, pegados a los estribos y teniéndolo por los calzones, venían para ser vejigas en el mar de su tormenta, aunque fueron piedras que halló colgadas (en la forzosa) al pescuezo. Contempla, por vida tuya, esta visión. Júrote a ley de mi amistad que por mucho tiempo estuve dudando si era verdad lo que veía, o si soñaba.

Así jineteando entró y se fue derecho al balcón de la ciudad; y al tiempo de hacer su cortesía, sacó con el sombrero la peluca. Aquí fueron los gritos de la gente iguales a mis extremos y aquí donde en risas derramé cuanto en confusiones había hasta allí el espanto mío recaudado. Recobróse, corrió haciendo cortesías en todos los demás balcones, y acabó esta friolera como quien acaba un cuento desgraciado. Plantóse pues con este aspecto a media plaza. Aquí es menester, señor, que V. M. me oiga. Salió el toro; mas tan luego que

*no sé si haberte amado
antes fue que haberte visto,*

lo embocó por un ijar y en un santiamén todo el atril de San Lucas, de suerte que yo pensé que salía el toro por el otro ijar. Intenta éste sacar en limpio su cuerno, el caballo huir y salvarse el toreador. Pero ni éste, aquél ni el otro consiguen lo que desean, porque, revueltos como huevos y como tortilla fritos, cayeron todos en la sartén de la plaza, de adonde (tostados ellos y quemado yo), miro entre gritos, confusión y espanto correr el caballo llevando a rastros las tripas; gatear el toreador para coger talinquera, aunque dejando por la popa la tizona, y el toro a golpes de la canalla hecho para morcillas jigote. Entran las mulas y lo arrastran, y en menos de seis minutos que en toda esta briga gastaron, cátrate otra vez el don Quijote, en otro como caballo, sin más diferencia

del otro que ser negro; y vele aquí un caso en que entre lo negro y lo blanco no hay ninguna diferencia. Y (por no quemarte más la sangre) en otro medio cuarto de hora, ello por ello, sin que me quites una coma, sucedió lo mismo. Y aquí dio fin la ropa blanca que llevó Crispín a Salamanca, porque no había más caballos.

Tú estarás diciendo: pues, aquello de sacar el toreador la espada, herir al toro por despique y buscarlo a pie para herirlo cara a cara, ¿dónde está? No hay tales carneros, ni más que lo que te cuento hay. Con que la tizona, por más que de cuatro dedos la veas, puedes asegurarte que es *ad terrorem* solamente. Yo quedé sentado entre el marqués de Paredes y el de Campollano, y era un Flandes ver cómo desde el balcón amansaban el toro, avivaban el caballo y daban al jinete aliento con gestos y con acciones: así como cuando el navío va a la banda, que nosladeamos en contra para enderezarlo. Tal pasión tiene aquí todos por toros.

Muertos los caballos, y los toros muertos, pusieron en medio de la plaza una pequeña alfombra, cuatro almohadas y una mesita con dulces. Y, suponiendo ser una visita, salieron tres toreros vestidos de mujer con el ánimo de defender el estrado, sacando siempre al toro, con suertes y con engaños, de aquel sitio; y siempre que había bonanza, ellas con sus abanicos sentadas en el estrado. Yo dije al instante a mi camisa (porque había dejado en casa el sayo): —Fiesta tenemos, porque buena será si lo defienden y, si no lo defienden, también buena.

Salió el toro. Levantóse una señora para extraviarle el objeto y quedáronse las dos abanicando. No quiso atender a su llamado. Salió otra, y desdeñó también sus voces y sus cariños. Salió la tercera en fin, y ni ésta, aquélla ni la otra pudieron torcer al toro el pensamiento. Metió las astas por debajo de la mesa, arrojóla a la región del aire:

porque esto de que «bajo carbón lo que subió madera» asienta Feijoo por cuento. Y en conclusión, antes que la mesa bajara habían subido las almohadas y la alfombra a ser estrado de Venus, por disposición de Tauro. Duró esta tentativa otro medio cuarto de hora; y los dos y medio que de tarde nos quedaba se pasó toreando a pie muchísimos apasionados que, por muchos, el toro se confundía y era menester echarlos los ministros de Justicia de la plaza a gaznatadas.

Fenece siempre esta comedia (famosa para muchos y para mí entremés sin gracia) matando el último toro al golpe de una fuerte lanza. Atiende cómo se practica esta última fiera. Delante del toril hacen en la tierra un agujero, en que afirma un baladrón de aquellos descamisados puesto de rodilla una lanza de tres varas de largo y del grueso de una pantorrilla menor que la de Soler y más que la de don Manuel de León, con un faín correspondiente a toda su grosedad. Afianzada, pues, la danza en el agujero, abren el toril y el toro sale, arrojándose a lo que delante ve con la ferocidad de toro; y el bergante, enderezando hacia la frente la lanza, suele de su violencia puramente, entrándole el faín por el medio, salirle por la cerviz. Supongo que así o asado y con malicia siempre el que mantiene la lanza se deja caer en el suelo así que ejecutó la tiranía y que el toro, o allí propio muere luego o que va a morir a pocos pasos de allí. Las veces que yo esta ferocidad sin gracia he visto, siempre el faín por el encaje se ha roto, quedando encajado todo entre las dos astas del toro: y aquí dio fin esta necia diversión, de que el Rey no gusta, y muchísimos con el Rey.

Pregunto ahora, por el amor de Dios: ¿qué gracia tiene, poner un pobre animal a la boca de un cañón y darle fuego? Pues lo mismo es esto. ¿Qué donosura tendrá subir a una eminencia un borrico y despeñarle de allí? Pues lo propio. Y ¿qué heroicidad será, exponerse un hombre sin motivo y sin acción loable a que, el golpe

errado, el toro lo destripe allí de una cornada? No se la hallo.

Lo que más se me hizo reparable fue ver el pobre majadero santiguarse así que el toril se abrió. ¡Qué ceguera hasta en lo moral! Una excomunión tiene como un templo el que se expone a peligro de la vida sin necesidad; y una necedad cometen todos en ir a ver y apadrinar aquel acto de contrición, si no lo hay. En todo lo que es preciso hacer, es acto de religión darle principio con la santísima señal de la cruz; pero santiguarse para ejecutar lo que de suyo es malo, es superstición gallarda. Los que se deben santiguar son todos los que están mirando. Dudo el que vuelva yo a ver a estas necedades, fuera de la plaza de Madrid. Mi mujer va tan gustosa como los muchachos cuando vienen de la escuela: pero advierte que es mujer y que de veinte años es.

Estos son los toros celebrados, que yo por lo menos siempre sin admiración he visto. Déjeme Dios verlos en la plaza, aunque más quisiera salir de Madrid, que verlos.

¿Descubrimos algo más, que orégano o jengibre sea, en este dentro de Madrid? No lo descubro. Lo que veo es suma ociosidad y una pobreza en sus dos terceras partes tan suma que incita la compasión a todos, y a mí el mayor deseo de salir de aquí me incita. En tanto que en esta Corte está el Rey, es el bullicio de la gente más granada, como el de los muchachos en La Palma cuando ponen las velas para Corpus, y no se habla en otra cosa que en los pensamientos de Palacio. Y es por lo general mentira o aprehensión cuanto dicen, infiriendo de una cosa indiferente una materia de Estado formidable; de Pedro (que con Juan habló) una consulta que saldrá llevándose las esquinas, y de un extraordinario que llegó de Portugal (que suele ser las más veces con pescado fresco para la Princesa) un tratado de paz o de guerra concluido. Todo a propia voluntad, todo con muy poco fundamento y todo ello apadrinado con «haberlo oído al Duque en la

antesala del Rey». Y otros con mayor confianza, que «al Príncipe se lo oyeron ellos mismos»; y todo es simple fantasía, o compuesta ostentación es todo, porque en rigor ni tal Príncipe ni tal Duque, tal Rey ni tal antesala hay. Otros, estirando las cejas, hacen sin ser curas sacramentos; otros, soplando los carrillos, se suponen vejigas silenciosas de las más recónditas novedades. Otros, meneando como figurita de palo la cabeza, hacen burla de lo que oyen y dan a conocer a un tiempo que lo saben por el Gobierno todo y que es preciso callarlo. Y en una palabra, queriendo y afirmando todos que sola su novedad es la segura, como con los relojes acontece.

Auséntase la Corte, y queda esto como Candelaria fenecida la fiesta de San Blas, o como la plaza de La Palma acabado de desbaratar el tablado. Yo no salgo de mi casa (si no es a la oración) en ese tiempo, para ir a visitar a un amigo, que rara o ninguna vez se hallará en la suya a esa hora, o para concurrir a alguna de mis asambleas conocidas; porque has de saber que el sol, abstrayendo de los gremios y de los hombres de oficio, para todos los demás ociosos sale a las cuatro de la tarde en el invierno y a las ocho en el verano. En cuyas conversaciones nada más que chismes se oyen.

Si en la calle amaneció un hombre muerto, hay que hablar en él y en las circunstancias de su hallazgo y juicio del acontecimiento, quince días. Si hurtaron una joya en una iglesia; si al entrar en un zaguán dieron un pistoletazo a uno; si se casó tal señora; si se descasa la otra; la poca o mucha razón de ésta; el mucho o poco cortejo del marido de la otra; si paga o no doña Fulana sus criados; si debe ser el pelo a la romana o a la papillota; si tal señora concurrió dos veces con un mismo vestido a el B. M.; si se pone hábito la otra por devoción, o por faldas. Y, en conclusión, la concurrencia de señoras aun es peor que en Garachico, porque es en todos los días y la misma.

De ellos unos hay (y éstos son muchos) que sólo tienen oídos; y los otros que oídos y ojos tienen, de viernes a viernes viven esperando la Gaceta de Absterdán, como de sábado a sábado en Santa Cruz los navíos de Indias: siendo así que siempre o las más veces viene dando por las barbas con la prisión de Sequendorf, con las pretensiones de Juliers y Berga o con el entremés de Córcega, farsas que se están representando muchísimos años ha. Y es digno del mayor reparo y ejecutoria de la mayor ociosidad que, como Matos en Silos o como en La Palma mi cuñado, esperen hombres de buena inteligencia, de literatura y de buen entendimiento, por una gaceta que saben a punto fijo que es un papelón de embustes simples o de máximas compuestas. Pero ¿qué han de hacer tampoco, si son las diversiones de Madrid como las de Taconte?

De todas las noticias gacetales siente mal Feijoo en el 8 lib. *Dist.*, y bellísimamente siente; pero no sé si siente bien en presumir que sean las menos mentirosas las nuestras. Entre mal ganado el diablo escoja; pues, siendo sin contradicción alguna copia de la de Holanda, es constante que serán ambas apócrifas, o son verdaderas ambas. Es la de Absterdán un tenebrario obscuro o apagado de adonde toman las demás de Europa su poca o ninguna luz, la que atizan o apagan según lo que a cada uno conviene, porque las más veces sucede estar de los ministros pagada. Con ella hacemos a nuestra voluntad los hombres lo que las arañas y las abejas con las flores hacen: éstas sacan miel, ponzonas aquéllas. Y así, te desengaña que no sirven las gacetas para más que para divertir la ociosidad como con una novela los hombres inteligentes, o como con los evangelios que cantaban don Gonzalo de Évora en Icod y don Tomás de Olivares en La Palma, la otra inmensidad de apasionados: esto es, dándoles entera fe y sin entender lo que cantaban. Pues en el capítulo de Madrid la nuestra, que mirando con siete sentidos estamos, nos suele embocar patrañas crudas y las más veces noticias que sola-

mente en el Gran Sultán pudieran ser novedades. Yo solamente con la de Portugal conservo fe, porque nos dice que la señora doña... se casó con el señor don... morgado de..., que el Rmo. P. Fr... murió y que lo enterraron *no seu convento*; que la excelentísima señora condesa de... bautizó su hijo; que fue su padrino el excelentísimo señor... y que un negro llamado Manuel, con una caperuza verde, se le había huido al señor don... etc., y, como estas cosas constan de la caperuza verde y de los libros de la iglesia, no nos puede engañar.

Y, supuesto que has oído la mayor ociosidad cuando la Corte no está aquí, discurro que querrás saber cuándo está. Pues atiende. En los primeros días del año sale la Casa Real para El Pardo, adonde la estación rigurosa del invierno pasa, y vuelve a Madrid para gozar de la Semana Santa, el Sábado de Ramos. Fenecidas sus funciones y la Pascua fenecida, pasan sus Majestades a Aranjuez, adonde la primavera es hermosa, fértil el sitio, abundantísima la caza y el terreno deleitable. De allí salen para Valsaín, así que sale San Juan. En este solo apacible sitio en el verano está la Corte, hasta que a mediado de octubre sale para El Escorial; de cuyo encantado monasterio, apenas diciembre su nevada frente asoma, vuelven a Madrid para tener aquí las Navidades y recibir de los Consejos las Pascuas, en la forma que a decirte voy: porque conozco que las circunstancias ignoras de esta ceremonia, solamente en la de Navidad practicada.

Siempre en el segundo día se celebra este acto, para el cual los que presiden los Consejos avisan a los consejeros y señalan hora, que regularmente es a las doce. Juntos todos los Consejos en la antesala del Rey y sentado ya Su Majestad en la silla, tocado el sombrero, a su espalda los capitanes de guardia y los Grandes de la monarquía a las paredes arrimados, de pie y cubiertos, tira la cortina el sumiller y en voz alta dice: —Consejo Real de Castilla, Su Majestad aguarda. Entra de este consejo el presidente,

a quien inmediatos siguen los consejeros por sus antigüedades, como frailes; hincan la rodilla, besan la mano, vuélvese a levantar y da las pascuas a Su Majestad en voz de todo su Consejo y déjase caer hacia atrás, para el derecho lado de la silla. (Debes aquí saber que sólo Grandes de la monarquía pueden ser de los Consejos presidentes; y el que no lo fuere, aunque el mismo gobierno, autoridad, prerrogativas, sueldo y circunstancias tiene, no se llama presidente, sino gobernador del Consejo, ni tiene más tratamiento que Señoría Ilustrísima). Puesto en fin en la espalda o esquina de la silla, vuelve la cara hacia los Grandes y les hace cortesía, la que corresponden quitando el sombrero y volviéndolo a poner. Si es Grande, se cubre; o quedará con el sombrero debajo del brazo, si no lo es. Pasan los consejeros hincando la rodilla y B. L. M. a Su Majestad, y el gobernador o presidente diciendo al Rey quiénes son. Habla Su Majestad, o no habla: porque el silencio aquí o la locuacidad no es más que disposición del genio.

Fenecido este acto, pasa este Consejo a la antesala de la Reina, a esperar por los otros, y el sumiller vuelve a la puerta misma y (como con el de Castilla) dice: —Consejo Real de la Guerra, Su Majestad aguarda. Entra en la forma referida y, como sólo el Rey preside este consejo el que lo regenta hace los actos que debiera el presidente. Entra luego y en la forma misma el de la Inquisición; el de las Indias después; después el de las Ordenes, y el de Hacienda después. En la Pascua pasada de 1739, no habiendo llegado este Consejo cuando llamaron, y sin embargo de que ya pisaban el umbral de la antesala, dijo el Rey: —Pues quédense para el año que viene.

Este Consejo de Hacienda fuera bueno hacerlo polvos. Ochenta y siete consejeros son: nadie para lo que sirven sabe, aunque sus ministros viven de lo que sabemos todos y todos sabemos que bastaban tres togados por razón de los pleitos y su presidente, el que había de ser justo y

desinteresado: porque de lo contrario es el sujeto que más en Madrid tiene con que cortarse las uñas y dejar crecer las garras. Los Consejos de Aragón, Flandes e Italia están suprimidos ya; y el de Estado, por ahora en la mente del Rey, sólo, en el marqués de Villarias y el de la Ensenada.

Acabado el acto en el Consejo de Hacienda, pasan los Grandes a ser tapices con alma en el cuarto de la Reina, sin que otras etiquetas ni otra diferencia haiga, que estar la camarera mayor, que hoy es mi señora la marquesa de Torrecusa, en la espalda de la silla y cuatro damas de las ocho de Su Majestad: éstas son precisas, las otras cuatro voluntarias, aunque en días señalados todas concurren y sólo Grandes lo son o con honores de Grandes pueden serlo. Adornadas las paredes con los Grandes, tira la cortina el sumiller y como a B. L. M. al Rey y con la misma orden entran y salen también. Y, como la Reina tiene el genio alegre, hay conversación y chistes suele haber al pasar los consejeros.

De este cuarto de la Reina pasan los Grandes al del Príncipe; engrandecen las paredes; siéntase S. A. como ni más ni menos el Rey; corre la cortina el sumiller; llama como has visto, y santas Pascuas. Salen los Grandes de este cuarto al de la Princesa, quien como la Reina recibe y con el mismo agrado habla. Su camarera mayor es mi señora la marquesa de Aytona. Y aquí acabaron los Grandes su asistencia y prosiguen sus Pascuas los Consejos a los señores Infantes.

El capitán de guardias de Corps que está de guardia es en muchos actos el único vasallo que se asienta en un banquito raso o banquita de zapatero, a las espaldas del Rey. Yo lo vi en el marqués de Velmar, celebrando en Aranjuez unos entremeses, y a todos los embajadores de pie: el que no lo quiere estar, quédese en su casa. Las señoras están sentadas en estas ocasiones, pero en almo-

hadas las Grandes y sobre la alfombra las que no lo son. En Palacio todo viviente se distingue o por su dignidad, o por su empleo; y el que no queda gustoso con su segundo o su tercero lugar, como cerote y sin algún remedio calla. Pasando el señor Infante don Carlos por Valencia para embarcarse por Barcelona a la Italia, se juntaron los títulos de aquella ciudad para resolver si habían de besar o no la mano de S. A. Determinaron que sí; pero el conde de Sancti Estevan, que supo del conciliábulo, al tiempo de querer entrar y como ayo de S. A., les negó la entrada y ellos se fueron con el rabo entre las piernas.

Volvamos a las Pascuas. Estando ya los Consejos en la antesala del señor Infante don Felipe, a quien su familia acompaña solamente, de pie S. A. arrimado a una mesa y sobre de ella el sombrero, entran los consejeros con la misma orden, besa el que los preside la mano y van los demás besando como en esta relación has visto. De este cuarto pasan al del señor Infante Cardenal, quien con la misma orden recibe los Consejos que su Infante hermano. Pasan después a la antesala de la serenísima señora Infanta de Francia, mujer del señor Infante don Felipe. S. A. está de pie, acompañada de sus damas y de su camarera mayor, que es mi señora la marquesa de Ledesma. Entra el que preside, B. L. M. y le dará como quisiere o como pudiere las Pascuas, porque S. A. no entiende nuestro idioma aún, si bien que el de S. A. pocos cortesanos lo ignoran.

Pasan de aquí al cuarto de la serenísima señora Infanta doña María Teresa, deidad de singularísimas prendas: linda hasta allí y no más y mujer a quien dio naturaleza cuanto puede dar. De S. A. es criada con vanidades de aya (porque este empleo toca precisamente a señoras cubiertas) madama La Conocida. Recíbelos de pie S. A. y de allí van a fenecer sus estaciones, siendo las tres de la tarde ya, al cuarto de la serenísima señora Infanta doña María Antonia, de quien es criada con las mismas pre-

sunciones de aya mi señora la Marquesa de las Nieves. Del Consejo de Castilla, que vulgarmente llaman el Consejo Real, es Gobernador el Cardenal de Molina, Obispo de Málaga. El de Guerra lo preside el marqués de Mirabel; el de la Inquisición, don Andrés del Orbe, arzobispo de Valencia. Del de Indias es presidente el conde de Montijo; del de Ordenes, el duque de Sancti Estevan; y gobernador del de Hacienda es don Josef del Campillo.

Y, pues ya salimos de estas Pascuas, días para todo embarazados, acabemos de registrar este dentro, porque ya me desbautiza no encontrar con esta cosa de que tantas admiraciones, torciendo la cabeza a un lado y soplando los carrillos, se hacen. ¿Estará este encanto en los enredos, indecencias, murmuraciones y maldades que en ese mayor encanto y mayor dentro se practican, que en ese imperio de Flora se acostumbran y en ese trono de ángeles se usan? No lo sé, aunque sé muy bien que las flores del carmín más encendido se tiznan unas con otras cuando lidian, con aquel mentido humo de aquel tizón mentido que es fábula entre los discretos y entre los ignorantes evangelio. En estos días y después de afilados bien los picos, cortaron los vuelos al pájaro más hermoso, al águila más remontada. Lo señor no dice entendimiento, antes solemos reparar que no está abundante éste en el palacio de aquél o, cuando menos, que en esta edad está escaso. No lidian las lavanderas, cuando lidian, con menos mascarilla en el semblante, ni arrieros hay que con menos desembozo hablen. Todo es encantos amor: todo aquí dentro es envidia, odio, falsedad y emulación. Muy amable dentro es éste: como todos.

Pero tú dirás que yo, como quien vendado riñe, tiro tajos y reveses a este pobre dentro de Madrid, acumulándose odioso todas las maldades del mundo. ¡Ojalá, y que sólo pasión mía fuera! Pero sabe (para que no quedes con vanidad de advertido) que, a más de los comunes vicios de nuestra vil naturaleza, heredados con la culpa desde

nuestros primeros padres, hay otros nacionales y particulares no solamente de los reinos, sino también de las ciudades, de los lugarejos y aun de las familias; dependiendo (como ya te llevo dicho) estas desdichas de la educación que desde padres e hijos se conserva por eternidades.

Mira los romanos propensos a la idolatría, los egipcios a el engaño, a la gentilidad los africanos, etc. Pasa con esta misma consideración a nuestros tiempos y a naciones políticas y cultas y medita los italianos, los franceses, portugueses, castellanos, etc., cuyos vicios no te los quiero decir, porque eres un pedazo de asno y querrás hablar después lo que no entiendes ahora. Desciende de aquí a las aldeas, a los lugares y a las villas y verás que por los trajes, por las costumbres, los modales y los tratos se conocen y distinguen unos de otros. Mira después las familias y hallarás (da gracias a Dios que no te las doy nombrando) unas discretas, otras necias, perdidos, gobernados, maldicientes, timoratos, etc. Unas creyendo que su viña da las uvas con las granillas de oro, como en el Pactolo son las arenas; otros juzgando que descienden de un hijo que Adán tuvo antes de la culpa, etc. La mía, a Dios las gracias, hace su agua por valientes. Haz memoria de aquellos cuatro primos hermanos (mi abuelo era uno) que solos se ofrecieron para defender a Garachico de toda la escuadra de Caramuel; del señor de Santiago que se armó para reñir con el diablo, dejando al cuidado de su capellán el dinero que cavaban. Y, en conclusión, si hubieras oído a mi hermano, verías que el Cid Campeador no le llegaba a la liga: y ahí tienes a Jerónimo a la vista, que por II nieto de don Martín del Hoyo, no obstante de que está manco, al lucero de la mañana se le tiende. Y así, señor sargento, por su vida que no me replique más: oiga, calle y sepa que aquello en que nos criamos, que oímos a nuestros mayores y en que cada casa y cada gremio suele educar a los muchachos, por inmensos siglos se conserva.

¿Hay algo más en ese dentro? Sí, señor. Pues acabemos, por la Virgen, que ya es tarde. Y ¿qué? La católica religión en la punta de la lengua, y del corazón totalmente separada. Nada más que un ceremonial del catolicismo miramos, al mismo andar que de ninguna ley señales vemos. El profeta Abacú, dice el Mar. D. S. Phe., *Monar. Hebr.*, 1.4, fol. 76 que reprendió a los de Babilonia el haber faltado a la ley: con que siendo idólatras se infiere que es menos mala la mala, que ninguna. Y si esta reprehensión tuvo lugar en una ley falsa, ¿qué no exclamaría el profeta contra quien la sola verdadera ley quebranta! Punto es éste que merecería otras comas que las mías; pero aun yo, siendo el punto tal en sí, si me diera la tentación, no dejara de gritarlo bien: más es muy extraño de aquí. Solamente al ídolo de Aqueronte miro aquí sacrificios con verdad; y más que moscas y moscas llama Luciano a las que le sacrifican. ¡Jesús, qué dentros tan abominables! Paciencia y barajar, que dice muy mal el naípe; o esperar por otras luces, porque las que nos alumbran lucen a un tiempo y abrasan.

Pero es cosa digna del mayor espanto, que se enseñe aquí una ley a los muchachos, que ninguno de los maestros sigue. El noble Benito Alvioni, estando embajador de su república en la Puerta, escribió de aquella Corte la grandeza, la verdad, el aseo, la urbanidad, el gobierno y observancia de su secta, concluyendo en el fol. 136 con esta exageración que, si tuviera hijo que educar, no lo haría en otra parte. Por lo menos en Amsterdam y en Londres hallé yo que tenían amistad y fe los hombres; y en los preceptos legales observan tanto el domingo, que no hay coches en las calles ni arrojo tiene ninguno para levantar la voz; no hay tienda ninguna abierta ni se hará el menor contrato, aunque toda la plata de Midas importara. En las iglesias gastan toda la mañana y a la tarde van indefectiblemente a vísperas; y, si a pasear después se van, es con más silencio que lleva en el Vía Crucis un fraile.

En casa del marqués de Monteleón, nuestro embajador en Londres, me excusaba muchas veces los domingos de ir, por el rubor que me daba tanta bulla como allí se hacía, a la vista del silencio de ellos: porque en el precepto de respetar el domingo estamos todos iguales. Pero allí, adonde tanta jactancia del catolicismo se hace, ¿qué miramos? ¿Qué práctica en la observancia del domingo vemos? ¿Qué? Todos los zapateros y los sastres trabajando; todas las tiendas abiertas, durmiendo hasta mediodía muchos; no caber en la Soledad la gente a la misa de las dos; salir de allí para la taberna, para el juego de las bolas, para ir a cazar, a tomar asiento en la cazuela y, sin acordarse más de Dios ni de un precepto tan santo, embocarse en un burdel. Venerable dentro es éste.

¿Hay más? Por razón y como cristiano, por fuerza y por respeto, hemos de decir que no. Pero dispéñseme tu amistad, que amargamente me queje de la facilidad con que aquí se habla y con que se cree aquí lo que no fue ni ha sido ni será, ni puede ser; teniendo su cuna y su nacimiento aun entre los hombres de bellísima inteligencia este bastardo aborto del entendimiento y de la razón rebenque en las continuas concurrencias, con ociosidad continua y deseo de llenar la hora. Y estas boberías, embrujadas siempre en la maldita infame adulación, que es del orbe el mayor monstruo, como la llama el Mirandulano; polilla de las amistades, como don Jacinto Polo; enfermedad de la razón, como San Gregorio Niseno; y abeja de Satanás, como el Taumaturgo.

Confesaba Augusto César que sólo con Agripa y con Mecenas fue dichoso; y nosotros vemos (aunque no lo confesara) que sin ellos fue tirano en un imperio infeliz, al paso que con ellos fue ídolo de sus vasallos y exaltación de sus dominios. ¡Tanto vale el ministro sin adulación! Don Antonio de Mendoza también dice que la verdad a los reyes sólo y desde el cielo una estrella se atrevió a decirla, sin duda que la callaría, si no estuviera tan alta.

No tiene culpa el monarca de que el ministro lo engañase: pero si tendrá en conservar tal ministro. En la *Vida de Nuestra Señora* admirable nos advierte aquel reparo Mendoza, si bien de su admirable vida y de su muerte nos dice San Epifanio que se ignora todo. Y San Pedro Damiano reprehende por necia curiosidad, querer saber de María Santísima más de aquello que a los Evangelistas ilustrados les pareció necesario.

Esta continua adulación palaciega o falsedad con muchos ojos transciende a los estrados de las damas con otra mayor violencia. Si dice una señora que es de noche, aunque a las diez de la mañana sea, es preciso cerrar los ojos los oyentes y salir el que fuere chichisbeo a traernos luz de la lámpara más vecina. Si dice otra que compró un tiro de mulas, es política asentada avanzar la lengua fuera de la boca un palmo, para decir el que llegare primero que la casta es admirable y que de ellas fue la que estaba en el portal. Y en fin, como en un duelo, que se fingen virtudes a porfía que ni soñó tener el muerto, para consolar los vivos, de esa misma suerte se está siempre en las concurrencias de señoras; vive en prensa la razón y muere el juicio, oyendo y tragando más canastras de melindres que las monjas de quince conventos gastan en una Semana Santa.

Una tarde, pisando ya Morfeo la misma huella que dejaba Apolo, entré yo en casa de mi señora la marquesa de Quinta Florida, adonde vi con poca luz muy encendidas estrellas. Causóme admiración la obscuridad. Era en la canícula, y crecía mi confusión más aprisa que la noche, hasta que la misma señora dijo a una doncella (corra por su misma cuenta): —Doña María, haz que traigan una luz, veamos las caras cuando menos. Sin duda que debía de haber su menos y su más. Una luz (dije yo a mi sayo, consultor de los tontos y discretos); una luz en un cuarto adonde he visto ardersen en cornucopias las paredes y abrasarse con arañas de cristal el aire: ¿qué será esto? Mas

callemos, que el corrido lo dirá. Vino en fin la luz, que la trajo un paje, porque no se abrasara la doncella; y apenas la soltó sobre un bufete, cuando una de las estrellas dijo (y con gran arranque, quizás porque otra no le cortara el revesino): —¡Jesús mil veces! Ponga usted esa vela más allá que es muchísimo el calor! Y salen todas juntas, de trompón: —Sí, sí, apártela usted!

¡Oh pobre luz (dije yo al instante), y cómo la envidia te golpea! Lo mismo sucedió cuando fueron a prender a Cristo, que al que llevaba la luz fue al que le dieron el golpe: y es que el lucir arrastra la emulación. Con que, amigo de mi corazón, ajustadas bien las cuentas, no se practica luz en julio porque quema; o como en Jueves Santo se practica, en una sala de cincuenta pies arrinconada como la María. Pero no es la luz solamente la que da calor a estas señoras de Madrid, sino también, entre otras cosas, el color verde, el azul turquí, el encendido encarnado y otros muchos más colores; sobre que puedes consultar con Guisla, a quien desnudaron un vestido porque estaba forrado en tafetán color de lacre. Con que te persuadirás que no es menos moderna filosofía ser el color aprehensión, que causar calor. Esto asientan en Madrid las damas, y en París los filósofos aquello.

Vamos con otra suerte de melindres y no te regalaré con más, porque ya me ahítan y no quiero que te ahítes tú, cuando éstos no son siquiera como los de las monjas de Icod. Yo tenía (porque los traje de Lisboa) unas cuantas libras de polvos de olor: usábalos mi mujer en Galicia y una de las doncellas suyas con vanidades de dama (esto era más cierto que lo otro, y si no era lo otro, era por esto) igualmente los usaba: porque en aquel reino sólo está la majestad de las casas y el primor de las señoras (no me oiga mi mujer) en mucha prevención de puerco para el año, y en doncellas muchas; para el abasto de los hombres que hay en casa. Llegamos a esta Villa en fin,

adonde es asentada doctrina descomponerse las madres con olores buenos —y es que tienen parcialidad con los malos—. ¡Oh desgraciada calidad de madres; y dichosas hijas, las que se crían con éstas! Huía toda viviente criatura de nosotros, de calidad que a mí me fue preciso secuestrar mi ropa, y de la Marquesa un abanico que me costó diez doblones en Lisboa, aun está en la cuarentena. Y nuestra doncella, en conclusión, porque es para muchos doncella y para algunos no sé, más petimetra que todas, hizo de toda mi casa chimenea. Quemaba papeles, romero a todas horas, espliego, plumas de gallina y todo cuanto encontraba (menos a ella; siendo así que debiera ser en el brasero la primera); hasta que, subiéndoseme el humo a las narices, le di con los carbones en los ojos. —Mosca (según Luciano), —fue lo primero con que el panegírico empecé—, hasta aquí no tenías madre ni en Argeriz, ni en Lugo, la tuviste; y ahora, sólo porque el olor es embuste melindroso aquí, ¿ya con él se te descompone la madre? Mal haya tu madre y toda tu casta, y también tú; y juro por los bigotes de un gato y por la doncellez tuya que, si te veo quemar papeles, aunque la madre te arrastre, que te he de quemar a ti y a tus papeladas.

Yo no dudo que los efluvios de admizcle hagan a una o a otra mujer daño; pero que a todas las de Madrid, que tontillo visten y verdades desnudan, les hayan de hacer todos los olores mal, no quiero creerlo ni dejaré de presumir que es en las unas embustes y aprehensión en las otras. Porque ¡aquí de la razón! Las damas de París, de Londres, de Lisboa, etc., ¿no tendrán madres también? Pues, ¿cómo ninguna de éstas se queja? Fuera de que, cuando aquí se usaban guantes de ámbar, joyas y zarcillos, y en las iglesias pebetes y cazuelejas y agua de olor en los pañuelos siempre, ¿no tenían entonces madre? Y hoy en día, ¿por qué han de ser parciales estas damas del jazmín y el azahar y con éste en agua y en aceite con aquél han de tener continua guerra? Sí, señor, así ha de ser, porque son estos melindres el mejor encanto de este dentro de

Madrid. Mujer conozco yo, a quien no se le saldrá la madre aunque la entrara persiguiendo el ejército de Jerjes, y no hace otra cosa (sin que haya olores, sino para cuando las haya), que quemar papeles en la copa y ahogarnos en el cuarto.

Yo me hallé con uno de estos advertidos palaciegos en una casa adonde había un niño de cinco años, feo como muchos y aseado como pocos; y, después de haberle atribuido más que a Ganimedes hermosura, más que a Venus gracias y más que a la Cavalonga virtudes, le preguntó: —¿Habla V. S. francés, mi niño?, que es bellísima pregunta para sin antecedente. A que respondió prontísima la madre, porque el niño ni en castellano debiera responder: —No, señor; pero tiene maestros ya para enseñarle la danza, la música y las lenguas todas. (Echa a calentar el agua.) Pero no se acordó de tener uno prevenido para la Doctrina cristiana. Es verdad que ya te he dicho que aquí sirve de embarazo esa doctrina.

Si un hombre calla, dicen que es un simple; si contradice, que es un desatento; si busca un término medio para no dar contra Scila ni naufragar en Caribdis, dicen que es un extravagante. ¡Oh quién hallara un matar que no fuera morir! Durmiendo parece que estaba Calderón cuando esta duda, o no estaba tan mal despierta Madrid cuando la tuvo: porque la infame adulación de las Cortes es un morir sin matar, y es matadura mayor que la que hace el albarda en su rocín. Ya tendrás presente cómo te debes empapar en Manzanares. Y así, concluyo, encargándote otra vez que te vuelvas a empapar con tal cuidado, que ni la parte menor te quede enjuta (como Aquiles), so pena que morirás por esa parte.

Hasta aquí ha podido satisfacer mi amistad a tu pregunta. Pero sabe que, aunque todos a Madrid fuera lo dibujan mal, que en mi sentir desnudo de pasión y del mayor conocimiento vestido, conozco, declaro, protesto

y juro que es muchísimo mejor por fuera, y cuanto más fuera, mejor. Quiero decir, Aranjuez a siete leguas, El Escorial a las mismas, a catorce Valsaín, la casa de Argeriz a noventa, y a trescientas y ochenta la de Icod, mi corredor y mi canapé. Pero antes de pasar a dibujarte lo que estos parajes de Valsaín, El Escorial y Aranjuez son, escucha lo que es de Alcalá, que, aunque no sea parte de Madrid, es de mi vida en Madrid parte.

Dista Alcalá cinco cortas leguas de esta Corte. Y porque el Domingo de Lázaro pasamos a tener en el colegio de la Compañía los ejercicios de San Ignacio cinco amigos, dos Grandes, dos pequeños y yo, que ni soy de los chiquitos ni nadie me ha reputado por grande: *duo barbati, duo sine barba nati et alter qui remanebat dimidiam barbam habebat*, me ha dado la tentación de contarte lo que Alcalá es y lo que estos santos ejercicios son.

Apeados, pues, poco antes de la oración en el colegio, sin criados ni más ajuar que dos camisas, ambas en el cuerpo, porque todo es del conjuro, nos visitaron aun juntos el rector y muchos Padres, hasta que (ya el día retirado) nos avisaron para la plática. Condujéronnos por entre escollos y por entre callejones con escollos a una como capilla *intra claustra*, salón con un solo altar y una lamparita tan pequeña y sola que, por más que me entregaba los ojos, no acerté a contar los penitentes. Predicónos bien, y no predicó largo, el P.; ahí tienen dos bienes ya.

La plática fenecida, nos dividen a cada uno en su cuartico. En el mío había una cama moza, tres sillas viejas y una mesa pecadora con cinco libros devotos: el padre Señeri, Fr. Luis de Granada, el padre Niremburgue, Ejercicios de San Ignacio y las Meditaciones de Suárez. Todos estos libros los revolví como don Gaspar Rafael, en un vírate la mano. Había más sobre la tal mesa, porque temí que se cayera: un tintero con dos plumas, dos pliegos de

papel limpio, un velón sucio con dos mechas, y otras dos devotas advertencias. Una decía así:

Distribución del tiempo por la mañana. De 5 a 5 y media: levantarse y prepararse para la oración. De 5 y media a 6 y media: oración mental. De 6 y media a 7: examen de la oración y rezar horas. De 7 a 8: oír misa y rezar el Rosario. De 8 a 9: leer en la Diferencia y otro cualquiera librito. De 9 a 10: plática y prepararse para la oración. De 10 a 11: oración mental. De 11 a 12: examen de la oración y de conciencia. Y de 12 a 2: comer y descansar.

La otra decía: *Distribución del tiempo por la tarde.* De 2 a 3: rezar vísperas y completas y leer en un devoto libro. De 3 a 4: proseguir la lección y prepararse para la oración. De 4 a 5: oración mental. De 5 a 6: examen de la oración y leer en los Ejercicios. De 6 a 7: maitines y laudes y leer en devotos libros. De 7 a 8: plática. De 8 a 9: oración mental. De 9 a 10: colación y descansar. Y a las 10: letanías, y acostarse.

Este «descansar» que ves después de la colación y la comida es lo que llaman la quieta, que se reduce a una hora de conversación, la comunidad toda junta: que es buena friolera cuando hiela y mayor bochorno cuando abrasa. Y lo más gracioso es haber de ir por fuerza a esta conversación que, si a Alonso Vinatea lo llevaran, en llegando la quieta hasta lo sumo se inquietara. Al padre Portilla en aquellos días le llegó bula de su general, librándolo de la quieta por la tarde en consideración a sus años: con que se iba a dormirla satisfecho mientras que los otros la velaban.

Para con los ejercitantes, la quieta era venir un padre o venir dos a darle pasto espiritual en aquellas horas y entre psalmo y psalmo, según el genio, un villancico; comunicar cosas de conciencia, si las tiene, para confesar

con él o con quien quisiere el sábado; reconciliar Domingo de Ramos, y Cristo después con todos. A mí me dieron para mi primera quieta al lector de Moral por aquietador; pero inquietóme más, porque entró de magisterio a persuadirme que los ejercicios de San Ignacio eran como el agua del bautismo: que así como ésta nos lava de la culpa original, aquéllos de un inmenso mar de culpas nos lavaba y nos conduce al seguro puerto de la Gracia. Pero antes que en piélago de ponderaciones me ahogara su Reverendísima, le atajé y, arrojándome vestido a ese océano, le dije: —¡Ay, Padre! Si en cada uno de estos siete días rezare yo un psalmo de los penitenciales con aquel llanto (*lacrimis meis stratum meum rigabo*) con que David los rezaba; con aquella confusión arrepentida, *et anima mea turbata est valde*, con aquel deseo de que llegaran hasta el cielo sus clamores, *exaudivit Dominus deprecationem meam*; con aquel dolor de haber pecado, *Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam*, no hay ninguna duda que Dios me perdonara mis pecados; pero sin dolor, sin arrepentimiento y sin propósito firme de la enmienda, persuade vuestra Reverendísima que serán mis ejercicios la carabina de Ambrosio. Pocos ejercicios tuvo Dimas, y consiguió mucha gloria. Más santo es el Santísimo Sacramento del Altar, y el que indignamente fuere a este santísimo ejercicio, reo de su condenación será.

El padrecito se me quedó sin aliento; pero, tomando resuello, incorporándose en la silla y concediendo como docto lo que decía yo como ignorante, intentó segunda vez hacerme creer (con la aprobación de la Iglesia), la seguridad de este remedio para sanar de la culpa: *admirabilem illum Exercitiorum librum Sedis Apostolicae iudicio et omnium utilitate comprobatur*; que en la cueva de Manresa (decía), adonde San Ignacio los escribió en diez meses de retiro, se los había inspirado Nuestra Señora; que San Carlos Borromeo, San Francisco Javier y otros santos varones, como nos dice el padre Rosignoli, se habían convertido por ellos; y en fin que los padres Láinez y

Polanco afirmaban de sus meditaciones santas santísimas las resultas.

—*Transeat*, Padre mío (dije yo): nada de eso desvanece mi argumento y me mantengo constante en que sin dolor y sin propósito de la enmienda ningún ejercicio, ningún santo ni toda la sangre vertida de los mártires (¿qué digo yo de los mártires? ni toda la de Cristo nuestro Redentor) harán renacer el pecador a la gracia. Pero individualicemos las reconvenciones de V. Reverendísima. La aprobación de la Iglesia nada más nos dice, sino que es provechoso a las almas el libro de los Ejercicios: así lo creo yo y así lo creerá todo cristiano, aun sin tan recomendable aprobación; porque lo contrario fuera darnos la Iglesia pasto nocivo (*pasce oves meas*), lo que fuera herejía creer. Pero no nos dice la Iglesia que sean por María Santísima inspirados ni que ellos por sí solos puedan darme el dolor que no tuviere yo. Y aunque fueran inspirados, crea V. Reverendísima que es sin disputa mucho más santo el Padre Nuestro, porque fue por Cristo instituido y practicado; y no obstante, si con solos los labios se pronuncia sin que el corazón lo entienda, será una lámpara apagada el Padre Nuestro y un fuego será aparente. *Qui orat et peccat non orat* (dice Tertuliano), *sed deludit Deum*. Y, concediéndole a V. Reverendísima que estos santos ejercicios habrán sido conversión de muchos pecadores, me atrevo a afirmar que todos éstos estaban ya tocados de la mano de Dios, poderosa para todo; en cuyo feliz estado, leer el *Año Virgineo* (el San Agustín de don Francisco de Alfaro) les sería bastante. Porque tiene muchas sendas el camino de la gloria, como San Juan en su Apocalipsis nos advierte, cuando nos muestra a Jerusalén con doce puertas. Y nosotros con nuestros ojos mismos vemos entrar por todas ellas; a la Magdalena adornada de cilicios y desnuda, a Santa Isabel reina de Hungría, vestida de brocados y cargada de diamantes; a San Fernando rey de España con la espada en la mano matando hombres y anegando con ajena sangre el mundo; a Santo Domingo

de Guzmán nadando en la suya propia y matándose a sí mismo; a Santo Tomás de Aquino cargado de más libros que llevarán cien carretas; y a San Diego de Alcalá, que quizás no sabría leer. Y así, reverendísimo Padre, *quod scripsi scripsi*. Un monje preguntó a San Jerónimo si sería bueno ir a Jerusalén a visitar los Santos Lugares; y el santo respondió que no había necesidad alguna, porque él estaba en Palestina mucho más cerca y que no pensaba en eso.

Y así, yo no vengo, Padre mío, aquí por primera causa a los ejercicios; vengo a retirarme estos ocho días del ateísmo de Madrid, de sus falsedades y de sus enredos, de que solamente oírlos estremece el corazón; y, asistiendo puntualmente a ellos, con el deseo de que como a San Carlos Borromeo me aprovechen (para que pondré de mi parte cuanto fuere dable a mi deseo), examinar mis pecados, consultar mis dudas y hacer una confesión general no menos que de 60 años. Y esto, por hacer en tiempo que ya el sepulcro me llama lo que al tiempo de morir no quiero sentir no haberlo hecho; porque (gracias al Todopoderoso) jamás dejé de confesarme, jamás confesé con malicia, jamás falté a los actos de fe, esperanza y caridad ni en los mandamientos de la Iglesia delinquí jamás. Pero confieso también que no consultaré porque dudo, sino como aquéllos que, oyendo dar las doce sacan de la faldriquera sus relojes para ver si andan iguales y, si acaso no lo están, siempre se atienen al suyo. Y con razón en este caso yo, porque San Juan en su primera Epíst. nos asegura que, cuando el corazón al hombre no le arguye, debe tener ciertas esperanzas de que en el juicio de Dios no está culpado. En poco me arguye el mío como hombre de bien; en mucho sí como pecador y en nada como caballero.

Fuese mi buen aquietador y a la segunda quieta tuve a los Padres Cambiazo y Ríos (éste es un santo, un hombre admirable aquél), lectores de vísperas y de prima, en mi

cuartico. Acompañóme el padre Cambiazo siempre y, debiéndole muchas atenciones, me oyó satisfecho mis malicias, y yo salí gustoso con sus advertencias.

Volvamos hacia atrás, a la distribución del tiempo. A las cinco y media llamó a la puerta el padre a quien tocaba este cuidado y en alta voz dijo: —¡A la oración, hermano! Yo me levanté y llené mis horas como pude. A las siete volvió y dijo: —¡Señor, a misa! Fuime, volví y a mi vuelta entró el religioso mismo con un cántaro de chocolate sobre un armadijo con luz para conservarlo caliente y un canastrón pendiente de su brazo: de éste saco una jicarilla poco mayor que un dedal y dos men-drugos quemados con vanidad de tostadas, que por buena cuenta habían quedado de la noche antecedente; y de aquél, con dos terceras partes de espuma me llenó el dedal y prosiguió sus estaciones hacia los demás ejercitantes. Tomé mi sorbo espumoso o pensamiento de espuma que idólatras inventaron para que lo idolatremos (aunque pocas veces lo acostumbro), por si era medicina concienzuda, preparación para el vientre o qué sé yo para qué; y volví en mi soledad a dar una ojeada a mi conciencia y otras dos a los libros de virtud.

A las nueve volvió a llamar para la plática el padre: que a decir gritando se reduce lo mismo que sin gritar se ve en el libro de los Ejercicios. Y a las doce puntualmente entró con otra artimaña en que traía cuatro platos dos alcuzas, un pan, un cubierto, dos jarros, un vaso y dos servilletas. Una de éstas puso por manteles y, tomando muy aprisa las de Villadiego, tiró la puerta hacia allá y me dejó con todo lo demás a cuestas. ¡En mi vida me vi tan bien servido! Pero, como estaba solo y en la Universidad, paraje de tantas etiquetas, fui a mi espacio revolviendo platos, para graduar las antelaciones. Hallé en dos de ellos dos naipes de bacallao, uno frito sobre unas hierbas recostado, y cocido el otro tan a secas, que pidiendo estaba a las alcuzas lo que de justicia le faltaba; y entonces

dije a mi consejo: —Aquí no se ofrece duda: porque, siendo estos señores becas de un colegio mismo, no tendremos sobre la pared disputas ni quimeras. Alcé otro y di con un emplasto de dos huevos, el que antes que se enfriara me puse entre cuero y carne, para cautelar con él bacallánicas sequedades. El otro platecico (porque diminutivos eran todos) componían un compuesto de dos naturalezas unidas. Almendras y pasas eran. Aquéllas, no teniendo muelas yo, las excluí del sacrificio y a éstas, juzgándolas por pasadas, historias de la otra vida, sin temor ni sobresalto las admití a la comunión. Los dos jarros eran agua y vino, licores los dos comunes, y el vaso era también común de dos. Esta la comida fue; y a su tiempo entro la colación, de dos estaciones compuesta. Migas que, desde el año de 1706 que de La Palma salí, ni por el nombre conocía; higos pasados, pasas y aceitunas; éstas más pequeñas que avellanas, parecían faitos y los higos, sin parecer, eran guijarros.

Debes saber, ya que lo examinó todo mi maldad, que da cada ejercitante lo que quiere: pero quieren siempre y siempre dan, los más bajos 30 reales cuando salen y una libra de chocolate cuando entran. Yo di ésta y 75 reales, mis compañeros lo mismo. Con que, y porque al segundo día de las meditaciones o en la segunda oración mental, habiendo contado veinte y seis ejercitantes, aunque sujetaba mi juicio a meditaciones santas, me hallé sin meditarlo pensando en que toma el manipulante de esta bucólica devoción una arroba de chocolate de todos, y no gasta más que media; y a proporción me discurro que será con el dinero lo mismo. De que inferirás prudente que aprovechan para éste los ejercicios ciertamente, cuando para los demás será lo que Dios quisiere.

Fenecidos nuestros ejercicios el Domingo de Ramos a las ocho, nos dieron en la misma forma chocolate y se despidieron todos, excepto mis compañeros y yo, que nos detuvimos media hora más, para ver las Santas For-

mas, prodigio que guarda una capilla aseadísima por encima de cuantas hay en esta Corte. Atiende pues a sus circunstancias.

En el año de 1599, confesándose con el P. Suárez, varón de vida ejemplar, un hombre, le da un papel envuelto diciendo que eran Formas consagradas: porque, habiendo con unos moros y judíos hurtado unos copones de plata, él (como cristiano) no quiso que ultrajaran al Señor, que guardó las partículas por eso, y se les entregaba. Es verdad que en aquellos días y en unos lugares circunvecinos se habían hecho esos sacrilegios; y también es verdad que el señor mío (y aunque instruido y dando palabra de volver a confesar), no pareció más. Levantóse el Padre y, examinando el papel, halló que tenía veinte y seis formas. Consultó confuso con el padre Vázquez el caso y, no sabiendo cierto si eran formas consagradas, si traerían veneno o si serían solamente formas, resolvieron esconderlas con decencia, por no atreverse a consumirlas ni a despreciarlas.

Allí estuvieron once años, en cuyo tiempo, siendo provincial el padre Luis de la Palma y entendiendo de los padres Vázquez y Suárez el prodigio en la incorrupción de tantos años, examinó las formas, acompañado de los lectores del colegio (cuidado, que no es como el de Garachico, donde Quesadilla fue rector), de Suárez y de Vázquez: los cuales unánimes resolvieron conservarlas así, aunque mudándolas a la iglesia en particular sagrario. Así se estuvieron hasta que, en el año de 1615, volviendo a ser provincial el mismo Palma, se volvieron a visitar, concurriendo algunos sujetos de la Universidad y entre ellos el doctor Carrero, filósofo de singular autoridad y crédito; los cuales, y conviniendo que era sobrenatural la incorrupción, determinaron mudarlas al sagrario común. En el año siguiente, el mismo provincial hizo nuevo examen y con más número de sujetos partió y partieron cinco formas, que reconocieron frescas. Pero entre mu-

chos sujetos (aunque fue particular el examen) se hizo público el prodigio. Y, porfiando grandes y pequeños, mujeres y señoras que bajaban a racimos de esta Corte, en querer ver el milagro, que unos veían y otros no, se resolvió el padre Robledillo, rector del colegio, a dar petición en junio de 1619 ante don Cristóbal de la Cámara y Murga (nuestro obispo después), vicario de partido de Toledo en sede vacante, pidiendo que se reciba información del suceso y que se declare lo que es. Hecha la información, donde latamente y con testigos de mayor excepción consta lo que te he narrado y que en el mismo colegio para el original, expidió auto declarando sobrenatural y milagrosa la incorrupción de las formas. Velo aquí a la letra:

«Yo el doctor don Cristóbal de la Cámara y Murga, canónigo magistral de la Sagrada Escritura en la Santa Iglesia de Toledo, calificador del Santo Oficio de la Inquisición, vicario general en esta corte arzobispal de Alcalá y en todo el arzobispado de Toledo por el ilustrísimo señor deán y Cabildo, administrador sede vacante, en cumplimiento de lo instruido y declarado en el Santo Concilio Tridentino, ses. 25, tit. de las Sagradas Imágenes, reliquias y veneración de los santos, juzgo y declaro, autoritate ordinaria con consejo de los varones teólogos píos y religiosos y graves doctores en todas facultades y apruebo su parecer, y ser las dichas formas reliquias sagradas y su conservación sobrenatural y milagrosa y que como a tales todo fiel cristiano es obligado a venerarlas singularmente y dar la honra que a tales reliquias sagradas se debe juzgando convenir así a la verdadera piedad cristiana». En consecuencia de lo cual ordenaba y, siendo necesario mandaba y mandó al padre Francisco de Robledillo, rector del dicho colegio de la Compañía de Jesús de Henares, y a todos los sucesores en el dicho oficio y a los religiosos de la dicha casa que son y a su tiempo fueren, tengan las dichas Sagradas Formas puestas y colocadas en el sagrario donde se tiene y guarda el Santísimo

Sacramento del Altar, o en otro lugar decente, y las veneren, adoren y propongan al pueblo cristiano y den noticia de ellas a los hijos de la Iglesia católica y exhorten en ellas, cuando se ofreciere, a los enemigos de ella, haciéndoles capaces del suceso y verdad referida de este divino sacramento. Y encargaba y encargó por este su auto a los Reverendos Padres provinciales y visitadores de esta provincia que, cuando visiten el santo sagrario, juntamente y con mucha atención hagan visitar estas santas formas, procurando estén tan decentes y honoríficamente como va dicho. Y porque en este caso no ha habido cuestión ni controversia, sino que todo se ha juzgado en conformidad, como dicho es, no hacía ni hizo remisión al concilio provincial ni a la Santa Sede Apostólica, a cuya obediencia se sujeta todo lo aquí aprobado, de quien como de cabeza universal dependen todos los santos decretos de la Iglesia y por cuya devoción y defensa todo cristiano ha de dar su vida, y la gloria y honra al Señor que reina por los siglos de los siglos, amén. En testimonio de la cual fue mandado se den traslados que se pidieren por el dicho colegio de la Compañía de Jesús, a los cuales se interpone su autoridad y decreto judicial para que valgan y hagan fe; y asimismo se le den estos autos originales, para que los tenga en su poder el dicho colegio. Y así lo mandó y dijo y firmó, en la Villa de Alcalá de Henares, a 16 de julio de 1619 años. Doctor Cámara y Murga. Ante mí Juan Hurtado, notario.

Está el sagrario en donde esta reliquia se guarda, primoroso, y en él una custodia a modo de un farolito y dentro de él un cañuto de cristal de media tercia de largo y grueso como una hacha de dos libras, con dos casquitos de oro remachados a fuego, con tres pilaritos que ambos casquillos sustentan: cautela de la discreción contra la malicia necia. En este relicario o cañuto de cristal se conservan blancas y frescas estas santas formas, 120 años ha. Hay diez y nueve enteras y siete partidas. Yo las

examiné a mi gusto. Yo las vi: cree tú lo que quisieres ahora, que yo, no habiendo en todo este gran prodigio más testigo que el sacrílego bergante, sin conciencia para hurtar y para restituir las formas concienzudo, estoy muy lejos de creer milagro allí. Ni la incorrupción me obliga, ni de los Padres la doctrina me aprisiona, porque ésta fácilmente se puede precaver y aquélla puede ser causa natural.

De allí pasamos a ver el cuerpo de San Diego, nuestro buen compañero algunos años. Está también con grande aseo y la capilla es muy buena: ni ésta parece de frailes franciscos, ni aquélla ni ésta de españoles. Rezamos nuestras oraciones; fuimos a comer a una posada y de allí a cenar en esta Corte, cada penitente a su casa.

Y, pues que hablamos de Alcalá, quiero desengañarte aquí de dos aprehensiones en que estáis muchos allá.

Una es juzgar que sólo Salamanca es el yunque en que se bate la sabiduría y que el que en la capilla de Santa Bárbara se graduó apuesta ciencia con Apolo, y aire elocuencia con Minerva y Clio. Sea muy enhorabuena: mas Valladolid y Alcalá son universidades de igual estimación de iguales privilegios y de créditos iguales. No tiene más la una que las otras, y si tú no oyes hablar sino de Salamanca solamente, es porque todos los de lejos se van a estudiar allí, por ser mucho más barata: una tercera parte es Valladolid más cara, y Alcalá dos.

Zaragoza, Corte del reino de Aragón, Santiago del de Galicia, Pamplona del de Navarra, Oviedo del de Asturias; Sevilla, Granada, Murcia, León, Burgos, Valencia y Barcelona, Cortes todas, sin otras ciudades grandes, aunque tienen universidades y se gradúan topos y linceos en ellas, ninguna tiene los privilegios de las tres; y los graduados en ellas no abogan en Madrid ni en otra parte, porque es caso de menos valer entre ellos el «pido y suplico a

V. Md.» Todos se procuran acomodar y se acomodan comúnmente todos, porque en los Consejos los atienden: salvo los graduados en el Potosí, que éstos prefieren a todos, como don Juan López, que dicen que lo fue de aquí, aunque ninguno dirá que lo vio sentar en el taburete ni levantar a tomar luz para prepararse.

El otro engaño es pensar que quien tomó beca en algún colegio justifica más nobleza que don Daniel de Portugal y sangre más encarnada que Adán: no hay tales carneros. Sólo se pide para colegial limpieza, y ésta suele a veces ser como las que ostentan los cocineros aquí, cuan se van a acomodar. Si bien uno le dijo al duque de Lesera, que le preguntó si era asado: —Ande, señor, que el hombre más limpio como al cabo del año dos arrobas de basura; y, aunque el puerco coma dos y media, no es razón, por media arroba de mierda más o menos, andarse quebrando la cabeza.

Apeados ya de estas dos aprehensiones, quiero que sepas de Alcalá, porque trasciende a toda España, lo que sin formalidad siempre has oído: esto es, que está España despoblada. Tiene Alcalá una colegiata con 24 canónigos y clérigos correspondientes, de muy buenas rentas; un hospicio de beatas de San Francisco, que sólo salen a misa pastoreadas de su fraile, que en público las confiesa y en secreto yo no sé lo que les hace; dos hospitales; cinco parroquias; nueve conventos de monjas; veinte de frailes; veinte y dos colegios y una universidad. Si éstos hubiera en París, aun espantara: pues ¿qué no será en un lugar adonde sólo 397 vecinos hay? No tiene más Alcalá.

Salamanca tiene 2300 vecinos, y para ellos hay 24 parroquias, 36 conventos de frailes, 18 de monjas, 18 colegios, una universidad y clérigos infinitos. Sigüenza no tiene más vecinos que el obispo, la catedral y los que dependen de ella; y casi lo propio en muchísimas ciudades acontece. En Medina del Campo hay seis parroquias,

nueve conventos de monjas y 14 de frailes, no habiendo más vecindad que 476 infelices que viven los más de su trabajo, a quienes llaman maragatos, que es lo mismo que arrieros. Oye de esta gente la práctica más extraña que habrás en tu vida oído.

Pare la mujer y al cuarto día, que van a verla sus amigas y parientes, se levanta y en la misma cama se echa el marido entre sábanas y recibe la visita. ¡Habrá disparate igual! Pues así lo debes creer, es fuerza de las averiguaciones contestes que esta brutalidad me ha costado: tal es la violencia de la educación. Venérala desde aquí, para lo que ya me oirás. Andan ellas y ellos, sin embargo, de vivir en el riñón de Castilla, con unos trajes extraños. Ellas entran en la iglesia con unos sombreros como formas de azúcar, que no quitarán de la cabeza aunque las hagan pedazos. Y entre ellos hay alguno con muy lindos pesos, y con verdad, fidelidad y honra todos. Uno prestaba buenos doblones al cardenal de Molina, por cuya virtud entraba hasta la cama de S. Em. sin contradicción.

Pero peor es aún (si acaso cabe ser peor) con los lugares adonde no hay monasterios que los acaloren. Muchísimos miramos despoblados en un todo, y a despoblarse caminan, si no se remedian, todos. Pero sí, señor, ya vamos a eso: echa a calentar el agua. Pesadilla y Canillejas, dos marqueses de estos nombres y entrambos amigos míos, me aseguran que, cuando sus abuelos compraron estos lugares, tenía 180 vecinos el uno y 196 el otro; hoy tiene éste 12 y el otro uno, que es (por lo que Gerardo Lobo dice), cura, sacristán, alcalde y escribano en una pieza.

Tú habrás oído decir que esta despoblación proviene de la población y codicia americana: pues desengáñate, que es hablar sin examinar lo que se habla. Salen diez veces más familias y más hombres (a proporción) de Tenerife para Indias que de España, y no se despuebla por ello Tenerife. La pobreza es la única y la sola causa por

que se despueblan las ciudades, y por la pobreza solamente abandonan su patria muchos hombres. En las Andalucías, Castillas y demás provincias hasta las 22 tributarias (ya hoy toda España lo es) proviene esta miseria imponderable y esta desolación lastimosa de las rentas que llaman provinciales y, más que de ellas, del infernal estilo y abominable maldad con que se cobran. Cónstame que el mes pasado salieron de aquí tres danzantes, ganando cuatro ducados los tres, para cobrar de un lugar más infeliz que El Carrizal 1600 reales que debían al Rey de esos tributos. Fueron, gastaron 35 días en la comisión, destruyeron para sus salarios el pueblo y, sin cobrar medio real de la deuda, la dejaron toda para levadura del amasijo que para el año venidero premeditan.

Estas cobranzas son, ni más ni menos, como entre nosotros los tributos de la Inquisición. Embargan y rematan por la cuarta parte el fruto, con cuya cristiana fraternal disposición sólo alcanza a veces para las costas el fruto. El primero año rematan estos danzantes a estos pobres su ganado; al segundo, la caldera y el colchón; y al tercero, antes que lleguen los sayones, los fariseos y escribas (que son 72 mil los que viven de esta tiranía, según Herce y Zabala), se pasan, aunque sea a moros: porque es menos malo vivir entre ellos sin comer tocino que morir en una cárcel entre piojos que los coman a ellos. Si no suelta don Matías de Lugo la viña de los Charcos de Icod, ya se hubiera pasado a Mequinez.

De este desorden se sigue la grande carestía de vino, pan, etc.: porque antes de estos impuestos, que comenzaron en parte para tiempo limitado, tenían todos los pobres sus rebaños, cual de 50 ovejas, cual de 200, de 400, etc., cuyos poquitos, por ser muchos, componían un mucho que un muchísimo excedía a las cabañas mayores: y hoy nada y más nada de esto hay. Por este miedo muchos dejan de casarse y muchísimos casados con sus familias se pasan a Portugal, y hasta las mujeres mozas.

¡Qué horror! Parece increíble, y es verdad. Primero que ser casadas, resuelven el estado de fecundas, y lo que era escandaloso en otros tiempos tiene más padrinos hoy que mormuradores en aquél. A lo que también contribuyen las 900 mil familias moriscas que arrojó Felipe III de España y con gusto recogieron los vecinos monarcas, que la expulsión celebraban. Mala política fue, porque cuatro millones de almas que salieron han hecho una falta irremediable y bien se pudo a las inquietudes de ellos dar disposición sin algún daño.

A lo que también igualmente contribuye el haber en esta península española un millón y medio de almas destinadas a la Iglesia y, según al paso que su extensión camina, de aquí a doscientos años todos hemos de ser de corona, o barrenderos en los refectorios, si no fuere ya que a una desorden tan grande vive monarca que la ponga en orden.

El señor Infante Cardenal provee hoy, por las dos iglesias de que es arzobispo, once mil quinientos y diez y siete beneficios. Mira los demás prelados, ¿Cuántos proveerán? Mira frailes y monjas que proveen innumerables; mira el Papa las muchísimas que da; mira el Rey; mira las casas de particulares, pues sólo el conde de Monterrey provee 682. Y después mira el infinito número de clérigos, monjas y frailes, y verás cómo la cuenta del millón y medio que comúnmente se reputa no va con odio ni con pasión regulada: lo que contribuye mucho a la mayor desolación.

Este millón de contagiosos humores o langosta que las cosechas destruye se va insensiblemente introduciendo entre pocas viejas y entre muchas mozas, como entre los muchachos las viruelas. Sirven de capellanes en las casas, de ayos de los señoritos, de maestros de las niñas, buscan las criadas cuando faltan, inculcan las doncellas, los pajes introducen, rezan Evangelios a los niños y cantan con las

criadas seguidillas. ¿Es éste el fin para que Jesucristo los instituyó y su vicario los ordena? Y, en conclusión, con la supuesta respetable voz de Padres espirituales, se arrian a la viuda rica que no tiene hijos, al viejo venerable que le faltan, a la vendedera, al sastre, al labrador y a cuantas sabandijas hay sin heredero, a quienes místicamente hacen creer que Dios lo dispuso así para bien de su alma, la que sólo debe ser su heredero universal. Caen con estas santas y continuas locuciones una capellanía en un sobrino, un beneficio simple es un ahijado, un aniversario en su convento y una festividad con octava de sermones en su iglesia. A cuyo paso largo, en cortos siglos, no teniendo hijas que casar la Iglesia, a todo el orbe cristiano se sorbió, o cuanto tiene ha de vomitar. Ambos extremos son malos.

Yo te concedo que al primer folio es santísimo todo esto: pero examina todo bien y verás en pleno día los inconvenientes. Porque por ahora yo sólo por de fuera en amistad te digo que todo ello no solamente al estado político es dañoso, porque se van insensiblemente tragando las heredades (pocos más tienen de doscientos años los Padres de la Compañía, y ya no saben lo que tienen); porque de ellas se retira aquel útil que debiera tener la monarquía para su defensa; porque faltan jornaleros que nos cultiven las tierras; porque faltan soldados que defiendan la corona; y porque sastres faltan, barberos y zapateros para que los pies nos vistan y nos desnuden la cara; sino que puede ser peligrosísimo también a nuestra santa religión, porque quien a Enrique VIII de Inglaterra le acabó de prevertir fueron las quejas de los labradores, gritando ellos y sus mujeres llorando que no tenían tierras en que trabajar, por ser todas o la mayor parte de la Iglesia. Porque a muchísima gente, sin cuenta ni razón, se sigue muchísimo vicio de contado y éstos se oponen a la rectitud de la verdad; porque no hay manda piadosa que a pocos años no degenera, y ésta obscurece la luz del Evangelio.

Tú conoces muy bien quien, por rescatar hombres cautivos, que son de obligación de su hacienda, aprisiona las hijas o las mujeres primero; quien, para casar una doncella a que están sus mayorazgos afectos, ensaya como comedia el matrimonio y representa un entremés escandaloso en las tablas de una generosa institución; quien, para nombrar un pobre capellán en una rica capellanía que tiene, antes comete una desvergonzada simonía y no le paga después. Y débanme las dignidades más altas que yo disimule aquí la mitad de lo que siento. Pero ¿qué obispado, qué abadía, qué curato o qué cosa, antes de pretenderlo o aceptarlo, no se pregunta cuánto vale? Ninguno, nada; y por este solo «cuanto» puramente se trabaja. Cuya maldad previó y reprehendió San Pablo desde entonces: *omnia quae sua sunt quaerunt*; siendo constante que con desorden tan grande cualquier desorden se tapa. Y tú, en fin, conoces, experimentas y ves cómo todas estas memorias y capellanías se cumplen.

La Trota (y baste por todas ésta) impuso perpetuamente una misa cantada con vigilia sobre sus bienes cada año, creyendo su católica esperanza que, hablando los capellanes con Dios en aquel santísimo sacrificio y pidiéndole con devoción cristiana por el bien de su alma, pudieran adelantarse las horas de su salvación. Hoy se paga de mi hacienda la limosna de esta manda. Pero, dejando el respeto o la pereza que corrieran catorce años sin cumplirse y viniendo en este tiempo un visitador celoso que mandó cumplirlas con censuras, un sacristán que apenas sabía leer, con un sacerdote que escribir sabía apenas, en un atril medio cojo puesto un misal enteramente estropeado y en el rincón de una capilla escondida de las gentes, con dos átomos de luz que se dejan ver y se retiran en dos como candeleros, a daga y toma la capa, a engulle y masca los psalmos, a corta y zurce lecciones y a quita y pon la casulla, en catorce medios cuartos de hora se sorbieron los catorce oficios y las catorce misas vomitaron. Así me consta este hecho; y aunque bien

conozco que aun así tiene su indulgencia cada una, sin embargo de que, ajustando con un cura un compadre suyo la cuenta de un entierro en que vio las misas a dos reales puestas se quejó y le dijo: —Ea, compadre, las misas están caras; vaya una con otra a real y medio y no se hable más palabra. Si la Trota hubiera prevenido que los oficios al trote y las misas a galope o a rienda suelta habían de ir, no hayas miedo que le bebieran su barril de vino ni su fanega de trigo le comieran.

San Gregorio el Grande fundó un convento de monjes en Palermo y, siendo unos hombres de grandísima virtud y de no menos doctrina, ninguno de ellos decía misa. Pasó el abad a Roma, púsose a los pies del papa, pidiéndole solamente que le permitiera ordenar de sacerdote uno de sus setenta y seis monjes. Resistióse S.S.; pero a los impulsos de hijos propios, al mérito de varones tales y a las súplicas continuas del abad mandó el santo al arzobispo que ordenara uno, el más virtuoso y más docto, pero con tal condición que solamente los domingos había de celebrar (*Ep.* 47, lib. XVI). Yo no censuro: póngote a la vista los sucesos, para que hagas tú lo que quisieres. Pero hazme, por tu vida, el gusto de conferir aquella veneración de San Gregorio al santísimo sacrificio de la Misa, con el comercio abominable que tú sabes de ellas. En Icod por papas; en Tacoronte por millo; en La Palma por azúcar; y por una libranza sobre Carlos Cabelleras, infinitas. Y no para aquí. Examina bien los capítulos de frailes y verás que las misas que no han podido decir y están por cumplir aún, allí mismo se conmutan en las oraciones ya dichas, en las disciplinas y ayunos. No dudando tu malicia que las oraciones serían por abreviatura, las disciplinas por guarismo, y apuntalando los ayunos con una cabrilla de tres cuartas a la noche y una jícara de chocolate de media libra a la mañana.

Bien han mirado los Reyes y los Consejos y han visto estos bien manifiestos engaños de una ambición mani-

fiesta: para cuyo estorbo se hizo ley expresa que cristianamente lo cautela. Pero ¿qué hacemos con ella? Viene un frailecito con abanicos de la China y con cacau de Maracaibo, con polvos del Potosí y con unto mexicano; resbala en éste una señora camarista; empuérase en aquél otra señora consejera; a ésta le celebra el fraile la viveza de la señorita y a la otra le disculpa las travesuras del niño. Gánales la voluntad poco a poco y sus Señorías, ganadas, hacen perder mucho a mucho la rectitud de sus maridos. Oblíganles a lo menos, en las alegres sombras de Morfeo, cuando todos los gatos son pardos, a que no se opongan: y vele aquí ya introducida en todo el Consejo la desdicha, y en la monarquía toda una peste muy dañosa que han de llorar los prudentes antes que pasen dos siglos.

Yo dormí dos noches y comí en Entrimo un día: lugar en el reino de Galicia, que será como La Guancha, con unos vecinos como Marcos Tieso todos, una iglesia como la del Planto, unos santitos como figuras de los Nacimientos, pero sin barniz, llenos de telarañas y unos ornamentos como el sayo de Quintilis o el justacol de Pie de Lana: pero tiene el tal curato seis mil ducados de renta. Pasé al Ribero davía de allí, adonde el señor cura tiene casado con muy buena casa y una mujer que no es mala, a su sobrino heredero suyo y (según los Zoilos) de las rentas de su iglesia: mucha plata labrada, buen chocolate, mejor mesa y su pedazo de tertulia con unos frailecitos de pescuezo rubio y de oreja colorada, discípulos y maestros del monasterio que pone, sin alguna dependencia, los párrocos en Entrimo.

Pregunto ahora, sin querer que me respondas: Esta disposición así ¿será la voluntad del fundador? Esta distribución así, ¿será consejo de Cristo a sus pastores? ¿Será caridad? ¿Será católico procedimiento? ¿Será política racional? Yo no lo sé. Pues así está todo Galicia, o toda España está así. Por cuyo zarzal de rosas y de espinas

infelizmente enmarañadas rezaba un desbocado celoso estadista sin cautela (si dispensar quisieres lo festivo) esta oración: *Deus qui ad destructionem populorum constituisti quosdam fratres, alios albos, alios nigros, alios pardos atque golondrinos, praesta quaesumus ut hac peste liberamur in terris, ut te securi videre mereamur in coelis*. Y con la misma jocosa desvergonzada soltura repetía muchas veces: *Suscita, quaesumus, Domine, lites inter potentes, bene perseverantes et melius solventes*.

Si alguna capilla tonta (que son muchas) o algún ignorante cuello (que no son pocos, pues se toma el estado por oficio) supiere de mí estas cuentas, encogiendo los hombros y soplando los carrillos, con ademán de misionero te dirá que bien se deja conocer que estuve en Inglaterra. Y con tales celosos espantajos de cristiano por delante harán de sus ignorancias parciales a ese número infinito de menguados, que es más que el de las estrellas. Pero les dirás que yo, y los que como yo conocen estas cuentas y las lloran, son los hijos legítimos y verdaderos de la Iglesia, y que los bastardos o que por madrastra la tienen para sólo aprovecharse son ellos. Porque (con muchísimos otros) recelamos que el mayor dorado delito de los Templarios fue las riquezas que tenían; vemos que en los príncipes del Norte más que la predicación de Lutero, Felipe Melanchton y Juan Calvino oyeron con gusto las voces del aprovechamiento; y sabemos que hoy el conservar y mantener estos eclesiásticos tesoros es quien más en sus errores los conserva. Porque ningún cristiano de mediana razón o de inteligencia mediana deja de conocer y confesar a su almohada que la iglesia es *unam sanctam, catholicam et apostolicam*; que esta una viene y ha venido con nosotros y con ellos desde Jesucristo obedecida; que de ésta se apartaron con orgullo y por codicia de dos siglos a esta parte; y que San Cipriano, a quien como nosotros veneran, dice que aquél que abandona la silla de San Pedro, sobre la cual la Iglesia se fundó, mal se puede juzgar dentro de la Iglesia: *Qui*

cathedram Petri, super quam fundata est Ecclesia, deserit, in Ecclesia se esse confidet? Por lo que el abad de Fleury, L. 8, t. 2, n. 8, justifica que en tiempo de Aurelio y hasta muchos años después aún los herejes más protervos confesaban que la verdadera señal de cristiano era la comunión con la Iglesia Romana.

Y, a más de estos recelos (que para mí son evidencias) nos dice el padre Maimbourg en su *Luteranismo* que, reconciliado con la Iglesia de secreto, a las cristianas discretas persuasiones de la reina doña Catalina de Austria, Gustavo III rey de Suecia, su marido, y a su imitación muchos señores de su monarquía, pasó el conde de La Guardia a Roma ofreciendo de orden de su soberano debajo de cuatro condiciones obediencia al Papa en todos sus dominios; que las tres, que fueron andar la Biblia en lengua vulgar, comulgar todos debajo de ambas especies y mantener los clérigos sus mujeres, obligándose los que fueren ordenando al celibato, se concedieron francamente; mas que, llegando a la cuarta, que era quedarse los señores con las rentas de la Iglesia que tenían, y que el Rey la mantendría de las suyas, no se consiguió. De calidad que, restituido el conde a Suecia sin esperanza (en este punto) de conciliación, volvió el Rey, y todos sus cortesanos volvieron a vestirse el sayal de los errores que habían desnudado ya.

Mira ahora, a una sombra y a otra, porque a la luz no debemos mirar esto, lo que las riquezas hacen; y conocerás también por ellas cómo y de qué suerte los hombres entendemos aquel *vende omnia quae habes* y aquel *bonus pastor dat*, de Cristo Nuestro Señor consejos, ya que no los quieras confesar mandatos. Y vuelve a repasar aquí con cristiano sentimiento el sentimiento de San Pablo hablando con los Filipenses: *Omnia quae sunt sua quae-runt, non quae sunt Jesu Christi*. Masca esto con cuidado y trágalo con dolor, pues que yo envuelto en lágrimas te lo doy picado ya.

Estos casos y otros muchos, temporales y espirituales, nos hacen a muchos conocer los peligros que en cualquiera cuerpo la riqueza grande tiene y con especialidad en aquél que de ser pobre hace voto, o de no sacar del altar más que aquello que se necesita para no tener que fatigar la memoria, cuidando solamente de lo que pertenece a Jesucristo. Dos ejemplares en este asunto por mis ojos (y por los tuyos) vi: uno en esta Corte, y en la de Portugal otro. Este fue que, comprando un quídan dos tibores de la China (tinajas en tu lengua) por mil pesos y plantando dos naranjeros en ellos, le fue este desperdicio fanfarrón motivo visible de su muerte y visible perdición de su mujer y sus hijos. Y el otro de otro tal, que cien mil pesos en muy pocos días y en relumbrones tan solamente gastó: de quien desde mis balcones vi correr un arroyo de aguardiente por la calle, que de fuego fue igualmente arroyo, llevando siete cuartas de ancho por el medio y más de siete mil de largo, hasta que, Marañón de llamas o volcán de un maraña, se hizo nieve en Manzanares. El cual, si tan luego como el otro no murió, se enterró por su gusto vivo, y a su cuñado y su hermana resucitó de entre los muertos al octavo día.

Más que una misión te deben, si juicio tienes del bueno, estos casos predicar; y así, a esa gavilla de idiotas les advertirás segunda vez que no es tintura que de calvinista en Absterdán he tomado, sino católico celo y conocimiento político de lo que pican las riquezas al desbocado fruto de la corrupción de costumbres, cauterizando dolor que ningún prudente padeciera, si viéramos como a San Pedro andar a muchos, si descalzos no, con menos tiros de mulas (Roma floreció mientras que Catón lo anduvo); sin camisa como a San Jerónimo; durmiendo en el suelo como a San Ambrosio; y como a San Cipriano, San Basilio, el Damasceno, el Taumaturgo y otros infinitos hombres, comiendo en platos de barro hierbas mal guisadas, con los dedos. Examinemos más, para que aquietaes esos habladores, las que juzgan herejías, siendo cristianas

consideraciones que a toda razón presenta la lección de pocos libros y de muchos hombres la codicia.

Este desinterés admirable de la Iglesia en éstos y otros admirables hombres y en aquellos tiempos admirables practicado, puedo asegurarte que a perder se comenzó desde que dio a la Iglesia Constantino el Grande libertad. ¡Extraña condición de nuestro barro vil! ¡Cuando cautiva, hermosa y floreciente, y agostado el jardín de sus virtudes en toda su libertad! ¡Fatal consideración, dolor cruel! Oyeselo a San Jerónimo en la 5 Epíst. del 3 L. por quien y con cuya doctrina me creerás a mí: *Ab Apostolis ad nostra usque tempora adeo innumeris malis afflicta est Ecclesia, ut si Apostoli denuo viverent, aliam quam ab ipsis fundatam crederent Ecclesiam.* Esto dijo el Santo Doctor en el mismo IV siglo de la libertad; escucha a San Agustín en el V: *multas carnales foeditates et aegritudines Ecclesia in multis patitur, in paucis gemit,* Epíst. 22 a Aur.; y en la 75 dice: *Ecclesia inter multas paleas multaque cizania constituta.* Y, si fueras con una muleta andando los siglos hasta dar en el que estamos, las mismas lágrimas católicas verás en todos los santos y doctores de que la Iglesia se compone; sin que hayan podido tantos concilios sacar esta cizaña de entre el trigo ni aquietar, reformando siempre, aquellos grandes gemidos de pocos: pues, aunque siempre han sido santos los decretos, parece que siempre han sido las ejecuciones pecadoras.

Atiende a San Bernardo en el XII, escribiendo al Papa Eugenio, núm. 257: «¡Oh quién tuviere (dice) la dicha de ver, antes de morir, la Iglesia como en sus primeros días era!» Pero falta que supieren esos necios cómo era, para que conocieran cómo es. Y en el serm. 33 sob. el Cánt. llorando esta desdicha misma, asegura el santo que padece más con los abusos la Iglesia, que padeció entre santas persecuciones y herejías tantas, y concluye: *Intestina et insanabilis est plaga Ecclesiae.* Y con toda razón el santo a ocho siglos de experiencia lo lloraba.

Guillermo Durant, obispo dignísimo de Mende, abriendo el Concilio Vienense, dijo en nombre de Clemente V, que era necesario reformar la Iglesia *in capite et in membris*. Y, fenecido el de Pisa, que al de Viene se siguió, predicó día de la Ascensión y en presencia de Alejandro V el celeberrimo Gerson (Bossuet, *Hist. Eccl.*, tít. 12, página 243), en cuya oración discretamente hizo conocer que servían de más daño los decretos, cuando no se ejecutaban los mandatos. Y es infalible, porque se aumenta el achaque cuando el remedio se receta y no se aplica. Prometió S. S. emplear severamente sus fuerzas para que se ejecutaran y castigaran los delitos.

Mas parece que sin efecto se quedó su celo ardiente, pues vemos en el Concilio de Constanza (según el mismo obispo, en la pág. 207) que los Padres de él dijeron: «El Santo Concilio general de Constanza legítimamente junto, representado la Iglesia universal con el Espíritu Santo, ordena y manda que el papa futuro, cuya elección incesante se va a hacer, de acuerdo con los Padres y con los diputados de los príncipes cristianos, deben reformar y reformarán la Iglesia, así en su cabeza como en sus miembros, especialmente en la Corte de Roma». Y prosiguiendo las sesiones, electo ya Martino V, hacen diez y ocho decretos de reformatión. Pero parece que el descuido mismo o la misma infelicidad aconteció que en todos los antecedentes: porque, siguiéndose el de Bale, escribe el Papa Eugenio (tom. 12, pág. 950) a los Padres que lo componían que atendieran ante todas cosas a la reformatión de los abusos y maldades introducidas en la Iglesia. Y concluye S. S.: *Nostis enim quantum ea indigeat religio christiana; quia, ut ait Propheta, a planta pedis usque ad verticem nos est in ea sanitas.*

Bellísimos deseos, justos, santos y políticos también, pero siempre bien sentidos y logrados nunca. En la dieta de Nuremberg, Adriano VI encargó a Francisco Cheregat, su nuncio en ella (tom. I, pág. 345), la reformatión del

estado eclesiástico; porque esta cisma (dice S. S. por la de Lutero) provenía de las culpas de los hombres y con especialidad por la de los sacerdotes y prelados de la Iglesia, no ignorando lo que se pasa, en esta silla envejecido: *Scimus in hac Sancta Sede aliquod jam annis multa abominanda fuisse*. Miramos (prosigue S. S.) muchos abusos en las cosas espirituales, muchos excesos en las ordenanzas y decretos, mala distribución en los empleos y en fin, reducido el bien al mayor mal. Y así, de admirar no es que éste pase a la cabeza y de ella a todos sus miembros. Que yo de mi parte cuidaré de reformar ante todas cosas esta Corte, de adonde nacen estos males (*unde forte hoc malum processit*).

Pero ¿qué? ¿Remedióse algo, cautelóse alguna cosa? Oye las primeras voces en el Concilio de Trento, dadas igualmente al aire por Paulo III, y lo verás: *Cupiebamus* (dice S. S. a los Padres de él) *mederi christianae reipublicae malis, quibus illa jamdudum vexata et propemodum oppressa est*. Y en la sesión primera declaran juntarse el Concilio *ad reformationem cleri et populi christiani*. Julio III, que le sucedió, habla así por sus legados en el mismo Concilio: *quae jamdudum depravata et corrupta* (tít. 14, pág. 800); y Pío V, que a Julio sucedió, en la bula de celebración dice que se prosigue el Concilio *ad corrigendos et reformandos mores Ecclesiae*.

Y con tanto afán (preguntarás a esos idiotas), con tantos años de Concilio y con decretos tantos, ¿hemos remediado alguna cosa? Yo no lo sé, ni ellos tampoco. Pero oiga usted a fray Bartolomé de los Mártires, dignísimo arzobispo de Braga, cómo habla en el Concilio, y lo discurrirás: «que, naciendo (dice) las herejías de las depravadas costumbres del estado eclesiástico, de su multitud y de su ningún castigo, se debieran antes reformar éstos, que tratar de aquéllas». Era este varón, a más de muy docto, santo y siempre como justo, como recto y como varón docto hablaba. Don Juan II, rey de Portugal,

decía en el mismo Concilio por sus embajadores lo mismo. Y, oyendo decir aquel celoso arzobispo a algunos Padres que los ilustrísimos cardenales (aún no se les daba Eminencia) no necesitaban de reformación, respondió su celo ardiente: *Illustrissimi Cardinales indigent, ut mihi quidem videtur, Illustrissima Reformatione.*

De la misma suerte habló Monsieur Du Ferrier, Embajador de Carlos IX, rey de Francia; y el Cardenal de Lorena, fenecido ya el Concilio, doctísimamente demostró en la bellísima oración que hizo que nada sería bastante *ad integram aegrotantis reipublicae christianae curatione*, si los príncipes cristianos con todo su poder no hacían ejecutar los mandatos. Y es constante: porque cuanto bueno en el mundo no se hace, en ellos está la culpa (como en Luis Pinelo cuanto se hace malo en Garachico). Pues la experiencia nos enseña (prosigue el Cardenal) que de siete siglos a esta parte los cánones sagrados no se observan. Ten con esta cláusula cuidado, para cuando yo te llame atento, pues con este solo fin al Ilustrísimo Bossuet deshojo y a ti fuera del asunto muelo. Y sabe también que fue el Cardenal de Lorena el S. Agustín de su siglo. ¡Qué bellamente en un príncipe de la Iglesia y en el siglo tanta doctrina resplandece!

En el octavo canon de la sesión 22 manda este santo Concilio que los párrocos precisamente habían de explicar la misa a sus ovejas, *ut frequenter inter missarum celebrationem, vel per se vel per alios ex iis quae in missa leguntur, aliquid exponant*: ¿ha visto este algo, siquiera alguna vez, usted? Bien sé yo lo que responden todos ellos; pero tú sabes también que a ninguno le ha fallado qué decir para disculparse. El Evangelio *per alios* se suele a veces sudar bien, para explicarlo mal y aun así es con dos anotaciones: una, pagándoles el que hace la función o el pueblo lo que debiera el de la obligación pagar; y la otra, exagerando lo que dicen, contra todo el cuerpo de la Iglesia, contra el alma del Concilio y contra la enseñanza de

Jesucristo y doctrina de los Apóstoles. Y si no, atiende y lo verás.

Yo oí, día de Santo Domingo, predicar en Lisboa que el Santo Patriarca fue el autor del Credo; y yo estoy muy cierto, tú y todos los cristianos, que los Apóstoles lo hicieron. ¡Qué disparates no dijo el padrecito! Bien es verdad que, para sustentar que la nieve es negra aunque sea Pitágoras ha de tropezar. Yo entre mis admiraciones dudaba si era más loco el Padre por lo que decía, que por lo que gritaba.

Otro oí que, por ser de Dolores y ser amigo mío el orador, me llevó gustoso otro amigo a oír. Predicase panegírico aquí, pero no tan florido como allá (salvo si, ciego de la educación, tampoco entre nosotros ese panegírico es como yo me pienso que era). Predicó al anochecer y empezó, cruzado los brazos, a llorar. —Malo, dije yo antes que hablara él. Puso por tema esta oración: *Stabat Mater dolorosa juxta crucem lacrimosa*, la que San Antonino atribuye a San Gregorio primero, y a San Buenaventura, Felipe de Bergamo. ¡Qué distantes, para duda tan pequeña, estos dos grandes santos están! No hay más en medio, que seis siglos. Corrió por encima de toda esta armoniosa narración, pero falsa: *O quam tristis et afflicta*, haciendo derramar a la Santísima Virgen más diamantes por sus ojos, que aljófares vierte el alba por boca de los poetas: esto es mentira, aquello no es verdad.

Celebróse el sermón con aplauso común, porque la oración es tierna para quien no le endurece lo injuriosa (*fac me vere tecum flere*). Yo callaba más que un muerto, que no sé decir de un amigo mal, ni de lo que malo me parece, bien. Mas contigo ahora a solas te diré que tal cuarteta de tres renglones sobre que formó su lamentación continua ni es de San Buenaventura ni de San Gregorio es, como lo enseña el Padre Crasset, de la Compañía, a el 58 fol. del discreto libro que escribió de la verdadera

Devoción de María Santísima de quien fue devoto apasionado, asegurando que tal oración no hay entre las obras de San Buenaventura ni entre las de San Gregorio el Grande. A más, que el estilo ni del uno ni del otro santo es, antes lo contrario justifica; porque es opuesto cuanto dice a la doctrina de ambos santos, a la verdad del Evangelio y al honor de la Santísima Virgen.

Con ayuda de Crasset yo justificaré este arrojo, que te tendrá escrupuloso. San Ambrosio en el sermón de la infraoctava de la Asunción, dice que estaba la Santísima Virgen al pie de la cruz, viendo padecer a su santísimo Hijo, mas que no lloraba: *Stabat et Sancta Maria juxta crucem Filii et spectabat Virgo sui Unigeniti passionem. Stantem illam lego, flentem non lego*. Prosigue el santo doctor asegurando una gran fineza de ánimo en María, por lo que no se apartó de la cruz como los Apóstoles hicieron: que nada hizo indecorosa a tanta majestad, y que miraba las llagas del divino Verbo compasiva solamente, porque eran precisas para redimir el mundo: *Nec Maria minor quam mater Christi decebat; fugientibus Apostolis ante crucem stabat et piis spectabat oculis Filii vulnera, quia spectabat non pignoris mortem, sed mundi salutem* (Lib. 3, ep. últ. *Ecccl. Vene.*).

El doctísimo Padre Adrian Mangot en su *Moni. Mari.* 4, Monit. 24, dice que en ningún acto de su santísima vida estuvo Nuestra Señora tan divina como en la muerte de su santísimo Hijo, en donde con ojos sólo de compasión miraba su pasión santísima; que nada hizo indecoroso a su deidad; nada descompuso su pecho generoso, como otras mujeres hacen cuando sienten; y que siempre constante al pie de la cruz estuvo, porque sabía muy bien que era aquella muerte disposición del Altísimo para redención del mundo, con cuyas consideraciones santas hallaba en su mismo amor discreta tranquilidad a las naturales inquietudes de su pecho: *Mariae fortitudo tota eius vita, sed maxime in morte Filii intuit, cum illum ad extremum*

malorum deductum piis oculis intuerit et ei adstare voluerit, nihil indecens, nihil inordinatum instar impatientium foeminarum ostendens, ut non lacerans capillos nec in terram decidens; sed cum ignominia Filii in explicabilia eius tormenta stabat tamen, ut ait Evangelista, juxta crucem Jesu. Sciebat esse voluntatem Patris, ut Filius ista pro mundi redemptione patiretur, atque utraque hac re confortabat et consolabatur, voluntate scilicet Patris et fructu Passionis.

El doctísimo Neercassel, obispo de Montpellier, en su tratado excelente del Culto de los santos, y con especialidad de la Santísima Virgen, dice (tít. I, núm. 7) con expresiones iguales que nunca estuvo María más constante que en la muerte de nuestro Redentor; que no dio de sentimiento la demostración más ligera; que no tuvo, viendo tanto padecer, el menor ademán indecoroso; que no vertieron lágrimas sus ojos; que estaba afligida, pero con santísima gravedad; y en fin que su compasión era grande, pero sin la menor inquietud en el alma, porque adoraba y amaba con igualdad la misericordia y la justicia con que el Todopoderoso en su divino congreso determinó la santísima Pasión de Jesucristo para redención de todo el mundo: *Et quo magis suscipias sublimen Mariae animam, in tantis tormentis nulla in illa imbecillitas, nulli corporis motus indecori, nulla eiulantium lamenta; tristem videbas, delictam non videbas; dolebat materni affectus, sed decora gravitate; lugebant materna viscera, sed integra mentis serenitate; feriebantur Virginei sensus vulneribus Filii, sed imperturbato spiritu, qui amabat et adorabat divinam justitiam simul et misericordiam quae altissimo consilio destinaverunt Christo dolores ad hominum redemptionem.*

Prosigue este doctísimo obispo su sentimiento devoto y en el núm. 72 se irrita contra los pintores y escultores que a la Santísima Virgen manifiestan traspasada de dolores al pie de la cruz santísima; y, asentado que tales representaciones son para Nuestra Señora injuriosas, en-

carga y pide a los obispos que las hagan quitar de las iglesias, porque contra el honor de la que es Madre de Dios son: *Ex hit patet quam indigne de Maria sentiant illi pictores vel sculptores, qui tam exanimem effigunt ut illam ab animi deliquio revocent; quamque justum foret episcoporum zelus, si ad vindicandum Mariae honorem istius generis tabulas aut statuas e templis ejicerent.* Contra los que escriben o cantan canciones lamentables de Nuestra Señora con igual alteración se lamenta, pues libelos informatorios los llama, boberías y actos indignos del respeto, solamente ejecutados por mujeres en quienes el sentimiento puede más que la razón: *Et praesertim ex his constat quam praescribendi e manibus cultorum Virginis istius modi libelli, quibus referentur insulsae naeniae ineptaeque lamenta quibus instar mulieris doloribus dementatae suam suique filii mortem deplorare.* Y en fin contra los predicadores que tan bajos pensamientos tienen del corazón elevado de María igualmente se lamenta, porque es injurioso predicar, entre lágrimas envuelta y exhalada entre suspiros, a la que Madre es de eterna sabiduría: *Et minus ferendi ecclesiae qui tam abjecte de Maria sentiunt, ut se non causant in illam injurias quando pro concione eam repraesentant vitam doloribus, deficientis animi motibus indecoram, nec eam loquentem quae decent Matri aeternae sapientiae.*

Soto, en el 2 cap. Luc. v. 35, blasfema con el mismo ardor, si mayor no es, porque ni en las Sagradas Letras ni en autores antiguos errores semejantes se leen: *Sed neque hoc ipsum credendum est, et est tanquam errori affine a nonnullis notatum auctoribus, cum neque Scriptura Sacra nec in ullo antiquo et bono auctore legimus.* Y concluye que antes bien se deja conocer lo contrario (de esos necios dolores que de María se predicán) en la entera majestad con que al pie de la cruz estaba, pues desde tan divino solio se puso Jesucristo a conversación con ella: *Contra potius legimus eam Christo moriente juxta crucem tan integris fuisse sensibus, ut cum ea de cruce Christus loque-*

retur. El cardenal Cayet., *Opus.*, tom. 2, tit. 13; S. Bern. de Sen., tom. I, ser. 51 y otros muchos de la misma suerte claman. Fuera de que María Santísima dudó el misterio de la Redención, dióselo el ángel a conocer, quedó inspirada y gustosísima se entrega a todo (*Ecce ancilla Domini*). Pues, ¿cómo tanta mudanza? No es María mujer de eso: los necios predicadores son los que la piensan mutable.

Mira ahora tú, con doctrinas tantas, cómo podré sin enfado oír sermones tan opuestos a la entera verdad de todas ellas; y cómo mirar podré pinturas que hombres tan grandes abominan. En la casa de un amigo miro aquí una de Nuestra Señora con un gran marco de plata, cantoneras y remate, pero con siete cuchillos atravesado el diamante corazón de la Santísima Virgen; y yo le digo que mi mayor devoción está en el marco. El me quiere delatar a mí, y yo mandarlo a la escuela a él.

Por estas calles, en procesión de cada día, andan una gran cantidad de niños, imágenes de Jesucristo: unos vestidos de abades, otros de donados, de alférez, capitanes, etcétera, y en los estrados muchísimas veces oigo que el Niño del hermano Pedro está muy lindo; que el de las monjas de Murcia es un encanto; que es una admiración el de las capuchinas, etc., y que unas veces están más encarnados que otras. Y si alguno dice que esas sacaliñas son escandalosas, porque contra la verdad son, las criadas, las señoras y muchas veces los amos lo quieren, porque es hereje, arañar. En las iglesias igualmente miro imágenes de Jesucristo en la cruz, con enaguas de olán blancas que llegan hasta las rodillas y con encajes muy finos. Pero en Guimarães, lugar en el reino de Portugal, está uno con esas tales nagüillas de damasco carmesí y su franja de oro por debajo. ¡Qué no vi de estas santas boberías en la Madera y en Lisboa! ¡Oh violencia de la educación! Pero no incurrimos los españoles solamente en ellas. En la Iglesia parroquial de San Andrés de Burdeos dice Naudé

(y es francés) en su *Apol.* al fol. 13, que hay dos pinturas: una de la Ascensión, subiendo Nuestro Señor en una águila a caballo, y otra del Entierro de Nuestra Señora, en que todos los Apóstoles asisten, tocando cada uno un instrumento distinto.

Si yo hubiera de contarte cuántas supersticiones veo y noto aquí, no tuviera tiempo ni papel hubiera para la mitad. Acabaré con ésta: En el oratorio de mi señora la duquesa de Atri, que tan rico está de joyas como de reliquias adornado, hay una pintura de San Antonio de Padua, copia de su original, que hace primero objeto en el altar. Reparé en una ocasión que tenía el santo una venera de diamantes y esmeraldas en el pecho. Pregunté la novedad y me respondió S. E. que le había prometido al santo aquella joya por la salud de su Duque en la enfermedad que tuvo muy grande. —Ah, señora, exclamé yo, ni San Antonio puede dar salud así, ni lo que puede con Dios, por diamantes lo ha de hacer. Confiécese V. E., cuando para pedir alguna cosa a la divina piedad quiera: arrepíentase de haber pecado, prometa firmemente el enmendarse y, estas diligencias hechas, interponga a San Antonio para que alcance de Dios lo que pidiere V. E. justo; porque de otra forma los ruegos suelen ser fatigas que atrasan más los deseos y diligencias que dañan.

Pues ve usted: ninguna de tantas supersticiones y simplezas como noto y he notado aquí y en otras partes he visto, verá ninguno en La Palma, olvidando la sencilla falsa educación de vestir con perlas y diamantes las imágenes de Nuestra Señora. Mencía, mi sobrina, camarera de Nuestra Señora de la Encarnación, da chocolate y bizcochos a los que van a decir y oír misa en su santuario los viernes del Espíritu Santo: nada hay allí supersticioso ni malo, con tal que el chocolate sea bueno y no sean las jícaras dedales. La imagen de N. S. en el Planto (la primera que a mi memoria se presenta cuando las congojas de mi

mala vida se acometen) nada tiene reparable, si no son las telarañas que aquellas ermitañas golosas dejan criar con descuido en las paredes, cuando tardan las señoras de tributar allí inciensos, a que acompañan pasteles, pavos, etcétera. En Las Nieves nada hay que no sea bueno, porque mi señora doña Teresa Vélez, camarera de la santa imagen, cuida igualmente de que Diego, su marido, dé a los que van a la fiesta ricos jamones y mejores dulces que le dan sus tías las monjas. Salvo los dos reales que Cervellón a la tarde juega. ¡Oh majadero, si has pensado alguna vez que a la observancia de tan puerquísima escritura te pudo obligar tu tío!

Las imágenes devotas de Nuestra Señora en El Risco, en San Roque, El Rosario, Concepción, etc., con tanta puntualidad las vi siempre, que el crítico mayor la menor cosa que decir no encontraría. Nuestra devotísima imagen, entre las dulces cañas de la Angustia, es un todo respetable. Y no me arguyas que mi tío don Pedro en una fatalidad que a la ciudad pasó la imagen, le pretendiera a cuchilladas trono igual con la Virgen de las Nieves; porque el fuego que echó mi tío entonces por los ojos y que apagar quería con la espada, miraba, no de una imagen a otra, sino de devotos a devotos; para cuyos casos, si te he de confesar verdad, yo quedé con los cartapacios de mi tío don Pedro, con la daga de mi tío don Nicolás, la espada de don Juan Basilio, del padre Mora el montante y el peto y espaldar de don Luis de Arce.

Y no en lo espiritual solamente está La Palma puntual, sino en lo político también. En el comercio de Indias (baste este desengaño por muchos), que es el objeto de nuestra conservación (hablo, en mi tiempo), no miro las maldades que en Santa Cruz acontecen: el buque se reparte con justicia, los encomenderos retornan las encomiendas con verdad, con sanidad los aguardientes se envían y los demás efectos se embarcan. En Santa Cruz está todo diferente y, cuando no hubiera otra maldad

que hacer un conciliábulo en una bonanza estos embusteros cuando vienen, para poner de común acuerdo las calcetas, el tafetán por un precio y todo lo demás con igualdad, sobraba mucha madera en ese desvergonzado Teide para ahorcarlos a todos. Pero ¿cómo ser menos podrá, si suele ser muchas veces un *beatus vir* el juez de Indias y el superintendente general un *quidam homo* que las más veces va a chupar (como el muchacho de Borges) la cabra de nuestra desunión? Por ésta don Andrés Bonito divulgó en las oficinas de esta Corte, en la antesala del Rey, en el cuarto del Príncipe y en otros muchos agujeros, horrores de Canarias. Exceptuó La Palma y con el cairel de que en aquella isla sólo estaba limpia la nobleza. Súpelo yo por lisonja y en la tertulia del duque de la Mirandula le di las gracias por la palmera ejecutoria, respecto de ser mi padre palmera; mas con ardiente resolución le pregunté por las porquerías babilonas, pues, siendo babilón mi padre, quería a lo menos saberlas. Satisfízome diciendo que exceptuaba mi familia y que el ramo, que de este árbol seguía yo, estaba por todos sus pimpollos verde. Estrechélo más y más; pero como, para indemnizar La Palma, esto me basta, no debo decirte de Bonito más.

Adonde si hallarás a costales las supersticiones es en Tenerife. Apuntaréte, por llenar el día de hoy, algunas.

En el primero Domingo de Ramos que yo me hallé en Garachico, y fenecida aquella célebre feria que se predica en Santa Ana, excluyeron de la iglesia la mayor parte de la gente, cerraron las puertas y bajaron de la cruz, para ponerla en la urna, la imagen de N. S. que dos meses había estado expuesta a la devoción de los fieles, al paso de los ratones y al reposo de las moscas. Dividieron en partes la santísima imagen y con toda majestad tomaron la mitad de un brazo los beneficiados, que, separado ya del todo, no era más que un pedazo de palo con barniz, y lo fueron dando a besar a las señoras. Pasaron a los hombres y, antes de llegar a mí, pregunté si aquellos

besos tenían perdones o algunas gracias concedidas. Respondiéronme que no. —Luego la gracia mayor, dije yo fervorizado, sería ver si se podía besar a las que besan.— A la torta venimos, me dijo uno, dándome de codo:

*Virgen de Illescas,
a la torta venimos,
que no a la fiesta.*

No paró esta comedia aquí. Lavaron el brazo y vuelven a pasear la iglesia, dando a beber aquella agua, que todas y todos (menos yo) probaron: porque tengo por simpleza, beber una agua tan puerca sin saber por qué se da ni por qué se bebe.

No sé, después de mi predicación, el estado en que hoy estamos. Pero sé que aun hoy en día los frailes de San Francisco en La Laguna lavan la santa imagen de N. S. en la Cruz todos los viernes, y que dan esta agua como medicamento eficaz para dolores de estómago. Porque Valentín Rodríguez, soldado en el castillo de Paso Alto, me dijo a mí que él había bebido y que no le aprovechó. Que los legos en aquel convento, con sencilla fe o con alguna interesada malicia, divulguen el prodigio y regalen con el agua a sus comadres, no me causa novedad; pero que un guardián discreto y una comunidad tan docta lo consienta, a cualquiera sí le ha de hacer espanto y causar admiración.

Cuando la imagen de N. S. de Candelaria se pone manifiesta al pueblo, hay mandato de los señores obispos para que no se descubra el Señor; porque se ha reconocido en estos casos la suma ignorancia de aquellas gentes mentecatas. Si esto no es idolatría formal, me pone en términos el mandato de que lo presuma yo. Y hablando en esto con el Ilustrísimo Conejero, docto prelado, pero que (según Cevallos el intendente) cuidaba sólo de lo que no era de su obligación, le dije que, si yo me hallara

con el verde sombrero en la cabeza, subiría al púlpito y, bien expresadas las obligaciones de cristianos con la imponderable diferencia que hay entre la realidad del Santísimo Sacramento y la representación de la imagen, les advertiría que a la primera ignorancia igual que cometieran, que no tan solamente quitaría a la Virgen del altar, sino que también, quitándole los vestidos, los diamantes y las joyas, la había de arrimar en la sacristía, como Sereno, obispo de Marsella en tiempo de San Gregorio el Grande, hizo por otra igual falta de fe en sus ovejas. Su Ilustrísima, como todos o como muchos, me dijo que era una ardiente devoción, hija de un cristiano celo: ¡linda razón!

Fenezcamos la tarea de hoy con una lastimosa historia. Estando yo en Paso Alto, entró Fr. Nicolás Araña con un armatoste de madera que en aquella misma Navidad había bailado, pastor en el Nacimiento, y nos dijo a todos que era un San Blas desnudo, para quien su ardiente devoción pedía limosna y que su Ilustrísima (eso quiere allá decir, el obispo) concedía cuarenta días de perdón a los que ayudaren a vestirle. «—Santísima devoción (dije yo) será ésa, padre Araña, porque algún zurrasco habrá de quedar para tabaco». El buen Padre no me oyó contento, porque era mi maldad contra su intención. Vistió el armatoste en fin, porque el padre Araña arañará de una estrella el esplendor. Salió después pidiendo por las tiendas cerritos de lino para miramelindos de estopa o collares de ñuditos. Sacó diez y ocho libras de todas y naturalmente sus hermanas hilarían las catorce, de que se harían unas bragas y algunas cosillas más.

Celebróse en el segundo inmediato día de febrero, con muchísimo zumo de campanas y poco celo de la religión, la fiesta. Repartiéronse *gratis* los collares aquel día, y aunque yo pronostiqué a él y a todos que para el año siguiente se habían de repartir a medio real y su Paternidad se inquietaba, juro a diez y a doce juro que a medio de

plata se vendieron. Con que, si vendió 500 (porque yo me vine y no lo examiné), el prelado tomaría de esto la limosna de la misa, el orador su propina, cada religioso lo que de la fiesta se lambuza y de lo que sobra el padre Araña arañaría para tabaco, pañuelos de seda y chocolate.

Dirás tú, dirá Araña y todas sus conocidas dirán que esto es hacer burla de las cosas de la Iglesia, y es lo contrario. De quien esto hace y de quienes lo permiten es de quien me quejo, porque es dar a los herejes motivos para mofarse de nuestras facilidades; y a esto que llamamos nosotros piedad santa, llaman ellos interesable idolatría, que arrastrada viene hasta nosotros desde los sacerdotes de la gentilidad, como más delante verás. Y de la suerte misma que yo con mi risa lo estoy llorando contigo, lo abomina con ardor el sapientísimo Soto, en el 4 tomo, dis. 2, quaest. 2, art. 3: *Hanc ego non dicam piam fraudem, quia haereticorum verbum est, sed tamen citra religionis injuriam posset hoc populo dissuadere*. Volvamos a los sermones, que nos hemos alejado mucho.

En La Palma oí que de las lágrimas de San Pedro hizo Dios los sacramentos; y esto no iba mal, porque, si el obispo pega recio en el de la confirmación, hay llanto; si el matrimonio no es a gusto, llanto cuesta; y cuando Fr. Juan de Acuña negó la absolución a la Rajada, sus lágrimas, aunque eran fingidas, le costó; y así, si en todos los sacramentos hay agua, bien juzgarás tú (si quieres) que no iba éste tan violento como los demás.

En esta Corte oí un sermón en títulos de comedias; y al Santísimo Sacramento que de manifiesto estaba le aplicó *Darlo todo y no dar nada*. Otro oí a el mismo fraile en adagios, y comenzó *Primero soy yo*. Ambos sermones me escandalizaron, porque no es aquel puesto tan sagrado para cristalinas necedades ni para frioleras, aunque sean de filigrana; pero ambos les oí alabar.

En los premostratenses otro (perdona tanto sermón, que más me costaron a mí los de la feria de Garachico y todos los oí), predicando día de la Circuncisión un gallardo viejo propuso probar en un solo punto que cuanto se podía decir de Jesucristo se hallaba en las letras del Dulcísimo Nombre de Jesús. —Mirad (dijo): este santísimo nombre tiene tres casos, que son nominativo, acusativo y ablativo, lo que significan las tres divinas personas inseparables y distintas. ¡Raro prodigio! ¿Sabéis latín? Pues el que no lo supiere duerma un poco. *Jesus, Jesum, Jesu*: cuyos casos nos aseguran también que es Cristo nuestro bien para nosotros, el principio, el medio, y el último fin de nuestras esperanzas (*summus, medius, ultimus*). Y mucho más veréis. ¡Oh misterio venerable! Dividido este Dulcísimo Nombre en dos iguales partes, en que igualmente representa las dos naturalezas unidas, es menester quitar la S que media las dos mitades. Esta letra la nombraban los hebreos con esta palabra *sin*, la que en el idioma escocés significa *pecado*. Pues ¿quién será tan ignorante que no sepa que Cristo, Hombre y Dios, quitó de en medio de los hombres la culpa?»

Pregunto ahora: ¿Es esto predicar el Evangelio o explicar la misa? ¿Es esto reprehender nuestros vicios o predicar como San Pablo? ¿Es entremés, o locura? ¿Es comedia, o qué es?

Otro en función de Santiago que en la iglesia de San Felipe el Real celebran todos los años los gallegos (adonde, por cuenta tocada, me llevó un amigo arrastres), comenzó su panegírico así: —*Potestis bibere calicem? Possumus*. Hoy ha de ser todo brindis el asunto. En el primer punto brindará Cristo a Santiago; y Santiago a San Felipe en el segundo.

Para persuadirme el buen padre para que el *potestis bibere* hablaba solamente con Santiago, segó más espinas alhorradas que siegan en buen año, buenas, sus gallegos. A mí no me lo hizo creer; a muchos de los oyentes sí.

Entró en el segundo punto y, tropezando, entró luego en el *bibite ex eo omnes*: porque pretendió con desengaño gentil que era Santiago quien brindaba a San Felipe y que a otro ninguno brindó. ¡Nunca la mano te duela! decía yo; déjate ir por ahí, que vas muy bien. Hizo Júpiter al Santo, Apolo, Minerva, Marte, Mercurio y todo, sólo porque su paternidad quería. Púsolo, matando con su caballo blanco muchísimos moros, en el aire y, con su calabaza a la cintura, lo hizo peregrino de sí propio. Pero con todo esto hablaba bien, aunque a veces culto, estilo que para aquel puesto no es: «Silba la sierpe británica» (dijo, por los ingleses que cruzan en esta guerra presente las costas de Galicia) «y, escupiendo veneno en las espumas, hace en veleros buques nadar los montes y volar las selvas».

Piadosamente creo yo que predicadores semejantes van sólo a lucir con las mujeres y según las cosas van, tienen muchísima razón: *quae sua sunt quaerunt*. Porque la una lo celebra delante de su tío el Inquisidor General; otra en la asamblea adonde otro señor Inquisidor concurre; y otra, y otras mil, sin fundamento lo alaban y se empeñan con el mismo y lo sacan cuando menos calificador del Santo Oficio. ¿Qué quiere usted sacar de aquí? Yo no saco nada; pero ¿qué puede salir de un calificador de flores, hecho por la primavera de unas damas? Si no nos engaña Plinio, de una misma flor saca veneno la araña y la abeja miel de adonde puedes recelar que de un mismo libro tire yerros un calificador florido, y aciertos, otro agostado. A don Juan de Ferreras, pluma bien teñida en el tintero de Mondéjar, no ha muchos días que le condenaron uno y, si la malicia no se engaña, Moréri y los Padres de Donvez dicen en francés lo mismo. Tengo inconveniente para proseguir con este punto: vamos a fenecer con otro sermón la feria.

En La Laguna en fin oí un Maestro pariente mío que como nuestra abuela predicaba, que María Santísima por

el solo atributo de Remedios se dejaba conocer Madre de Dios y redentora de los hombres. Y al instante me acordé que, preguntando a Juan Cabrera yo (mayordomo en las cañas de Melchor) cuál de las Vírgenes que adoraba él, Gracia, Amparo, Guía, Rosario, etc., sería la verdadera Madre de Dios, me respondió que no había duda en que la de Candelaria lo era. Preguntéle por qué, y dijo que porque era la más llena de diamantes, de vestidos y de perlas. Repliqué tercera vez (porque con Cabrera sólo deja de ser asneidad replicar tres veces), que era incompatible haber nacido Dios en unas pajas, siendo su madre tan rica. En esta instancia tropezó; y yo te juro por todo el oro de las Hespérides que, si de los bancos hubiera permisión para replicar, que no había de oír tantos disparates usted; ni tanto frailecito había de haber, que por quince reales (sermones de fábrica) subieran a predicar. Ni tú ni yo hemos de enmendar el mundo; pero ni cuarenta mundos ni tú me han de embarazar esto con que me divierto yo. Volvamos al Concilio que, si duró cuarenta años en Italia, no es prodigio que dure entre nosotros cuatro días.

En la sesión 24 el segundo canon manda celebrar un concilio provincial cada tres años cuando menos: ¿cuántos ha visto celebrar usted, en dos siglos que van pasados ya? Yo, ninguno, y tengo cumplidos ya sesenta. Sólo sé que San Carlos Borromeo celebró seis, y en el último, porque no avanzó en los cinco nada, pregunta su dolor: *An ubi malorum lues pacis, concordiae et bonorum status? An ubi variae morborum species recta valetudo? An ubi adhuc morborum corruptela, disciplinae christianae perfectio?*

Y si en todos estos ya pasados siglos, no obstante los repetidos clamores de varones santos y los mandatos expresos de continuados concilios nada (como llora el Ilustrísimo Borromeo) se ha logrado, ¿en qué altura no quieres tú que estén ya hoy aquellos abusos tan gemidos y aquellas tan depravadas costumbres, pues no vemos ya

quien llore, o parece que están las lágrimas para siempre enjutas? Estarán, como con efecto están, en tranquila posesión sin conocerse; pasarán por virtudes; porque entre los ruines el mayor malvado es lo mejor de todos ellos. Ni concilio desde el Tridentino se celebra, para que les diga por lo menos a esos celosos animales que hay abusos y que mande, cuando más no sea, que se quiten: porque, hechos ya carne y sangre, ni saben qué son abusos ni qué son maldades saben. ¡Oh dolor cristiano, oh consideración inquieta, oh gustoso sueño de los mentecatos y oh tranquilidad amable de los ignorantes!

Es infalible que la Iglesia prevalecerá *in aeternum*, pero no nos dijo Cristo en dónde, en qué parte del mundo ni cuántos giros ha de dar por él. En el Africa la vimos floreciente, y muchos siglos hay que la vemos agostada; nacer la vimos en la Palestina, y ya la vemos allí muerta; triunfó en el Asia Menor y puso con libertad segundo trono en Constantinopla, y hoy este grande imperio es trono y dosel de Mahoma; cuyas mudanzas, cuyas vueltas (orden precisa en la construcción del Orbe) hacen temblar a los católicos prudentes. De estas, pues, vastas y dilatadas provincias, después de haber dado tantos y tan grandes santos para el cielo, tantos y tan grandes hombres para el mundo y tantos constantes mártires para la enseñanza nuestra, saben todos los curiosos que por mala conducta de sus miembros principales y por buena ambición de los soberanos se abrasó en herejías y en cenizas frías se han quedado aquellas partes del orbe que fueron jardín florido de ardientes adoraciones.

Pasaron a la Europa estas llamas voraces del infierno, abrasando en pocos días muchas provincias y reinos, muchas repúblicas y ciudades libres; siendo Lutero y Calvino los que pusieron el fuego con el aparente engaño de querer reformar ellos lo que tantas veces se ha mandado y sin logro otras tantas se quedó. Y vele aquí por dónde llevas ya sabido el porqué en esas partes del Norte a esa

falsísima luterana secta se llama la religión reformada. A que también contribuyó (como llevas visto) la codicia. De adonde vendrás a conocer que riquezas y que abusos en todos tiempos han sido la perdición de la Iglesia. Y así, no desestimes mis temores, que harás desestimable tu prudencia y aumentarás el número a los simples, si aumentarse puede el infinito.

Mas ¡ay, amigo! todos vamos a salir del día: ninguno se acuerda que hay mañana ni que en esa mañana puede haber infierno. El próximo, la caridad, la consideración discreta, el engaño de la vida, la infalibilidad de la muerte, el procedimiento cristiano, la verdad, la prudencia, el juicio, todo se abandona por el individuo; todo se desestima por la propia conveniencia y sólo en la comedia del mundo entramos a representar con eficacia los hombres, queriendo todos hacer el papel primero. ¡Qué necedad, qué locura, qué afrenta a la razón! Y no por esto pretendo que te metas capuchino ni carmelita descalzo: porque entre éstos hay también envidia, hay pretensiones, hay codicia y puñaladas también hay. Discreto sólo te busco, considerando la incertidumbre de la hora de morir y la certeza de la muerte, para que desestimes así lo que aprecian tantos y gustoso vivas con la voluntad de Dios o con las disposiciones naturales, comiendo en tu rincón y con tus amigos lo poco o mucho que te dejaron tus padres: y mate moros quien quisiere, que a ti no te han hecho mal. Para lo que debes tener siempre presente este soneto, como lo midió don Cristóbal Tabares en la sala Baja de Fierro (y era abogado de los Reales Consejos de su Majestad):

*Que tengo de morir es infalible.
Y ¿para qué nací? Para salvarme.
Dejar de ver a Dios y condenarme
triste cosa será, pero posible.
¡Posible, —y quiero, necio, desvelarme!—*

*¡Posible, —y tengo amor a lo visible!—
¡Jesús, qué ceguedad, qué horror, qué encanto!
Loco debo de ser, pues no soy santo.*

Volvamos a Trento y fenezcamos el Concilio. De esta falta de observancia en los mandatos y de esta sobra de corrupción en las costumbres dan la causa los cardenales y doctores a quienes Pablo III encargó en el Concilio la reforma. Pongamos sus mismas voces, así para mejor inteligencia tuya como también para que el enfermo, yendo en latín, no lo entienda: *Quia doctorum adulantium fallacia contigit ut voluntas Pontificis, qualiscumque ea fuerit, sit regula qua eius operationes et actiones dirigantur; ex qua fonte, Sancte Pater, tamquam ex equo Troiano, irrumpere in Ecclesia Dei tot abusus et tam gravissimi morbi quibus nunc conspiciamus ad desperationem fere salutis laborasse.* Y fenece esta oración panegírica o práctica laudatoria así: *Nec putemus nobis licere dispensare in legibus nisi urgente de causa et necessaria.*

El doctísimo Gerson (*De pot. Eccl.*, cons. X) expone esta causa misma; pero con tanto fuego la expone que degenera en pasión, y fenece su doctrina. *Alioquin non erat ibi uti plenitudine potestatis, sed abuti plenitudine.* Pero o te admires que hable tan recio Gerson, ni que los legados de S. S. hablen, cuando los mismos papas conocen y confiesan que *a planta pedis non est in ea sanitas*; que *in Sancta Sede multa abominanda*; que *insanabilis est plaga*; que *in capite et in membris.* etc. Y, habiendo confesión de parte, no se necesita de prueba.

El mismo Santo Concilio, en la sesión 25, ordena: *Quapropter sciant universi sacratissimos Canones exacto ab omnibus et quoad eius fieri potuerit indistincte observandos. Quod si urgent justaque ratio et major quandoque utilitas postulaverint cum aliquibus dispensandum esse a causa cognita ac summa maturitate, atque gratis a quibuscumque ad quos dispensatio pertinebit erit praestandum,*

aliterque facta dispensatio subrepticia censeatur. Para aquí atento te llamaba —mas ya no te quiero aquí—. Perdí el trabajo, gasté el papel sin entera reflexión y no quiero que, lastimando una herida que jamás se curará, arroje el alma a la pluma, podrida una sangre heroica, en la que fluctuando siempre el corazón, ni se acaba de ahogar ni salir a la playa puede con felicidad.

Bien sé yo cuánto a tan santísimos mandatos se responde; pero tú también miras aquí *quia doctorum adulantium*. Advirtiéndote igualmente que *utilitas publica* se entiende y ha entendido siempre por un reino, por una provincia, por un grande estado, etc., mas no por mi razón o la tuya, por la conveniencia de Inés o la composición de una familia; como ni tampoco porque Marí-González quiera con malicia (o sin ella quiera) echarse al mar sin vejigas, o al aire arrojarse, como Icaro.

Pero para no despedirte tan a secas después de tanto húmedo trabajo o sudor sin utilidad, quiero que a los márgenes de todos estos mandatos anotes la mucha sencillez de poco conocimiento con que cierto amigo de ambos me pidió que con juramento (lo mismo sería sin él) declarara en tres motivos o causas por las que intentaba pedir en Roma una dispensación para cierto matrimonio: 1. deshonorada la señora por la continua entrada del señor mío en su casa; 2. pobres que de su industria vivían; 3. que otro igual no había que se quisiera casar con la señora.

A esta tercera causa respondí al notario y juez que me demandaban, que yo quería (aunque sin solicitarlo) y que otros como yo la solicitaban. A la segunda dije que yo en ningún portal comía y que, sin embargo, trocaría mi mayorazgo con el suyo y le daría cuatro mil doblones para guantes. Y a la primera en fin, *causa causarum*, respondí que era historia falsa, porque me constaba que no había perdido de su cuerpo la señora, de su honor ni

de su ropa un solo pelo, en conclusión (como ni tampoco en la información de utilidad que Soler hizo para vender la Calzada), sin embargo de que grandes canonistas, como el Polifemo grandes y con tantos ojos también, me aseguraban que *sollicitante bullarum* podía declarar sin el escrúpulo menor. ¡Qué bizarra teología! ¡Y pretenden hacer universidad en La Laguna! ¿Para qué, si desde el vientre de nuestras madres nacemos eruditos en Canarias todos? Para decir tres misas en la Navidad ningún sacerdote ha menester al obispo.

Así será, le respondí; puede ser, no lo disputo; pero ¿de qué sirve semejante información cuando, después de pasar por muchísimos escollos, S. S. dice: *Si ita est, fiat*? Pretendió satisfacerme con que así se hacen todas: ¡Linda razón para mí! Mas, pasando por debajo de ella, digo (de aquí no me sacará mi padre) que, si tal información colmada de falsedades es buena, que hagan luego otro concilio y que enmienden en el Tridentino la advertencia *nisi urgenti de causa et necessaria*. Y si válida no es, que estremezcan el juicio y la conciencia con la otra: *aliterque facta dispensatio subrepticia censeatur*. Y dejo el *gratis a quibuscumque*, por más que me lo paleen, para palillo de dientes después que hayamos comido mal y bebido bien; porque San Gregorio el Grande, huyendo de este paloteo, mandó que ni el maravedí que el papel costaba se pudiera pedir a nadie, ni por ninguna bula a ninguno, en su secretaría; la que hoy se llama *dataria* (porque de siete siglos a esta parte está consagrada al *dante*) es el ara que en aquel altar sube y es el ídolo a quien sólo se dan inciensos allí. Y así, amigo de mi corazón, mil veces vuelvo a decirte que digas a esos ignorantes que hereje me crean a mí que, cuando oigan hablar en lo que no entienden (hecha la Universidad, será otra cosa), que callen bien, aunque les parezca mal, porque es infinitísimo lo que en este asunto dejan de saber; y vámonos nosotros con otra cosa a divertir y a fenecer el motivo de la despoblación de España.

De este daño y su remedio habló largamente don Miguel Caja en tiempo de Felipe III y muchos otros después hasta nosotros han hablado: Cevallos, Navarrete (¡qué florecidas memorias, qué agostadas ya! Jamás dio rosas el campo, sin espinas), Antonio Morgado, don Luis de Castilla, Valenzuela, Vázquez, Velasco, Herce, etc., y en el año pasado de 1732, con grande acierto, Zabala; pero ninguna de estas representaciones se ha estimado. Sin duda que los 72 mil intérpretes, por 500 bocas soplando, habrán apagado la luz. Los lacrenses hacían venir a presencia del senado, con un cordel a la garganta, a los autores de cualquier arbitrio, dándoles a conocer así el castigo, en caso de ser dañoso a la república, por el que tendría igualmente premio, si fuera de utilidad. No debo pasar más con esta consideración: ingéniese V. M. como lo ayudare Dios.

En este memorial de Zabala verás el punto de Compañía ponderado con manifiesta utilidad; y concluye a persuadirnos con la de Amsterdam, fundada el año de 1594 con seis millones de florines (que hacen tres de nuestros pesos gordos), lo cual hoy produce y renta tanto que mantiene, y en unos Estados cortísimos y sobre manera estériles, 180 navíos de 30 hasta 60 cañones y para ellos 25 mil marineros. Y lo que más es (esto añadido yo), que presumen ser los árbitros de la Europa y cuando menos, a vista y consentimiento de todas las potencias se titulan «altipotentes señores». Y te aseguro también que sin la Compañía, ni de esto presumieran ni de nada.

Dice Zabala, citando a Morgado en su *Histor. de Sev.*, que el año de 1587 había llegado tanto dinero de la América, que las calles se pudieran empedrar con plata. Y Castilla, que desde el año de 1492 en que las Indias se conquistaron hasta el de 1595, habían llegado dos mil millones de pesos, cuyo tesoro se despendía en esta Península: porque Sevilla (y así las demás ciudades de comercio) tenía 36 mil telares, que están hoy reducidos a

600, porque las rentas provinciales han encarecido tanto los mantenimientos y han desterrado los obreros tanto, que no se pueden continuar las obras. Cuatro reales valía en aquel tiempo una fanega de trigo, y dos cuartos una libra de carnero: hoy vale éste 13 y 24 reales aquélla. Y hoy, no obstante de que faltan hombres y que las tierras se hacen montes, vale la carne, el pan y demás comestibles en las ferias con mucho exceso al valor de los poblados. Por 5 cuartos sale la libra de carnero puesta en la carnicería, los 8 del aumento son imposición: y así de lo demás. Cuyo excesivo producto dice Zabala que importa 76 millones, de los que sólo 11 entran en las arcas reales: con que entre guapos y valientes se van los 65. Y no me censure tu imprudente sinrazón esta prolijidad fuera de mi asunto, porque en más discreta consideración por alguna cuerda se reconoce que toca al ponderado dentro de Madrid este clavicordio destemplado.

En el folio 19 dice Zabala que la feria celebrada en Medina el año de 1573, en sólo letras de cambio se traficaron 155 millones de escudos, y que hoy ni en todas las del año ni en las de monarquía toda se trafica el diezmo: proviniendo este exceso de que se trabajaban entonces 400 mil quintales de lana y dos millones de libras de seda y lanas se ha intentado embarazar para reinos extraños: pero, si no hay quien las trabaje, ¿qué se hiciera de ellas? Por una parte cerca el Duero y por la otra Peñatajada.

Al folio 6 se admira Zabala de ver tan miserable a España, siendo constante que jamás ha estado tan adinerada. Contradicción es ésta, manifiesta; pero con un palito de romero (caro le salió a Domingo Alfonso otro vaso probador como éste) se prueba: y hay la misma razón para ello que hay para ser Alcalá (como toda España es) una población de monasterios. Tienen los conventos tanto tesoro ensilado, que a 2 por 100 lo procuran dar y no hallan fincas seguras adonde imponer los censos. Cuatro

millones de pesos duros es común sentir que hay en un convento de esta Corte. Y, fuera de estas espantosas cantidades en los monasterios, hay muchísimos cambistas de a 5, 6 y 7 millones y mercaderes muchos de formidables caudales adquiridos con este divertimento que llamar suelen lograría, a que dan campo abierto los arrendamientos y manipulación de las rentas reales.

Entre estas tres clases de gentes está el dinero sin medida: entre los de grandes rentas, grandes como ellos los empeños. Noventa y dos mil ducados paga anuales, por interés de dinero que con cédula real ha tomado el duque de Medinacelli, lo que por espanto de sus grandes rentas solamente te lo digo. Esta es casa que gasta dos arrobas de chocolate cada día, diez mil hanegas de trigo en sólo las raciones de su familia cada año, y 100 mil pesos en salarios. Sin embargo, para que veas lo que es Madrid, criados y canalla sin temor, has de saber que, debiendo el duque diez y ocho meses de salarios a su familia, hicieron los de libras un conciliábulo, del que salió acordado lo que verás.

Iba en su silla mi señora la duquesa, y al llegar a una de las distantes calles de su casa pararon la silla y los doce que iban de librea, así en el coche de cámara como los silleteros, dijeron: —O páguenos V. E., o váyase a pie, que no queremos servirle. Dos pajes y dos criados mayores, sujetos de honra que iban en el coche y quedaron sin cocheros igualmente, salieron con ruegos y amenazas a persuadirlos que se les pagaría y que miraran el delito que cometían: pero no tuvo remedio ni castigo. Mi señora la duquesa entró en casa del marqués de los Balbases, etc. Que se pague a quien se debe es religión y racionalidad; mas que tales atentados se ejecuten con una mujer de tal tamaño y se queden frescos, sin experimentar de 200 azotes el calor o de una galera el fresco, es lo que a mí me causa más admiración.

En todos los demás, más o menos, la miseria es tal que, no pudiendo ser menos, la recelan todos los discretos más. Pero ¿qué más ni qué menos? Ni ya puede ser menos, ni hay para qué temer el más.

Prosigamos con lo lejos de Madrid. Es Aranjuez un sitio ameno y muy llano, con bellas alamedas, grandes, robustas, descolladas y tan sin cuidado frondosas, que si (malicioso) el sol intentase registrar sus calles, cegara el orbe entre tanto que su luz, o embarazada en sus hojas o entre sus ramas confusa, no saliere de ella: mayor ruina se siguiera que cuando se despeñó Faetonte. Tiene muy buenos cotos y con abundante caza, así mayor como menor. Hato he visto yo de ciervos (que lo he pensado de cabras), los que suelen llegar a veces hasta las puertas de las casas. Para sólo cazar liebres y conejos se arrienda el Sitio en dos mil pesos cada año: infiere de este costo su abundancia. Doscientos conejos ha solido matar el Príncipe en dos horas. Y no te admires, porque es S. A. destrísimo sobremanera y lleva doce escopetas consigo, que siempre toma cargadas y descarga con acierto siempre.

El palacio está en mantillas aún, no obstante de que más de un siglo tiene. Besa el Tajo sus pañales, de cuya inquietud cristalina (aunque en su primera risa) formó el arte a muy poca diligencia dos admirables cascadas que hacen sus balcones a todas horas deleitables, la una que siempre ríe y la otra que murmura siempre: ésta con los tristes pretendientes, pues nada alivia más un frenesí que oír a otro que como él se queja, y aquélla con los amantes alegres forma dulzura de plata que en recíproca armonía el gusto entonan, la risa y el dolor acordes.

El jardín es admirable, porque es su fertilidad y su llanura hermosa. Tiene muchas fuentes y juguetes de agua muchos: éstos para niños y para ancianos aquéllas, que al paso de los siglos voladores despiertan la memoria

de su siglo. Y para la juventud, para la curiosidad advertida y para los forasteros que otros jardines han visto, hay cinco bien levantados golpes de agua en los jardines modernos. Hay estatuas de mármol y de bronce singulares, cuadros, glorietas y calles que, a estar todo con más cuidado atendido, por lo que tiene de natural y fértil, excedieran sin afán al mayor sudor del arte. Voto por Aranjuez, y voto como mozo de mulas, recio, porque su perpetuidad desempeñará mi voto con el tiempo. Y sólo de sus descuidos alguna vez reparé que no es prudente piedad, consentir que pidan por allí mendigos, porque no divierte a un triste, cuando al alegre interrumpe, pálido el semblante de uno, llagado el de otro y triste: por lo que con el Petrarca digo

*que, cuando estoy entregado
al todo de mi pasión,
¡se me ponga un majadero
en el medio de ella y yo!*

En éste y los demás Sitios Reales, como más comprensible todo, se reconoce bien la majestad de nuestra Corte, y excediendo en mucho a todas las de Europa. Curiosos hay que, regulando los costos, aseguran y demuestran que la de Madrid sólo gasta tanto como la de París, Viena, Londres y Lisboa juntas. No es dudable; pero, acomodándose los gastos a los genios, yo quisiera más un soldado en la campaña vestido que dos mulas más en el pesebre, desnudas. Este excesivo costo de Palacio intentó moderar el cardenal Alberoni, pero sus deseos buenos tuvieron mala ejecución.

Mantiene el Rey en los Sitios Reales cuatro compañías de los dos regimientos de Guardias Españolas y Valonas por mitad, y son de a 200 hombres cada compañía, con todos sus oficiales mayores, menores y generales que sobre las armas despiden y reciben a Su Majestad con galas, plumas y marciales instrumentos, siempre que sale

al paseo en coche o a la caza sale; y a los Príncipes de la suerte misma, sin otra diferencia que el modo de batir las cajas. A los señores Infantes de uno y otro sexo reciben también y los despiden. Estas Guardias son las que guarnecen todas las oficinas, puertas, jardines y agujeros bajos, mudándose cada tres horas. La Guardia de alabarderos, que consta de 200 hombres, de cuya compañía es capitán el duque de Medinacelli, está en el descanso de la escalera, de adonde salen con licencia y adonde vuelven, haciendo allí y por allí sus centinelas.

De las tres compañías de los guardias de Corps, española, flamenca e italiana, que tienen también a 200 hombres y de quienes son capitanes el duque de Huéscar, el príncipe de Maserano y el duque de Borronvilla, hay siempre 200 de ellos de guardia en la antesala o cuerpo de guardia, con sus cadetes, exentos, sargento mayor, brigadieres, ayudantes, alférez y primeros y segundos tenientes; de adonde salen para guarnecer, cada dos horas también, el corazón y el alma de palacio, compitiendo con el día siempre en vistosas plumas, grana y plata y haciendo de la noche menosprecio al resplandor de sus armas: pues sirviendo en estas guardias de España la primera nobleza, la de Italia y la de Flandes, deberás considerarla en un todo admirable y majestuosa.

Debes en este punto saber que los Reyes, los Príncipes, los señores Infantes y las serenísimas Infantas, sin excepción de la señora doña María Antonia con doce años de edad, todos tienen guardia, casa aparte con caballeriza, coches, mesa, cocina, damas, camaristas, mayordomos, etcétera. De calidad que cada príncipe o cada infante sale con su familia cuando quiere y cuando le da la gana come, sirviéndose las viandas de todos con guardia de alabarderos y de Corps, éstos atrás y delante aquéllos. Y, aunque los Príncipes comen juntos, ambas comidas se sirven a un tiempo mismo en una misma mesa a las doce, y están con los cocineros ajustadas en quince doblones

cada una y cada día, sin los refrescos y meriendas, que tocan a la repostería. Por lo que debes conocer que son nueve cortes esta Corte sola: por cuya razón no repugna que a las cuatro referidas equivalga.

En las ocasiones que salen a caza los Reyes siguen siempre cinco coches al de Su Majestad, uno de respeto y con la familia cuatro; seis guardias de Corps delante y seis detrás, y al estribo, sin dejarlo nunca, dos exentos, dos oficiales de guardia, dos caballerizos de campo, dos guardas del coto y el cochera mayor, dos a caballo y con buenos jaeces y caballos todos; mas de tal forma corriendo, que van embistiendo a cada paso con la tierra las narices. Lo regular en el Rey es andar tres leguas en una hora; y lo más que te admira es que con caballos escogidos aún se sigue con dificultad el desbocado trote de seis mulas.

Estando en Valsáin, concurrí en una batida. Costó 5 mil 893 reales el matar dos ciervos: porque tanto costó dar de comer y pagar los batidores, que desde las seis de la mañana se entretienen en juntar la caza que ha de matar el Rey a las de la tarde. Nadie dispara, por más que vea pasar por debajo de sus piernas el venado y por encima de su cabeza el corzo: excepto en las ocasiones que por especial favor dispensa un tiro o dos Su Majestad a dos o a uno de los de su familia. Los demás vamos a ver. El Príncipe sale indefectiblemente todas las tardes a caza, —o muy terrible tarde será cuando no salga.

Cuando bajan a pasearse a los jardines los Reyes, bajan comúnmente los Príncipes y los señores Infantes de uno y otro sexo, y con cada uno sus guardias de Corps y su familia; las damas, los camaristas, los cardenales y ministros extranjeros, el Patriarca que, como capellán mayor, echa bendiciones que se quita el cuero, y otro ningún obispo las echa; los obispos, los Grandes, los Títulos, los capitanes de guardia, los generales de Ejército, los te-

nientes generales, los exentos, canónigos, consejeros, ministros, frailes, clérigos, y el príncipe tártaro también baja, legítimo heredero de aquel imperio dilatado, que, por varia historia así como por acasos de la guerra, con el duque de la Mirandula, el príncipe Nasau y el duque de Hormon, viven aquí retirados y comen la sopa aquí. Todo lo he visto, la primera vez con gusto, con enfado la segunda y con desesperación otras infinitas: pues, aunque mira todo el pretendiente, no todo con apetencia lo mira. Y en fin concurren al paseo la caterva magna de confusos pretendientes que en una tan vasta monarquía, y tan delgado el despacho, es inmensísima; y hacen, imitando con risa y llanto las lágrimas y la risa de la aurora, variable el día, pero el espectáculo admirable. Adonde con gran gusto reparé y reparan todos que aquellos héroes, antorchas de la admiración para quienes, por ser estrecho campo los márgenes del mundo, estrecha el gacetero sus márgenes, están haciendo allí tan poca luz, como hace un miserable en su fogón. El Inquisidor General también asiste: aquel monstruo de la admiración y de tu miedo, a quien estás imaginando tiburón de dos carreras de dientes, siendo las más veces un cleriguito como don Matías Timudo o, como don Gonzalo, un clerizante.

A muy pocos pasos los Príncipes se cubren (supongo que sabrás que los guardias lo están siempre) y toda la demás peinada compañía queda, amigo, con la calva al aire: porque esto de cubrirse los Grandes delante del Rey tiene sus anotaciones: no es cuando ellos quieren, sino cuando el ceremonial lo dispone. Dase una vuelta a dos calles y a cuatro fuentes dos vueltas, y por cansados los Reyes o por no cansarse, en un carro singular se asientan; la Princesa en otro igual y las dos camareras de Su Majestad y de S. A. en otro. Este, de seis lacayos con la librea del Rey, va por detrás empujando; y de doce volantes riquísimamente vestidos y filial memoria del rey de las Dos Sicilias aquéllos. En cuyo tiempo que el Príncipe y los señores Infantes toman otra calle y se

despiden, los embajadores *summissa voce* lo hacen. Otros se van al disimulo quedando y otros, o todos los demás, que ni son como todos ni son otros, se introducen o se enzarzan entre espinas o entre rosas, entre Caribdis y Scilas, entre damas y viudas como damas pretendientes, o entre camaristas y damas; porque entre el cielo y la tierra, entre desdichas y felicidades, hay estrellas, hay peligros, hay signos alegres y rayos, hay para el dichoso rosas y para el desgraciado espinas.

El Escorial, convento de padres jerónimos, queda a las faldas de una sierra cuyas quebradas, a más de sumamente ventoso, hacen aquel sitio más arriba de lo sumo destemplado. Es un conjunto formidable y es un lleno de todo, a todas luces majestuoso: porque el templo es grande, con perfecta arquitectura, y el convento un conventazo singular, con diez y seis claustros iguales, que cuatrocientos frailes ocupan, que beben por dos cada uno, comen por cuatro y trabajan por ninguno; y otro muy mayor, que a la iglesia entra y a la sacristía sale. Ambos edificios, por todos sus poros y coyunturas ocultas y manifiestas, son de cantería. Hay mucha plata, y alguna bien batida: treinta y seis ciriales vi colgados yo, como milagros de cera en Candelaria y Las Nieves. Hay singulares pinturas originales y muchas, del Ticiano, de Jordán, de Angelo y de otros pintores de igual fama. Hay muchas piedras preciosas, ornamentos de gran costo, lámparas a costales y candeleros a sacos: y en conclusión hay una gran cantidad de reliquias grandes.

Este todo es sin reparo perfecto; pero, dividido en partes, la imaginación se arrastra, o a lo menos cayó la mía en el suelo. Porque la piedra de que el templo está erigido y el convento fabricado, sobre ser ella en sí basta y estar como con un podón labrada, es cada piedra del tamaño que la cantera la dio y, por gracia de pincel en aquel tiempo, entre canto y canto hay una cinta de cal de dos dedos de ancho, como las casas de Gomera en Gara-

chico. No tienen aquella unión de las de Salazar en La Laguna (no hay fachada que iguale a ésta en Madrid). Para el templo de Salomón soltaba la pedrera como eran menester las piedras: parece que también allí quisieron hacer preciso el milagro, e hicieron defectuoso el edificio.

Cuentan las viejas del XVI siglo que, viniendo un hinchado portugués a ver este monasterio, asombrado en la fachada dijo: —*Volta, cocheiro, nao tenho mais que ver.* Con esta ponderación los dientes y las muelas me nacieron, y ya están caídos cuando sé que ni fue portuguesada, ni ponderación, ni más que cuento de vieja fue. Porque, fuera de ocho bastísimas columnas, gruesísimas y construidas de rebanadas de canto, como suelen en La Palma hacer traperas, con que la puerta principal se esconde, a más de no ser vista de nadie (porque no hay que pasar por allí), ninguna migajita de columna, pedestal, basa, cornisa ni otro algún adorno verán, de cuantos hay con que la arquitectura embelesa, en una fachada que tiene 300 pies por un frente y 500 por el otro, sino una gran cantidad de ventanitas de frailes, precisas en un clima sumamente rudo y en un convento de religiosos precisas.

Las esmeraldas, diamantes, perlas y rubíes son muchas y de gran valor; pero, a más de estar en oro los diamantes y que no es brillante ninguno (aunque no se practicaban entonces) y las esmeraldas en plata, parece que aquellas piedras las montaron Eufemio Machado en Santa Cruz o Sebastián Romero en La Palma. En frontales hay perlas, en casullas diamantes, esmeraldas en ternos y esmeraldas, diamantes y perlas en todo: mas no sé con qué necia aprehensión lo que no es de moda descalabra. El más rico aderezo de diamantes en tiempo de los godos hecho, no hayas miedo que lo ponga alguna dama, si es modista; y una esclavitud de perlas falsas usa de ella con desembarazo la más alta: a la Princesa se la he visto yo. En La Palma hay un terno de terciopelo carmesí bordado de hilo de oro, el cual debajo de palio cuando faltan lluvias,

lo sacan en procesión (y en mi sentir, porque lo sacan no llueve). Y no te rías tú de los palmeros, que otro tal tenéis vosotros en el Puerto y dicen los padres de San Francisco que lo tienen, que el sacerdote Simeón bautizó con él al patriarca Abrahán. Así se me figuran los del Escorial: bellísimos todos para irles quitando las piedras, como don Esteban Matías y don Melchor Prieto hicieron con las perlas del paño del Entierro de Cristo en Garachico.

La parte que de este conjunto formidable cuerpo hace el palacio tiene las mismas (o con muy poca diferencia) religiosas ventanillas que el convento; y no como las del Maestro Inquisidor Alencastre que miran sobre el Rocío, si perlas no que el alba ríe, azucenas de azabache sí, que de Niger o de Etiopía más que diamantes del Brasil se aprecian. Y las escaleras tan estrechas son que, a no estar oscuras por lo que alumbran los tontillos, ninguna dama se atrevería a subir con luz por ellas: faltóles lo que a la principal del convento sobra. Esta es bellísima escalera y bellísimamente está pintada en ella la bellísima batalla de San Quintín, en cuyo día votó Felipe II este monasterio. Por lo que respondió un francés, discretamente picado, a unos de sus religiosos que sin malicia, mostrándole grandezas del pincel, le engrandecía la batalla: —Muy grande miedo hubo de tener el Rey, pues tan grande voto hizo. ¡Hermoso despique en opresión tan fea! Alábole la ocurrencia; y también admiro, si tradición apócrifa no miente, el que sin habla se hubiera quedado el Padre, porque para fraile es mucho.

Entre las pinturas de este claustro principal está el demonio tentando a Cristo nuestro bien en el desierto: y nada me arrebató más la consideración que ver al diablo con el hábito, o cosa como hábito de San Francisco pintado. Búsquelo el que no quisiera creermelo, y lo hallará pegado a la puerta de la sacristía. Aceché con gran cuidado, por ver si tenía también patas de gallo; pero no se les

descubren, porque, como fraile grave de mi tierra, tenía su tercia de buriel con vanidades de falta de tisú arrastrando. De que inferirás prudente, o que supo el diablo que para venir faltaban 13 siglos, o que Jordán supo que era el hábito de San Francisco el traje más común con que el demonio se aparece. Todo el mundo es país igual y en el mundo todo hay topos y linceos, hombres advertidos y necios. Sin embargo, su pedazo de dificultad tiene el pintar de pie derecho al diablo, porque con el hábito de mi Seráfico Padre es desvergüenza; y con cuernos, boca rebañada y rabo, bobería. Atiende a lo que sucedió a Murillo, que me viene aquí pintado.

Intentó copiar este célebre pintor una imagen de Nuestra Señora según y como allá en su idea la tenía, hermosa. Erró los golpes muchas veces y arrojó el pincel, corrido. Dejó vergonzoso a Roma y fue a su casa, forastero de 13 años, adonde halló una hija suya de quince, que llenaba en todo su imaginación. Trasladó al lienzo su hermosura, y acertó en un todo con la copia que deseaba. Así yo, ni más ni menos, si hubiera de tirar líneas del diablo, como Murillo, retrataría a Juanica mi hija que, con cuatro años de edad, es un bellísimo diablillo; o a Belica mi hermana que, con sesenta más, ha sido siempre para mí la más segura idea de ese espíritu infernal.

Y ves, con todo este asayo, santísimo conocimiento, ha de ser abuela de mi hija si se queda sin hermanos, escogiendo yo en sus nietos el que más diablete fuere: porque no quiero angélico al que me representare, que yo no mido por las ajenas mis acciones, ni de aquellos actos que políticamente con mi almohada resuelvo hay poder humano que me hile, ni respeto alguno que me tuerza. Mi casa es muy distinta de mi queja, y mi razón no la medí jamás por la sinrazón ajena: si no, sería el dejarla perder, infamia. Ocasiones he tenido yo de sobra. Y, caso de que no hubiera Hoyos buenos agarrara de los medio malos: porque en buena filosofía mejor es algo

que nada. Y cuando aun de estos centauros no hubiera, sería el legítimo caso entonces de poder vender la carne humana sin afrenta, —nueva mina de plata descubierta en nuestros tiempos por don Gaspar Rafael y por mi tía doña Beatriz. Y por esta mi terquedad impertinente tengo la amistad y el parentesco detenidos con el decano de Sevilla: porque no haber dado a Nicolás de Nicolás, flor que de justicia le tocaba, era y fue faltar no sólo a la política prudente, sino también a la más hidalga caridad que enciende la más altiva consideración. De cuyo delito me acuso yo mismo y a Esteban mi cuñado acuso, si bien envuelto el mío en las mantillas de un ciego fraternal amor que desde la cuna camina y más allá del sepulcro (si se puede) mantendré. Nadie debe confesar que otro alguno es más que él, y hay acciones en ellas mismas que, si no lo confiesan, dan para presumirlo margen.

El panteón, obra moderna y por eso a la última perfección, es de pórfido, ágata y jaspero todo, éste fino más que todos, o todos a cuál más fino. Pero tan finas las juntas, que me confundía buscarlas; y tan bien como en cristales, en las piedras, sin embarazo de las juntas, espejeaba mi cuidado.

Admirando la Reina el todo peregrino de esta parte de su todo, discreta, amante y religiosa puso con la punta de una tijera su augusto nombre en la urna que servirá de nube a su piedad y de nuestra lealtad será memoria. Bien se deja conocer que sabe su Majestad que es mortal. Antígono y Alejandro lo ignoraban, porque el poder sin mucha luz de razón no lo conoce; y el amor con que nos mira confesó también, adelantando a nuestra veneración el ánimo de perpetuar sus cenizas con nosotros.

En este panteón, y mirando de Luis primero la urna, medité que había de preferir a la de Felipe V nuestro amantísimo monarca a quien Dios guarde muchos años y que, siendo padre suyo y de la misma monarquía rey,

a los pocos curiosos en la historia les será de confusión de aquí a dos siglos esta preferencia, con muy pocos ejemplares en el mundo.

La escalera por adonde se baja a este sepulcro me gustó. Los balaustres, los cajones, el enlosado, el cielo y las paredes están de la misma piedra, iguales, y sólo de bronce dorado son las argollas, los goznes, las cornisas y las demás precisas abrazaderas para la seguridad de la obra. Y como en medio de este salón, que tendrá 50 pies de largo y de ancho 30, hay una araña de ocho luces, parece a los resplandores de éstas o que en una bóveda de luz estamos, o que todo el panteón es luz.

Sobre de la mano izquierda hay una pequeña puerta que a un seminario o corralito sale, a el que llaman el Pudridero, porque allí se entierran las personas reales que a coronarse no llegaron y se depositan éstas, hasta que, consumiendo el aire y desecando el mal olor y la carne, empujados huesos o canillas sin pellejo se entran dentro del panteón, al cajón que le corresponde. Contaré cómo se entierran y embalsaman las personas reales, visto este acto en doña Mariana de Neuburg viuda de Carlos segundo, que falleció en Alcalá; y verás lo que embalsamar se llama, porque tú (como creía yo) estarás pensando que en algún tonel de bálsamo se meten estos cuerpos. Y, aunque en triste y mala coyuntura lo habrás oído explicar a un exagerativo amigo nuestro, puede ser que, a sombras de las distancias, le haya llegado la noticia obscura y consiguientemente tomádola tú sin luz.

Cadáver ya Su Majestad, la colgó como un carnero y la abrió un cirujano; quitó las tripas y todo lo demás menudo que en aquella parte tenemos, lo que en el seminario más inmediato se entierra, el corazón y los sesos, lo que, en una cajita aforrada en rica tela y con mediana pompa, se vino a sepultar a las Descalzas Reales. Vacío el hueco que ocupaban tripas, hígado, corazón, etc., se

llenó de sal, como asimismo el hueco que los sesos ocupaban. Después en las piernas, muslos y partes adonde carne hay se abre con una navaja y como quien sala carne para embarrillar, se sala. En las manos, en la cara y el pescuezo, partes que a la vista quedan, con delicadeza se corta, en cuyas cisuras se echan unos polvos aromáticos. Si éstos tienen bálsamo, buen provecho que le hagan; mas si no lo tienen, en otra parte *nequaquam*. Nada más que esto es embalsamar, y así me lo narró el mismo anatómico, cirujano y don Gregorio de Córdova, descendiente del Gran Capitán, que lo es en el regimiento de guardias, y estaba de guardia entonces. Tú pensabas que esta obra de embalsamar sólo en la Arabia se pudiera hacer: y ya quedarás desengañado, que mejor que en Constantinopla se podrán embalsamar Moreto en Canaria, y en Lanzarote el Santo.

Así se metió en un cajón el cuerpo y se cubrió con un paño de tisú. Salió el entierro para El Escorial, cuyo cadáver acompaña toda la grandeza y muchísima cantidad de frailes y de clérigos por obligación, como de mirones muchos, por curiosidad. Aquí es menester decirte dos cositas que con el dentro y fuera de Madrid tienen conexión.

Una es que, llegando el cuerpo a la puerta de la iglesia, embarazó el prior y sus religiosos con imprudencia demasiada y con ingratitud irreverente el que entrara dentro: porque ya los litereros habían tomado el paño que cubría el cuerpo, en suposición de que les tocaba a ellos. No fue ésta la primera vez que cerraron SS. PP. las puertas a la Majestad. Cuando Felipe V se retiró de esta Corte, por haber entrado el Archiduque en ella, llegó a las oraciones con la Reina a este monasterio, fabricado por Felipe II con tanta magnitud, con tantos privilegios y con riqueza tanta: y halló Su Majestad las puertas con trancas y cadenados cerradas. Lo que en este atentado escandaloso pasó no puedo yo contar, que me falta para referirlo la paciencia y me sobra la lealtad.

Gritando los Padres demasiadamente descompuestos y resueltos a no recibir el cuerpo sin el paño, se obligó el duque de César, caballerizo mayor de la Majestad difunta, a darle veinte y cinco doblones por su falta, debajo de cuyo contrato entró. Esta prudencia es admirable: pero el que siempre es prudente muchas veces parecerá cobarde. No tuvo tanta don Josef de Almendaris, marqués de Casa Fuerte, Virrey en el Perú, con cuya resolución, y muriendo siete frailes además de nueve heridos en la primera descarga, excusaron la segunda, quedaron contenidos por entonces y lo estarán para siempre.

La otra cosita es haberse publicado el luto de esta reina por seis meses, los tres rigurosos y llevaderos los tres. El infante don Carlos de Portugal murió estando en Lisboa yo; el duque de Berri estando yo en París y, estando en Londres, la duquesa viuda de Hanover. Todas tres Cortes se vistieron tan de luto, que parecían los hombres en las calles átomos de hollín, y bandadas de grajas las mujeres. Pues aquí, gracias a Dios, señor mío, esperando yo lo mismo, te aseguro como amigo que no le hallé en las calles novedad. Lo que había andaba en coche. Y si en mí no hubiera sido la precisión de seguir la Corte a Valsaín, no obstante el parentesco, con una casaca parda y un gallardete negro en el sombrero hubiera manifestado (con muchos) el dolor. Hice mi luto riguroso en fin, y vi en la Corte que muchos se acomodaron con las casacas que tenían, sin otra señal de luto que ser negras; y de las señoras muchas, con el embuste de un hábito, que en alguna es devoción y en todas las demás, atajos de la vanidad.

Entre la plata mucha que te llevo dicho que hay está una estatua de Carlos V a caballo, que pesa siete arrobas, y de San Lorenzo una escultura en pie, que diez y ocho pesa. Esta está en la iglesia, en la librería aquélla; y también en resta de muy pocos cuerpos hay pintado en una lámina uno, que nada más que una tercia tiene; pero está la calavera suya, que del tamaño de una avellana regular es.

De su mismo bulto vi yo, y tú lo viste también, otra en el rosarión de cierto amigo de pocos, con que pretendía engañar a Dios, ya que a los hombres no podía. Díjonos el fraile a cuyo cuidado están los bien descuidados libros, que este enano de la calavera y el retrato habían sido en tiempo de San Ambrosio.

Hay también diferentes monedas, entre otras diferentes antigüedades: unas de tiempo de Augusto, otras del Vespasiano; y una también hay de las treinta con que, vendiendo la inocencia, compró nuestras felicidades el hombre más infeliz. Yo (pues sabes mi necia curiosidad) le pregunté a su Rma. que de adónde constaba todo aquello. Respondióme que de la tradición. Esta mal entendida tradición en muchos es el aldabón de que mal se agarran todos en sus infortunios. *Traditio est, nihil amplius*: doctrina es ésta de San Juan Crisóstomo, y la mayor prueba también de que el padre Henao se vale para justificar la aparición milagrosa de Nuestra Señora de Guadalupe en el reino de México; esta misma don Luis Antonio para los milagros en las paredes de Loreto; y don Francisco Eraso con ella, en su *Población de España*, confirma que fue Setúbal su primer poblador, con el cairelillo de *eadem vero fidedigna putamus*. Todos los que lo supieren sabrán que es del Crisóstomo aquella doctrina, en el 4 tom. *Epist. 2 Th.*, fol 1270; mas ellos todos callan (porque les conviene) que, exponiendo el Santo Doctor a San Pablo, cuando dice: *Itaque, fratres, state et tenete traditiones quas didicistis sive per sermonem, sive per epistolam nostram*, nos da y enseña esta doctrina. Y es buena sencillez, si malicia *aliquando* no es, querernos igualar las tradiciones apostólicas, *sive per sermonem, sive per epistolam*, con las de Pedro de Malas, con las de los indios, los guanches, los frailes ignorantes y las beatas mentecatas: éstas son o deben ser cautela de la discreción, y aquéllas son y serán siempre de fe, cuando en lo moral vienen sin contradicción tiradas desde aquellos tiempos y aunque sin texto que las apadrine sean (*2 ad Th.*, 2, 14).

Hícele otras tres o cuatro preguntitas a mi modo, y como siempre respondía lo mismo (que era lo mismo para mí que nada), le volví la espalda, asegurando acá en mi consulado que no debiera comprar bula el Padre.

Hay dos grandes relicarios en la iglesia, con muchas memorias venerables, de Cristo Nuestro Señor, de su Santísima Madre, de los apóstoles, mártires, vírgenes, etcétera. De San Pablo hay unas gotas de sangre en una redoma de cristal, que parecen pedacitos de tosca del tamaño de garbanzos.

En el Cebrero, montañas que dividen a Galicia de Castilla, hay otras gotas, conversión de unas Formas consagradas, que por día señalado asientan los Padres Benitos que las adoran en aquella iglesia, en que se liquidan, y las vimos, mi mujer y nuestra familia toda —favor debido al Provincial, que en aquella ocasión se hallaba allí.

En Mons me detuve siete días, sólo por ver en la iglesia de unas canonesas (bellísimas estrellas que iluminan aquel coro con ejecutorias de nobleza y voto de castidad conyugal) otras gotas de las vertidas para nuestra redención; y, aunque en el día que se manifestaron y yo vi a mi satisfacción asentaba el concurso de flamencos que estaba la sangre líquida y que hervía, yo no vi ni uno ni otro: pedacitos de tosca, como en el Cebrero, como en Segovia, en El Escorial, en la Encarnación (convento de religiosas en esta Villa) y como en todas partes adonde estas reliquias se veneran, solamente vi. Y asiento que me acomodo más a creer la ceguedad mía (apócrifa luz en los demás), que prodigio semejante en todas partes repetido y en día señalado siempre, y siempre sin necesidad: porque es contra doctrina de San Pablo, sin que para maldita cosa te valga, decir que Dios sabe la necesidad, porque eso mismo pudo Timoteo haberle respondido al Apóstol. Con la sangre de San Pantaleón en esta Corte me sucedió lo mismo que en Mons. Y con los mismos bulliciosos líquidos carmines verás en todos los años oprimir las

gacetas en la octava de San Genaro, patrón de Nápoles: duplicado prodigio entre italianos, adonde muchos maliciosamente piensan que adoran a Dios allí cuatrino, que es un punto más que trino.

Y no te escandalice ver que no asiento firme yo en un milagro que de letra redonda corre por el mundo, apadrinado de muchísimos testigos oculares: porque contra éstos no lidia mi confusión, sino contra el no comprendido portento y contra la oculta necesidad, en tantos años siempre oculta. La piedad cristiana, dice Tilem., *Hist. Eccles.*, pág. 298 que, si no se funda sobre la verdad y conocimiento pleno, degenera en superstición. Con más de treinta testigos, como sabes tú, justificaron en El Hierro la existencia de San Borondón, y con nueve de mayor excepción está justificada la visión divina del rey don Enrique primero de Lusitania en los campos de Orique. Esta por su misma Academia está convencida ya de falsa; y aquélla siempre fue y será siempre engaño que hacen las nubes, para mí. Los mayores hombres, por más doctos y por más santos que sean, pueden padecer engaños: por lo que el doctísimo Cano, como puedes ver en el maestro Segura. *Nor. Cri.*, Dis. 7, Fol. 211, dice: *Vix enim reperias quemquam qui non in aliquo erraverit*; y acaba la cláusula: *summi enim sunt homines tamen*. Y San Gregorio el Grande en igual asunto, hablando con Pedro su Diácono, en el L. I de sus *Dia.*, col. 241 cap. 4, tom. 3, le dice; *Quid miraris, Petre, quia fallimur qui homines sumus? Quid mirum, si ore mentientium aliquando in aliud dicimur, qui prophetae non sumus?*, etc. Y así, amigo, en cuanto oímos y vemos, si no está declarado por de fe, puede haber engaño.

Yo he preguntado a muchos amigos, naturales de Nápoles, y a otros que, sin serlo, son de mayor confianza para mí; y aseguran contestes haber visto este milagro. Pero ¿cómo? Espumándose solamente aquella sangre, cuya moción sólo sucede al ponerle la cabeza del Santo delante.

Claudio Salmacio conozco que es hereje y asiento que no le dio ningún ascenso en los *Ana, de Nap.*, lib. 3, fol. 316, dice que el cardenal de Carinac, arzobispo de aquella ciudad, intentó decir en el año de 1416 que la sangre no se liquidaba, y que hubo de perder la vida al furor de aquel populacho inquieto. Y, prosiguiendo su crítica narración, asienta que es simpatía de la sangre con la cabeza del Santo. Facilísima cosa sería examinar y desvanecer este herético consuelo de la simpatía; pero, pues no lo hacen, los maestros allá se entiende.

Opónese el Maestro Feijoo en su *Teatro crítico* a toda antipatía y simpatía y con su grande ingenio (así como Pitágoras, que sólo con el suyo grande afirmó que la nieve es negra), asienta su Rma. que «toda simpatía es causa natural oculta». Sea muy enhorabuena; mas esta oculta causa que ignoramos es la que hemos llamado siempre simpatía.

Los prodigios en la naturaleza y los milagros entre sí se confundieran, si no supiéramos los hombres que fue Dios quien esa valentía ha dado a la naturaleza. Por encima de ésta pasan muchos hombres sin la menor reflexión, sin conocer lo que es Dios o lo que naturaleza es; porque lo infinito portentoso que ya vemos manifiesto, si nos lo contaran antes, nos riéramos (con desestimación) de oírlo. Cuéntanos el Maestro Feijoo de una isla adonde no se conocía el fuego; y muy antes, Plinio, en el 6 Lib. cap. 30, hablando de varios pueblos de Etiopía, dice: *quibusdam ante Ptolomaeum Lathirum regem, Aegypto ignotus fuit usus ignium*. Y, asentando como posible esa ignorancia, te pregunto: Si en uno de esos parajes a la media noche entrara Hércules en un dormitorio de monjas, desnudo en cueros, con un hacha encendida en una mano y su maza en la otra, despertaran las monjas y lo vieran, apagara Hércules el hachón y se ausentara ¿quién a la mañana siguiente les quitaría de la cabeza que había

sido una visión de los demonios? Sólo Dios; y vele que no era sino cosa natural.

Todo una primavera estuve en la Madera yo, y no vi en mi mesa ni en el aire un ave (razón a los pájaros les sobra para huir de allí).

Pues vuelvo a preguntar: si aquellos naturales ignoraran el curso de las aves y se les dijera que giraban brutos por aquel aéreo campo y con mucha agilidad, ¿qué no dijeran? ¿Cómo puede ser?, preguntarían; ¿de qué se hacen?, ¿quién los mantiene?, es imposible. Y, por más que se lo aseguran, no hayas miedo que, sin ocurrir a un milagro, lo creerían: y vele aquí que es cosa natural. La simplicidad con que a la sombra de un candil hacen gustosamente jugando dos muchachos, y sin quererlo hacer muchas veces, un tan grande hombre como Darío o una mujer tan grande como Dido, ¿quién, antes de enseñarlo la experiencia, lo pudiera imaginar posible? Y velo ahí que los es. Feijoo, en el 8 Tom., Disc. 7, núm. 40 y 41, nos dice de un animal que se alimenta con piedras, y en esas obras mismas habla del amianto, lienzo que yo he visto, y que se lava (como la Holanda en el agua) en el fuego. Pues, ¿quién, sin el último desengaño, creyera éstos y otros infinitos asombros de la naturaleza? Yo te aseguro que nadie.

Dícenos Plinio que, cuando el grano de trigo debajo de la tierra queda con los extremos de su reventación opuestos, que él por sí mismo al tiempo de la producción se mueve para que el extremo por adonde brota la raíz quede hacia abajo, y suba el de la caña a las estrellas. Pues ¿quién en el mundo creyera que una cosa inanimada y de la tierra oprimida, por sí propia se pudiera enderezar? Pues vela ahí que puede y sin filosofía alguna, aunque Plinio lo callara, la más agreste experiencia lo conoce: porque es la naturaleza un milagro continuado en todas sus producciones. Al agua en un vaso de cristal la verás más cristalina que el agua; y si la miras con un microscopio

pio, tan llena de gusanos la verás, como está la mar de peces. A una anguila no percibirás escamas: toma el instrumento mismo, y tantas le verás como a un bocinegro; y cada una de ellas está cubierta de inmensísimos bichillos, y éstos tienen piernas, tripas, boca, dientes y venas por adonde la sangre circula como corre la suya en un camello. Este cuarto está lleno de aire, de fuego, de átomos y de cuantos efluvios crió la naturaleza: continuamente gira todo, todo su ejercicio tiene y yo nada de esto veo. Arrojas una piedra a un montón de muchas, y tu perro va y la coge, conociéndola su olfato por aquellos efluvios que en aquel brevísimo instante le comunicó, tuyos, el contacto de tu mano. Estos milagros de Naturaleza y los infinitos que Francisco Porta en su *Magia natural* nos dice y Josef Fromano nos advierte en su admirable tratado *De fascinatione*, nos previenen para que a ojos cerrados y sin examen (como las viejas, los muchachos y los tontos) no creamos cuanto vemos portentoso o milagro de Dios, o de los demonios obra, sólo porque no se sabe cómo aquesto se hace, porque es arrojó de tontos y solución de mentecatos.

Jugando una noche a las 11 en la asamblea de nuestro ilustrísimo Ruiz, olió muchísimo a tea y, aunque la familia se inquietó y a los vecinos inquietaron, nada de fuego se halló. Prosiguió el olor con demasía: levantóse el obispo, y todos nos levantamos, a los corredores y, no encontrando (con mayor cuidado) nada, dijo S. I. con aquella resolución gallarda que tenía: —Vamos, vamos a acabar el juego y, si Dios me quisiere decir algo con esto, que me lo diga más claro, que yo no lo entiendo así, ni tampoco de Dios es éste el modo de hablar. No pasó la confusión a más, porque el olor se disipó.

Atiéndeme en este caso, y quedará ligado el pensamiento. Narrando el doctísimo Mata, *Canon Sancti*, lib. 3, fol. 351, el riguroso examen con que la Iglesia en Roma procede para la canonización de los santos, dice, que, constando en las informaciones que para la de S. Juan

de Sahagún se hicieron, haber caído un niño en un pozo en ocasión que el justo varón pasaba por aquella calle, se arrojó la madre desgredada a sus pies, pidiéndole con lágrimas y con voces que le sacara de aquel peligro a su hijo; que llegó el varón al pozo y echando la bendición a las aguas, subieron hasta el brocal; que cogió de ellas el niño y se lo entregó a su madre; y que, sin embargo de estar justificado este prodigio, alegó el fiscal que cuantas aguas hay tenían flujo y reflujo y que, pudiendo ser aquel ascenso natural, no se debía declarar milagro: porque, para que lo sea, no sólo había de exceder a las fuerzas naturales, sino a las preternaturales también. Y que con efecto, después de muchos alegatos, se declaró no ser milagro. Esto mismo está apoyado en las Actas Antverpienses, en el día 12 de junio de 1706.

Pero yo no le perdono al señor Mata el darnos tan a secas la noticia, habiendo estado en el pozo tan mojada, pues es preciso que algo más diga el proceso. Porque si antes o después de aquel asombro tuvo ese poco reflujo, no nos queda duda de que pudo ser entonces el ascenso natural; pero si después ni antes usó ni usaba de esas cristalinas hinchazones, fue milagro como hay Viñas, o de las Viñas me harán dudar que estoy viviendo, como de los milagros que no dudo. Fuera de que, y a la verdad, a los ignorantes nos parece cosa mucho más que dura, querer que exceda las fuerzas preternaturales: porque ¿cómo sabremos, consultando con lo que miramos, hasta adónde llegará lo que no vemos? Hay en la América un palo que se llama quiebrahachas, el cual puesto en el agua se va al fondo y si le ponen dos clavos se suspende. Háglele aire, no le he visto, pero graves sujetos me lo han asegurado, —y con todo esto lo dudo.

En la vida de Luis XIV escrita por Doblek, secretario del rey de Dinamarca y hoy su lección prohibida, consta al folio 191, que en el año de 1689 un mudo de 26 años de mudo y de edad había cobrado de repente voz y oído;

que era un hombre de buen entendimiento y que calló el prodigio un año y nueve meses más, teniendo a todos en el engaño de pensarlo mudo, hasta que, instruido en el idioma, en la religión, costumbres morales y políticos, fue a B. L. M., al rey, primero sabedor de su silencio cauteloso, quien le mandó dar una pensión de 800 libras y lo encaminó a la Academia de las Ciencias: cuyo doctísimo cuerpo, como en las *Memorias de Trévoux* verás, conoció y declara con la misma confesión del mudo, que en nada concurrían los afectos interiores con los exteriores afectos, porque eran irreflexivas o inanimadas todas sus acciones externas, sin embargo de estar siempre vivamente ejecutadas. Repara ahora en el prodigio de restituir Naturaleza por sí sola y de repente el habla, y aun parece que el entendimiento, si damos entero crédito al mudo, que tuvo 26 años detenida. Y considera, si esto hubiera acontecido llevando en aquel día el mudo a algún santuario, ¿quién no lo juraría por milagro?

Con un hijo de Creso, último rey de Lidia, usó naturaleza de ese último espantoso rompimiento, *oblitus quod sibi fortuna dénegavit*. Dícenoslo Herodoto, repítenoslo Valerio, vemoslo en otros muchos autores y últimamente Mesa da principio a su descendencia de Santo Domingo de Guzmán con este caso. No obstante el Maestro Feijoo, en su *Teat. Crit.*, lib. 8, cap. XVII, n. 124 lo tiene por fabuloso; y es digno del mayor reparo que, cuando su profunda erudición en sus obras todas conoce y exagera (con justísima razón) los efectos de naturaleza formidables, que en este acontecimiento se los niegue, sin más prueba ni reconocimiento que su voluntad. Yo no arguyo ni definiendo: póngote las opiniones delante para que tú determines; y si la absoluta de Feijoo te persuade más que las demás doctrinas con experiencia asentadas, buen provecho que te haga. Pero ¿qué repugnancia hallarás para que las fauces de la locución, cerradas, las abra naturaleza de repente? El no hablar es impedimento contra disposiciones naturales. Pues, ¿cómo se podrá negar que

naturaleza es poderosa para quitar ese impedimento, cuando son los secretos que nos calla tantos y tan grandes, que a las iras de los pretendientes exceden y a los suspiros de una viuda que casarse quiere igualan? Yo soy tan apasionado suyo como el conde Verulamio fue. Ninguno sabe cómo liga los órganos de la voz ni cómo desatarlos puede, porque el examen que en una o mil anatomías se haya hecho no es precisa igual regla para todos, cuando pueden ser distintas causas los impedimentos.

Acompañaba al superior entendimiento de Santo Tomás de Aquino un nobilísimo candor, de que hacían juguete sus contemporáneos. Y dice autor célebre de su vida que en una ocasión le dijo un religioso amigo: —¡Mira, mira, fray Tomás, aquel buey que va volando! Y que, volviendo el Santo la cabeza para verlo, lo insultó el amigo y con gracejo le dijo: —¿Es posible que tú creas eso? Y que el santo respondió: —Sí, porque es más fácil creer que vuela un buey, que el que un religioso de Santo Domingo mienta. Pues repara ahora que, habiendo tantos mentirosos en el mundo, tuvo Santo Tomás de Aquino por más difícil mentir, que volar un buey. Yo por lo menos, si a hombre de mi confianza (pocos son) le oyere afirmar que volar lo ha visto, se lo tengo de creer, porque sólo de Dios y de naturaleza estoy resuelto a no dudar lo que parece imposible y lo que lo es; como también a lo natural que por milagro se piensa, por causa natural. Porque sé infaliblemente que Dios nos premia y nos castiga debajo de causas naturales, y son milagros entonces; como igualmente conozco que en la valentía de la naturaleza hay monstruosidades que, por ignoradas, parecen también milagros. De que se sigue que nada y más nada saben en este asunto los hombres de prudencia: los ignorantes sí lo juzgan saber todo.

Y así, que sea esa ebullición de sangre napolitana en bendito de Dios milagro, o que en buena crisis simpatía sea, yo no me embarazo. Lo que sí constantemente afirmo

con Gregorio XI es que Dios no puede ser autor de cosa mala. Miramos en ese inmenso populacho de Nápoles que es (para que mejor me entienda tu rudeza), como seis veces esta Corte, una fe inconsiderada y sencilla con que cree que, cuando la sangre del Santo se liquida, se le parece el iris de todas sus felicidades y que es un cometa de las mayores desdichas cuando congelada se queda. Ahora, pues, júntase este concurso formidable desde la víspera del Santo, para indagar (curiosos, supersticiosos y al mismo tiempo devotos) si se liquida o no la sangre; y mientras que no es próspera la noticia, hay clamores, penitencias, muertes, robos, pependencias y otra cantidad incomprensible de virtudes y de insultos que entre mucha gente junta se ocasionan. Y cuando la voz corre feliz de que ya la sangre corre, en fiestas a Baco y en sacrificios a Venus son las culpas más que antes los delitos y las penitencias fueron; y más los regocijos y peores que los juegos olímpicos y bacanales que practicaban sus abuelos.

Pues, pregunto a tu ignorancia: ¿para tantas ofensas del Todopoderoso hemos de creer que hace su poder milagros? ¡Buena necedad fuera creerlo! No hayas miedo que lo crea yo: ni me des tampoco la salida de que son altos juicios de Dios, incomprensibles a nosotros, porque ése refugio de ignorantes siempre, aunque algunas veces de hombres sabios que dejan de serlo por entonces; porque las cosas de Dios están en su divina palabra a todo fiel cristiano manifiestas y para todo hombre discreto públicas (*Act. Ap.*, cap. 15, vers. 18). Ya nos veremos sobre esto un poquito más.

Dirás también que, si no se liquida la sangre, hay muchas ofensas de Dios, y otras muchas cuando se liquida; que ¿cómo su bondad divina se podrá entender con esta estrecha determinación? Ten por cierto que no le costará mucho afán, —fuera de que yo nada contradigo ni asiento en esa popular aprehensión. Creo solamente que Dios,

como en cuanto malo hay y comete el hombre, si en eso absolutamente lo hay, concurre (como dicen los teólogos) *permissive* y que a Nápoles le sucederá lo mismo que a la docta Atenas sucedió, que fue predicar Sócrates que la deidad no podía ser multiplicable, y apedrearlo el pueblo. Dícelo Claudiano, hablando del emperador Honorio, adonde también nos da a entender que ningún gentil de los discretos y estudiosos adoraba más que un Dios: *O nimium dilecte Deo*. Y mejor Ovidio en este dístico:

*Quamvis est igitur meritis indebita nostra,
magna tamen spes est in bonitate Dei.*

Dejemos esto ya y volvamos a El Escorial, que tenemos mucho allí que hacer. Hay un pedazo de piel de San Bartolomé que sin repugnancia parece piel de mucha antigüedad. Hay un clavo de los que afirmaron nuestra redención: otro vi en San Dionisio, panteón de los reyes de Francia, otro en el santuario de Bruselas, otro en Liège, capital del electorado de Colonia; otro dice Maimbourg en su viaje de Jerusalén que puso Godofré de Bullón por bocado en el freno a su caballo cuando conquistó aquel reino, a cuya gran reliquia se atribuyeron las acciones milagrosas de aquel héroe; otro asientan muchos que hay en Roma y en fin Graveson dice que hay diez y ocho clavos con igual adoración atendidos en la cristianidad. Que con cuatro (según opinión de los franceses) o con tres (según los españoles) fuimos redimidos todos los hijos de Adán no es disputable, porque lo dice San Pablo, o es gana de buscar pleitos en las disputas que hay. Pero en cuáles los verdaderos clavos sean sí habrá muchas, porque cada uno ha de defender su clavo, y al que tuviere más razones (aunque más razón no tenga), o al que más gritare aunque no se le entienda lo que dice, me atengo, si se reduce la cuestión a votos. Y así, con relación a los que me han redimido y que instrumentos fueron de nuestra redención, todos los dieciocho con una misma igualdad adoro.

Hay tres espinas de la santísima Corona; y al instante que las vi hice memoria de aquélla que cierto amigo de todos intentó vender a Celada: y, si el contrato se hubiera fenecido y el marqués la hubiera avinculado, ¿quién, a dos siglos pasados, había de ser tan temerario que le contradijera ese tesoro a su casa? El marqués de Campollano tiene una, mayorazgo de su casa, y me tiene convidado para verla liquidar y convertir en sangre el Viernes Santo, —porque dice que lo hace en todos y volver a ser el Sábado espina. De la virtud de Campollano, que es poco menos que la tuya, no hay duda que se pueden esperar milagros.

Hay en un cuartico que está sobre de la sacristía, entre otras muchas reliquias, dos cántaras de las que sirvieron en las bodas de Caná. Serán casi de una vara de alto, hechura de jarro sin asas ni pico y de un ordinario barro que a color de rosa seca tira. Hay también allí un libro original de San Agustín: otro vi en el convento grande de su doctísima familia en París, de cuya grande biblioteca cuidaba el Padre Andrés. No le sé otro nombre, pero sé que, desestimando todos los honores de su provincia, mitras y capelos, se reducía a aquella tranquila vida, escribiendo con los últimos aplausos: en cuya biblioteca muchísimas tardes le hablé y con admiración le oía. Hablaba nuestro idioma como el suyo, éste como el italiano, y mejor que todos tres latín. El libro que allí vi era en folio, y tan mala letra tenía que parecía ser de Matos: y el que está en El Escorial es más que de a cuarta, y la letra mejor que la de Acevedo. No es contradicción absoluta, porque puede ser alguno de amanuense, si acaso había en aquel tiempo quien escribiera tan bien. Cuando se compran alhajas de mucha estimación y de mayor antigüedad, suele faltar en algunos la confianza al paso que sobra en otros la credulidad, o pasa acaso por todo para engrandecer sus intenciones.

Mostrónos el Padre y vi también un pedazo del santo Sudario: y es constante que adoran en Turín entera esta

reliquia; porque, pasando uno de los condes de la Caleta (título portugués) por aquella Corte y queriendo engrandecer la de su soberano con alguna cosa portentosa, lisonja a Su Majestad y de su peregrinación memoria, pidió a su duque (rey de Cerdeña hoy) que lo permitiera sacar una copia de aquel original; y, conseguida la gracia, llevó la copia consigo, la que colocó en las religiosas de la Madre de Dios, hijas de Santa Clara verdaderas y de cuyo monasterio es siempre confesor el provincial que de serlo acaba. Ascenso sin duda es, ser de aquel santuario confesor, adonde los Jueves Santos por la media noche se muestra y adonde a muchísima fatiga la vi yo; porque es imponderable el devoto necio populacho que a ver esta reliquia de imaginación concurre, creyendo con ignorancia culpable (y no solamente en las cercanías de Lisboa, sino también en su centro) que quien la ha visto nueve veces, sin otra diligencia asegura ya su salvación. Pues, ¡váyalo a quitar alguno de la cabeza! Sí, señor: como a los de Güímar, el que la Virgen de Candelaria no pesa más cuando va para la iglesia de la cueva que cuando para la cueva venía de la iglesia. Al venir, en cuya gruta hallaron los antiguos esta santa imagen, dicen que menos que una pluma pesa, y más que plomo cuando vuelve.

Puede ser que digas, y aun sin puede ser dirás que soy un temerario, escéptico, incrédulo, con otras semillas de éstas, que en el infructuoso campo de tu espinoso talento se producen. ¿No es así? Pues vete a espacio, que aún tiene tu ignorancia mucha tierra que correr. Pero llévate sabido desde aquí que yo digo lo que he visto, lo que veo y lo que sé, creyendo sin repugnancia lo que me manda creer la Iglesia y dejando en estas cosas misteriosas adonde no hay mandato aún, entretener mi razón con la de otros, y en ningún caso con la tuya. En el *Norte crítico* de Segura, T. 2, Dis. 8, fol. 422, desvaneciendo las cándidas opiniones del canónigo Miranda, dice: «Trabajó en vano, teniendo ya los españoles los ojos tan abiertos en materia

de historia y de crítica». Repara en aquel *ya* en aquel *tan*, si es que te hace fuerza alguna cosa a ti: porque no hay duda que hasta aquí lo que de letra redonda ven unos y lo que en el último libro que leían otros, como misterio de fe lo veneraban. Por lo que Segura en la misma parte, Disc. 7, fol. 211, dice: «Los santos en materia de historia escribieron como hombres, sin poderse prescindir de naturales alucinaciones, lapsus de memoria, de inadvertencias o descuidos». Y Quint., lib. 10 *de Inst.*, cap. 2, fol. 47: *In magnis quoque auctoribus incidunt aliqua vitiosa et inter ipsos etiam a doctis sunt mutuo reprehensa.*

Hay también 43 cabezas de las 11 mil Vírgenes: y ya tú sabes que Maimbourg, con otros muchos, nos dice la opinión moderna, que discurre no haber sido más que once las doncellas martirizadas con Ursula, princesa de la Gran Bretaña, naciendo la equivocación o formándose el engaño de haber leído los informantes que de Roma pasaron a Colonia en este número y letra inicial (XI M.) que hallaron sobre el sepulcro de la Santa, *once mil*, debiendo leer *Once Mártires*. Que, cómo habían corrido ya entre las informaciones y el martirio 280 años, sobrado tiempo para perderse la memoria, se les hace verosímil la equivocación. A cuya crítica sufraga y da valor las historias de Bretaña, en que las de Gran Bretaña contestan. Atiende a los hechos, como en las noticias consta:

«Hostigados de los francos, los bretones pidieron a Inglaterra socorro y, pasando Conan, capitán famoso, con sus tropas, dio el socorro y se apropió para sí lo que pasó a socorrer». Aquí cabe aquello de que fue por defensor y se nos comió el engodo. «En cuya posesión tranquila envié a buscar a la princesa Ursula, su contratada esposa, para coronarla señora de su nuevo estado». Y aquí podrán aprender los soberanos a no permitir armas auxiliares más poderosas que las propias: ¡cuidado con Córcega! «La que, embarcándose en Plemut corrió tormenta su bajel y naufragó en las bocas del Rin, adonde

los soldados del emperador Claudiano, no pudiendo triunfar de su honestidad, con sus doncellas las martirizaron».

Atiende ahora a los reparos de la crítica. ¿Sobre qué se ha de fundar el que llevaba 11 mil mujeres esta princesa consigo? Ni en la derrota se les hace muy de creer que fueran tantos bajeles como eran necesarios para ese transporte, a perderse en una misma parte todos: y más habiendo cien leguas de canal y entre Dover y Calés cuatro de boca no más que, pasadas, quedaban los bajeles en mar ancho, para correr sobre las costas de Escocia. Y ni tampoco es muy de presumir que en un número tan grande antes quisieran todas derramar toda su sangre a los rigores de un puñal, que una poca imaginaria a los halagos del cariño.

V. Md. discurrirá como gustase, que yo dejo correr, y por mi parte corra la noticia por su cuenta, como por la de sus autores la opinión. Pero creo que me están descuartizando y que santiguándote estás con la mano izquierda: porque contra 43 cabezas visibles y contra una santa tradición de XII siglos estoy yo cascabeleando. Y mucho más y mejor, si acaso sabes que, a pedimento de la Iglesia de México, se expidió por la Sagrada Congregación rezo particular de las XI mil vírgenes para todo el reino, en cuyas lecciones, como también en las del Breviario, constaba (y consta en la V) este martirio: *pro numero militum totidem dilectae sunt virgines omnes numero undecim millia*. Y como nuestro amigo Mesa en su grande libro *Ascen. de S. Domingo de Guz.*, que no dudo habrás sudado, se mató y nos mata en más de 120 hojas para persuadirnos que es infalible cuanto en el Breviario leemos; y con el reclamo a el núm. 347 (*nos stulti propter Christum*, huyendo de ser *stulti et tardi corde ad credendum*, que a olores tira de divina fe, no dudo que me tendrás por reo criminal *laesae Majestatis Breviarii* y por consecuencia *Mahometanus, Moriscus insulae Canariensis ad Africam unitae*. ¿No es así? ¿No lo discurre así usted?

¿No es verdad que se santigua? Pues aguarde un poco, que, aunque me detenga mucho, ha de saber que no es así como lo juzga, ni como Mesa lo persuade es.

Pues aunque tú no has de aprender cosa de provecho, siquiera por aprovechar mi tiempo, so pena de que piojos y melancolía me coman (porque es Madrid padre de aquéllos y madre de ésta), te dire en qué forma y cómo se venera lo que leemos y se reza en el Breviario: porque cuando un lego como yo habla cosas que ignoraban muchos, lo quieren quitar los ignorantes del mundo sin hacerse cargo que ni el padre maestro ni el donado, ni el de la barba larga ni el lampiño, sacan de su cholla cuanto escriben. Son como los zapateros, que toman el cordobán en una parte, la suela en otra, la horma, el hilo, etc., y ellos no ponen de su casa más que la concordia. Y para unir retazos que de este autor se copian o del otro, tan buenas manos tengo yo como José de Fuentes en Paso Alto, y tan buenos ojos como don Bernardo Ascanio en La Laguna tenían. Y si de hereje no me beatificas, porque ya me tienes miedo, por lo menos de crítico me canonizas allá en tu conciliábulo secreto; y aún para eso (que sin saber lo que dices hablas) quiero que sepas que crítico es lo mismo que juicioso. Dícelo Cicerón: *Ego tanquam criticus antiquus judicaturus sum*. Y Horacio define así la crítica: *Ars vel facultas discernendi verum a falso in rebus historicis*. Y Justo Lipsio: *Critica utilissima est et saluberrima, si modice adhibeatur et modeste*. El Maestro Cano, a quien el Maestro Segura llama «nuestro obispo de Canarias», con el padre Moyne, enemigos declarados de la crítica, lo más que dicen es (y no pueden decir más) que ha de haber medio entre la facilidad de creerlo todo y la obstinación de no creer nada. En esta obstinación colocamos nosotros a cuantos extranjeros hay, y ellos a nosotros en aquella facilidad.

Ningún católico será tan atrevido, que impugne el Breviario en general. Todos recibimos por divino lo que

en él se traslada de divinas letras. Todos veneramos y creemos lo que a doctrinas y dogmas concierne, y a morales y a la fe; la santidad de las personas que se declaran bienaventuradas; las preces, las oraciones y la forma también del rito. Ninguno impugna todo ni la mayor parte de lo histórico, que se refiere en las lecciones del segundo nocturno: esto sería un delirio. Y aun aquellos puntos de historia puramente humana en que se controvierte la verdad objetiva, los mismos autores que la dudan o la niegan, los veneran y con devoción los rezan, en tanto que la Iglesia no los manda reformar: porque en aquellos tiempos, o ya por falta de bastante examen, que se conoció después; o ya porque faltaron instrumentos que después se hallaron; o ya por materias nada esenciales para la canonización, como son la edad, el linaje, el sitio en que nació, el nombre de sus padres, sus oficios, etc., no se estrechan hasta lo sumo las averiguaciones ni se examinan después hasta lo sumo. Lo que ni sucede ni puede suceder ni queda en términos de duda, con lo substancial sobre que la beatificación se declara del sujeto, porque Dios concurre en eso. De esta forma nos lo enseña el doctísimo Jacob Echar, tom. 2 *Bib.*, pág. 834, quien después de esta doctrina ilustrada con ejemplos, concluye así: *Adeo verum est in hisce lectionum et officiorum approbationis negotiis, ubi nihil aperte redamat fama nec communis populorum abhorret sensus nec ad viri plurimum refert sanctitatem atque commendationem, non nisi leviter ista trattari fumosasque vel avorum imagines vel obsitas parum iis attendi membranas.* Y por esta doctrina y antes de ésta son inmensos los autores que disienten de muchas noticias históricas del Breviario. Oyeselo al sapientísimo Papebroquio quien, hablando de un punto de éstos (y punto grave) que abiertamente contra el Breviario niega, concluye así *In resp. ad exhib.*, art. 2, núm. 18: *Quod omnes qui nunc aliqua eruditionis laude clarent in Italia, in Germania atque potissimum in Gallia historico-critici audiosissima de actis Sylvestri et baptismo Constantini eadem mecum sentiunt.*

Yo no me empeño en que tengan o no tengan razón estos autores, porque mi ánimo es hacerte puramente que recojas vergonzoso esas admiraciones ignorantes en católico celo envueltas; pues si, a vista y consentimiento de la Iglesia universal, éstos y otros muchos niegan o dudan de noticias en el Breviario asentadas y los dejan sin castigo, es constante que tus santiguados son (con la cruz del mal ladrón) supersticiosos, y como los de la jaca negra de Acevedo tus espantos.

Y dejando autores extranjeros (porque no discurras o que son herejes o que diablos son, al oír sus nombres revesados), como también pruebas grandes que para tu idiotez no serán pruebas, combatiré tu ignorancia con casitos conocidos y con autores nada extraños. Sea el primero el linaje de Santa Catalina de Sena, que habiendo corrido por diez años en las lecciones del rezo esta cláusula: *ex Benincasia una cum Burgesia familia ex eodem stirpe proveniente*, por queja que la casa Benincasa dio se examinó a fondo la verdad y se quitó del Breviario por decreto de la Sagrada Congregación. Y, aunque nuestro amigo Mesa en el núm. 470 de su ya citado libro asienta que fue esta cláusula introducida sin autoridad en el Breviario, cualquiera conocerá sin mucha consideración que viene mal embozado este discurso. Porque, siendo constante que el año de 1631 se reformó por Urbano VIII el Breviario, y que la cláusula con mandato suyo se borró en el de 1641, no es de presumir que entre averiguaciones de tan ignorante devoción se gastaran diez años ni diez días, ni que el decreto saliera sin algún castigo a los impresores. Y si la casa no se hubiera quejado y pedido la reforma con ardor, así se hubiera quedado y hasta la fin del mundo se rezara así. Y también es claro que, si hubiera esta casa sospechado que no sería difícil el saberlo, el que la cláusula había sido intento puramente de los impresores, que contra ellos hubiera enderezado sus quejas, y le sería más fácil, más breve, menos costoso y de más aire el contradecirlo y la reforma.

El segundo es que el Breviario en el día primero de mayo hace autor de una Epístola canónica a Santiago el Menor: *unam* (dice) *scripsit Epistolam, quae de septem catholicis est*. Y el P. Eusebio Nieremberg, *De Orig. Sacr.*, lib. 11, cap. 16, 17 y 18, con Tamayo, con Diego Daza, Juan de Salazar, Francisco Bivar y otros españoles todos, asientan que fue nuestro patrón Santiago el autor de esta Epístola. Y has de notar cómo trabajan estos críticos para interpretar las Ses. 14 del Concilio Tridentino, al mismo paso que nada, para oponerse al Breviario. Dígote *españoles todos*, porque hay hombres tan desmascaradamente simples que, viendo reparos de esta casta de autores extranjeros, luego los beatifican de herejes para canonizarlos de perros, concluyendo su razonamiento con aquella mal examinada y bien recibida sentencia, de que son los españoles grandes católicos, aunque pequeños cristianos: como si la grandeza del catolicismo consistiera en la punta de la lengua solamente, en el rosario en la mano y muchas medallas al cuello. No ama a Dios sobre todas cosas, el que a cualquiera de sus mandamientos falta.

Sea tercero ejemplo el nacimiento ilustre de nuestro gran Padre Santo Domingo de Guzmán; pues, rezándose en su día y en el Breviario esta cláusula: *ex nobilissima Guzmanorum familia*, en la célebre y en todo grande obra de Bollando, que hoy prosiguen los Padres Cuperius, Solerio y Bosquío, en el tom. I de agosto, año 1733, dicen: *Nihil certi de genere S. Dominici statuimus*. Y allí mismo: *De nobili an ignobili S. Dominici stirpe non tan audacter pronuntiare audemus*; que es lo que sobra para la contradicción de lo que el Breviario asienta —como lo que basta para desahogar el pecho de lo que Jacob Echar dice de San Francisco de Borja. Cuanto más leyeres, más irás a la luz de la lección descubriendo tu ignorancia; y cuanto más vivieres estudiando, tanto más irás sabiendo que comienzas en aquel día a vivir para empezar a aprender. De la sinopsis, o compendio de las vidas de los apóstoles, patriarcas y discípulos de Cristo, que yo poco

menos que al Evangelio creía y (con infinitos autores) por obra de San Doroteo Mártir pensaba, no hay quince días que en el cardenal Bellarmino vi (Lib. *Dict. Script.*, pág. 54), y me quedé santiguando, lo contrario. Dice así, hablando de esa obra: *Non meminissem libri tan fabulosi, nisi vidissem a multis citati et non minimi fieri*. Y allí mismo: *Ipsa vero Synopsis plena est fabulis*. Siguenlo Baronio, Possevino y otros.

El cuarto sea la nobleza y sangre real de San Félix de Valois; pues, rezándose en la primera lección del 2 Nocturno: *Felix, Hugo ante dictus, ex regali Valoisiorum familia ortus*, etc.; y en la 2 y 5: *ut omnes regni, cuius successione jure legis Salicae non longe distat*. Dice don Diego del Carro, cap. 7, fol. 56, 68, en su *Dis. theol.*, que el Santo fue del estado llano y que se llamó Valois por haber nacido en un lugar de este nombre en Francia: para que cita el diccionario de Moréri.

El quinto y último ejemplo (aunque los cuatro me bastaban, si no fuera tu lengua tan mordaz) será el bautismo de Constantino el Grande, administrado por San Silvestre papa, con cuyas aguas dice el Breviario (en la 5 lección en el día 9 de noviembre) que sanó no solamente de la culpa original, sino también de la lepra: *Sed ubi Constantinus Imperator per Baptismi sacramentum sanitatem salutemque consecutus est*. Y más abajo: *Ipse baptizatus a Sancto Silvestro, a lepra mundatus est*. Lo que Mesa (libro que tendrás ya de memoria) en muchísimas hojas que desde la 288 empieza (y cuánto acaba no se sabe) comidas en su santo nombre (aunque según malas lenguas y buenas averiguaciones, en la bellísima sartén del Maestro Benítez, obispo de Zamora, fritas) persuade así y por infalible: para que cita muchísimos autores que lo creen, como cosas muchísimas también para que lo creamos nosotros, por lo que le importa.

Sin embargo, siguiendo a Eusebio Cesariense, lo contradice el Maestro Segura en su *Nor. Crit.* disc. 4, fol.

139: *Constantinus Imperator ad vitae finem baptizatus in suburbano Nicomediae*. Cuya opinión siguen muchos autores modernos y coetáneos. Y más que de todos ellos se infiere lo mismo de una carta que los Padres del Concilio Arimin celebrado el año de 359 (que fue veinte y dos después de la muerte de Constantino) escribieron al emperador Constantino su hijo, en la cual asientan el bautismo de su padre al tiempo de morir en Nicomedia. Pues ¿qué?, dice Segura; y yo por seguro me lo tengo: ¿Hemos de creer que estos Padres ignoraron una acción en el mundo tan ruidosa? Fue legado del papa en ese Concilio Vicente, obispo de Capua, quien antes lo había sido de San Silvestre en el Niceno adonde conoció y trató a Constantino, y ¿no sabía adónde y cómo fue bautizado? San Atanasio, que trae la carta a la letra (*Conc. Arim.*, tom. 2, pág. 643) y San Hilario, *infra*, col. 451, que también la trae, obispos contemporáneos ambos, ¿es posible que lo ignoraron también? San Ambrosio, que nació el año de 333 y el de 397 murió, en cuya vida gloriosa acabó la suya Constantino y se disolvió el concilio en Italia, adonde estaba el Santo, ¿lo ignoró también? Temeridad fuera presumirlo, cuando en la oración *De obitu Theodosii* a los ciudadanos de Milán, pág. 123, asienta lo mismo: *Nicomediae in suburbano baptismatis donis institutus est*. Y allí mismo, que son voces de la carta: *moriturus baptizatus est et ad vitam sibi requiem transiit*. Rufino y Teodoreto en el IV siglo, Gelasio, Focio, Sozomeno, todos siguen lo mismo, sin que jamás haya alguno habido que diga contra la carta. Y así, el señor Mesa ni tiene justicia en lo que en este punto asienta, ni en lo prolijo razón.

Acortemos más el número a las once mil Vírgenes y alarguemos la libertad de contradecir todo lo que canónico no fuere. En el Martirologio Romano de los santos, libro de más fe que las lecciones del Breviario, en el día 21 de octubre dice así: *Apud Coloniam Agrippinam natalis sanctorum Ursulae et sociarum eius, quae pro christiana religione*

et virginitatis constantia ab Hunnis interfectae martyrio vitam consummarunt et plurima earum corpora Coloniae condita fuerunt. Aquí conocerás que no hay certeza en el número de las Vírgenes. Y sabe también que en la edición del Breviario el año de 1702 se quitaron las palabras *omnes numero undecim millia*, y desde entonces corren los breviarios sin ellas.

En el mismo Martirologio Romano, a 22 de octubre, leerás: *Jerosolymis S. Mariae Salome, quae in Evangelio legitur circa Domini sepulturam sollicita.* Y también en el de Usuardo, pág. 619: *Mariae Jacobi et Mariae Salome.* Así corre, y muchos graves autores contradicen el que Salomé tuviera el nombre de María. Bellarm., lib. I *Verb. Chris.*, cap. 8 pág. 84, dice: *Neque ulla est Maria Salome in Evangeliiis.* Los Aut. de *Acta SS.*, tit. 6, dis. 25, Tul. n. 12, niegan que Salomé haya tenido el nombre de María. Y fray Juan de la Puente contra Baronio, tom. 4, cap. 227 y 228, dice: «ni tuvo otro fundamento sino la historia apócrifa de las tres hijas de Santa Ana».

Quiérote, aunque sea fuera de mi asunto, contar en oro (por si la ignoras acaso) esta historia: por honor de la Santa, patrona de nuestro lugar de Garachico; porque se llamó Ana mi madre; y por memoria de la novena de «Juaquiniana» que rezaba el vicario Milán en nuestro tiempo. En la vida de la beata Coleta, abadesa de monjas de Santa Clara en Gante que murió el año de 1477, dice Fr. Pedro de Valles, su confesor que se le apareció Santa Ana con sus tres hijas habidas de tres maridos, y haga caso usted, si le parece, de otras muchísimas revelaciones. El Padre Papebroquio, en el tom. 6 *De Fal.*, pág. 242, contradice elegantísimamente esta imaginaria visión, al mismo paso que alaba por mujer prodigiosa a esta mujer. Y yo te digo con Santa Teresa de Jesús, *Hist. ead.*, tom. 2, lib. 7, cap. 30, que a estos sujetos de tan gran virtud, faltos de sueño, de sangre, alimento, por sus ayunos, sus

disciplinas y sus continuas oraciones, les acontece muchas veces soñar mucho y soñolear siempre en lo que piensan: de que sucede, a la luz de muchos favores de Dios (y en especial mujeres), ver algunas veces como revelación lo que fue sueño, pasando a sus confesores; y si ellos con santo candor lo creen, sin menor culpa lo trasladan a la pluma y las creen los ignorantes. Tal sucedió a una de las mejores capillas de la cristiandad, y tal (por la Bubanga) hubiera sucedido a uno de mis mejores amigos, si fuera hombre que escribiera: si bien aquí fue simple credulidad, de alevosía compuesta, lo que engaño sin culpa allá en Granada fue.

En el Martirologio (vuelvo a él) a 27 de enero nos dicen: *Constantinopoli S. Ioannes Chrysostomi*, siendo cierto que era el Santo natural de Antioquía y que murió en Comana. A primero de febrero se lee: *Antioquiae S. Ignatii episcopi et martyris*: y es sin contradicción constante que este santo obispo siguió el III a San Pedro en Antioquía y que en Roma fue martirizado. Y lo mismo a 25 de agosto: *Lutetiae Parisiorum Sancti Ludovici*: y no hay esportillero en Francia, que ignore que murió en el sitio de Túnez el Santo. Pedro Anato, tom. I, lín. 4, art. 8, pág. 277, nos advierte que los escritores con indiferencia toman la cuna, la silla que ocuparon los sujetos de quien hablan o el sepulcro, por sepulcro o por cuna. Por lo que ni Santiago el Mayor murió a 25 de julio, ni San Esteban a 26 de diciembre, ni San Juan Crisóstomo a 27 de enero, ni otros muchos: como verás en Antonio Pagi, tom. 2, an. 404, pág. 77. Y así, cuanto al mejor orador oigas, cuanto de la mejor pluma leas y cuanto del pincel más sutil gustes, si repugna al paladar, a los oídos o a los ojos, suspende el juicio y pregunta a quien sin jactancioso imperio te responda: porque los errores entran en los libros a veces sin cautela y los engaños salen a los labios sin malicia. Y si con todo esto no hay bastante razón para que calles y oigas, baste la gracia de Dios, que es grande; y volvamos a El Escorial.

Hay también una cantidad de huesos, reliquias de gloriosos santos, de aquéllos en especial que en los tres siglos de la persecución y parte del cuarto se martirizaron. En estas santas venerables memorias te diré la costumbre de la Iglesia en aquellos tiempos y en éstos, para que como tonto no te rías sin saber cómo ni por qué, cuando decir oyes que de Santa Polonia se juntaron en Roma media fanega de muelas. Pues, aunque no hubo tal recudimiento, no pongo duda de que haya en la cristiandad muchas más. Atiende cómo.

Comenzaron los martirios desde que en el mundo la felicidad comenzara. Tiberio, Calígula, Domiciano y Claudio Nerón más que todos, bárbaramente arrancaban las azucenas y rosas que de la apostólica cultura se iban produciendo en los fértiles campos de la Iglesia, en cuyo «tiempo feliz» (porque así lo llama San Jerónimo, quejándose ya del suyo: ¿qué diría el Santo hoy?) daban los fieles que anhelaban al martirio en las obscuras sombras de la noche y fuera de las murallas en Roma sepultura a los martirizados dentro y fuera. Así, con más o menos rigor, pasaron el primer siglo.

Entraron en el segundo, en que Trajano, Antonio el Pío, Adriano, Aurelio, Lucio y Cómodo, menos tiranos o más indiferentes, disimulaban en las casas particulares y continuas (aunque muy ocultas) asambleas a los fieles. En este siglo se aumentó infinito la cristiandad, y a su mitad asienta Arnolfo que se abrazó en Irlanda el Evangelio. En una de estas asambleas (sigo al Ilustrísimo Bosuet en su Historia eclesiástica, tom. 2, fol. 365), el año de 119 se dio principio a la bendición del agua, y en otra, el de 140, al oficio de la Natividad de Nuestro Señor.

Llegó el III siglo, en que la Iglesia padeció más que el primero: porque Valeriano II, el II Claudio, Floriano, Heliogabalo, Probo y (peor que todos juntos) Diocleciano

no, haciendo 17 mil mártires en tres meses, apenas dar sepulcro permitían a los cadáveres, quedando sobre la tierra muchos, para ser pasto de aves y de fieras; y otros, y los huesos de éstos, a inmenso peligro, entre confusión y sombras sepultaba el miedo y la devoción cubría.

Rompió tranquilo el siglo IV y en el XIII año de este dichoso siglo se exaltó en el imperio de los romanos Constantino el Grande; quien, por la bella educación de Elena, devota y santa madre suya, dio libertad a la Iglesia, principio feliz a su dichosa carrera y a tantas desdichas fin, sin haber tropezado (como pensó mal informado S. Jerónimo) en el formidable arriano escollo. *Constantinus* (dice en el Chr. de Eus.) *extremo vitae suae tempore ab Eusebio Nicomediensi episcopo baptizatus, in Arianum dogma declinat*. Porque yo, además de lo que acabas de oírme por su bautismo, sigo inmutable a San Epifanio, *Herm.* 70, tom. I, col. 685, adonde leemos: *Revera duo maxima contribuit nobis Deus per praedictum Constantinum Dei amantissimum et semper beatissimum*. Lo que con toda luz nos hacen ver los *Auc. Act. SS.*, tom. 4, núm. 12, advirtiéndonos y demostrándonos que Eusebio Panfilo, por lisonjear a Constancio, emperador arriano, le fingió a su padre bautizado por un arriano, y que San Jerónimo lo creyó: *Sed id consequens esse Hieronymus credit*. Y lo mismo dice el Maestro Cano en el número primero, pág. 380: *Constantinum finxit Eusebius ab Eusebio Nicomediensi baptizatum*. Y, como el santo doctor estaba en la Palestina, creyó a Panfilo al abrigo de la distancia y en edad que las correspondencias no eran tan continuas. Que es lo mismo que asientan los autores citados: por lo que en el tom. 4, disc. 24, pág. 307, lo canonizan (*Sancto Constantino*).

Tranquila, pues la tierra en el año de 313, se hicieron públicas en el siguiente las asambleas y se bendijeron los sagrados vasos. En el siguiente de 315 se derribaron los ídolos y en sus altares se colocaron las imágenes de Cristo

y de sus santos. ¡Qué día tan formidable para los romanos! Acudió el pueblo con la queja a Diocleciano: mas este político monarca, desengañado del mundo, quiso más que al mundo toda su tranquilidad y el cultivo por sus propias manos de sus ensaladas. ¡Cuánto hay que reparar aquí! Un rey idólatra, un monarca que dominó todo el mundo, un príncipe que desengañado se retira y unos vasallos en fin que, por no tener rey que los escuche, hasta la religión que profesaban abandonan. Yo tengo impedimento en el alma para discurrir sobre estos puntos: moralízalos tú como quisieres.

En el año de 317 se fabricaron unos seminarios, osarios o lonjas (ya con esta voz me entenderás) a que llamaron y aún se llaman hoy catacumbas, en las cuales se recogieron y guardaron los desenterrados huesos de los mártires y mucha parte de tierra de santa sangre bañada, que en el romano distrito y por tantos años guardaron las entrañas de la tierra. Recogidas estas reliquias allí y con gran veneración miradas, no se abrieron hasta que por los años de 1090 empezó la Iglesia a ser liberal con los hombres y con ellas. Lo que claramente vemos en una epístola de San Gregorio el Grande (lib. 4 fol. 182), en la que niega S. S. a la Reina Brunequilde por los de 597 las que le mandó a pedir por su embajador, enviándole solamente un pedacito de Lignum Crucis embutido en una crucecita de oro y unas limaduras de la cadena de San Pedro en la misma cruz introducidas. Contemplaba el Santo Padre con aquella Reina por necesario su poder a las cercanías de la Gran Bretaña, país adonde S. S. empezaba, por la virtud y doctrina del Abad Augustino, a sembrar la evangélica semilla: por lo que claramente se conoce que ni se abrían ni se franqueaban las puertas, ni las reliquias a nadie, supuesto que a Brunequilde y en coyuntura semejante se negaron. Mira desde cuándo se da culto a las reliquias de los santos: porque hay plumas que maliciosamente puedan quitarle a esta veneración la antigüedad.

Pero aguarda, que de mucho más atrás te haré que veas esta estimación, y será (para mayor confusión de los opuestos) tirando de entre las tinieblas la luz y de las mayores luces el ardor. Dayllé, un ministro luterano, asienta la veneración de las reliquias de los santos desde el siglo IV y en su tratado, que intitula *La Fe fundada en la Escrit.*, part. 3, pág. 13, afirma que San Agustín, San Ambrosio, San Gregorio Nacianceno y San Jerónimo fueron los primeros que les dieron culto, por no haber entendido bien a los PP. del I, II y III siglos. ¡Buena razón! Y ¿querrá el señor Dayllé hacernos creer que él, después de XVI siglos pasados, entendió mejor a los Padres del III que San Agustín y San Ambrosio, pegaditos a ellos? ¡Linda pretensión será por cierto! Y más graciosa se nos debe hacer a todos, sabiendo que San Pablo (2 *ad Gal.*) nos enseña ser la cruz memoria del que nos amó hasta dar la vida en ella por nosotros. Y en el II siglo San Policarpo, discípulo de San Juan Evangelista, en su 3 sermón, fol. 170, nos da esta doctrina: *Reliquiae sanctorum sunt memoriae dominorum suorum (supposita dulia adoratione) ad ferventem zelum petendi a Deo ut illos possimus imitari.* Que es lo mismo que San Clemente Alejandrino enseña en su 2 lib. d. *Misc.* al fol. 108 (y es en el siglo III): *Quaelibet memoria unius sancti apostoli aut martyris nihil aliud est nisi recordatio virtutum illarum ad imitandum in ipsis.* Por cuyas doctrinas, sin otras más de aquellos siglos y que las supo Dayllé mejor que yo, nos dice el Concilio Tridentino en la 25 que no sirven las reliquias de los santos más que para recordarnos a los hombres el mérito de sus prototipos que debemos imitar, rindiendo sólo a Dios la adoración de lo que por sola su bondad inmensa han merecido.

De suerte que, si esta adoración no viene desde los Apóstoles tirada y hemos de creer que San Jerónimo lo entendió mal para que lo entienda Dayllé bien, no hay sino tener paciencia y barajar. Pero sin embargo de que corra el naipe con azar, si vieres a mi amigo el cónsul de

la Gran Bretaña, de mi parte le dirás que no crea a Dayllé poco ni mucho, porque son maliciosas sus doctrinas, no ignorando nadie ni él que la ignorancia o necedad de un individuo no tiene nada que ver con las doctrinas de la Iglesia; y que yo espero en Dios hallarle vivo y vivir también hasta hacer que me crea a mí; porque aquellas virtudes morales con que la Majestad Divina lo dotó, no sin delito creeré que fueron dadas para que, viviendo entre la mayor luz, se pierdan y con delito se apaguen.

Ya volveré a seguir la senda que pisamos: déjame decirte aquí, porque se me ha venido a la pluma, una malicia grosera de Ferrare, otro Ministro de Ruan, de quien tantas alabanzas has oído. Pero es menester antes decirte, por si acaso (como Alfaro) escupes al oír nombrar herejes que, no siendo en puntos dogmáticos, se citan sin reparo y aun se alaban sus sentencias, sus erudiciones, sus ingenios, elocuencia, etc. El Maestro Pagi en *Civ. Prol.* núm. 8 nos lo dice: *Nullus enim sua laude fraudandus: quod tam de scriptoribus orthodoxis quam de protestantibus intelligas velim.* Así lo practica el maestro Graveson, hablando de Scaliger, bellissimo calvinista: *Josephus Scaliger, vir doctrina temporum verſatissimus* (*Vit. Chris.*, pág. 319). Y el Maestro Cano (tres maestros son como seis estrellas), lib. 11, cap. 6, pág. 875: *huius generis sunt alia multa, quae et diligentissime et rectissime Erasmus refutavit.* Fue este Erasmo de Roterdán hombre doctísimo; escribió en alabanza de Enrico VIII de Inglaterra por su libro de los Sacramentos con singular doctrina y admirable erudición; pero igualmente después apadrinando los errores de Martín Lutero. Dígote esto, porque a una mano y a otra habrás oído de este hombre vituperios y alabanzas. El expurgatorio del año de 1707 lo declara *authoris damnati*; Graveson, citando al Abad Marsolier, tom. 7, pág. 98, dice que murió católico; y Pedro Luis Danés, pag. 58, asienta que *in communione catholica mortuus est, anno 1536.* Pero yo sigo el Expurgatorio, porque presumo que

no tenía religión, atendiendo a sus obras y a su genio displicente, a lo filósofo, despreciador de todo, que a la luz y a las tinieblas daba resplandor y obscuridad, mudándoles los afectos con la fecundidad de su saber.

La Iglesia romana le convidó con un capelo que desestimó, como todo: y, constando en Danés esto, no sé cómo asienta que murió católico. ¿Creyó la última noticia sin examen? Repararás (quiero dejarte en todo satisfecho y quiero hacerte el favor de presumir que lo reparas todo) en que el Expurgatorio condena por autor hereje a Erasmo sin condenar a Danés y Graveson, la opinión contraria. Respondo que en el mar inmenso de libros y de papeles que hay, ni puede el tribunal examinarlos todos, ni dinero hubiera en su tesorería para costos; ni es dable haber noticia de cuantas opiniones hay, ni en lo que fuere opinable entrara condenación, si están ambas opiniones bien fundadas. El tribunal vería distintas obras suyas y por ellas lo declara autor condenado; pero no quita por eso el que haya muerto arrepentido. Posible será; mas él seguía la doctrina de Platón y acabó su vida (en mi sentir) dando cordel al católico que se halló a su cabecera. Y lo propio hubiera hecho si hubiera sido luterano; y mira que lo mismo pronostico que te ha de suceder a ti, si no tratas de mudar de vida.

Don Luis de Salazar, a quien conociste en esta Corte, en las *Glo. de la Cas. de Far.*, cap. 3, pág. 37, cita a Gregorio Leti, luterano apóstata. El cardenal Baronio, citando a San Gelasio papa *in Prol.* tom. I, dice que de los libros condenados sacaría lo que encontrase útil. Y el Expurgatorio citado nos advierte que no todo lo que un sectario dice es malo, ni fuera de acierto y propósito. Pero todo esto debes entender de los libros cuya lección no está prohibida: porque para leer los condenados es menester licencia y permisión del Tribunal. Queda cerrada ya con todo esto, para esto y para todo lo que más vieres adelante, la gavetilla de tus escrúpulos, como también el

gavetón de otros celosos, necios reparadores de todo; y volvamos a Ferrare.

Lisonjeaba San Gregorio a la Reina Brunequilde, como se ve en muchas de sus epístolas. Y, como todas las crónicas francesas pintan como a Herodías a esta Reina y el martirio de San Dedié como el del Bautista y por el motivo mismo, pondera aquel calvinista por adulación poco religiosa, lo que puramente fue respecto a la majestad y cuando reina sin aquellos vicios era Brunequilde. Y debiendo igualmente sin malicia conocer que en fines del VI siglo son las cartas a esta Reina, y en el año de 612 el martirio de aquel santo. Filostrofio de Capadocia, arriano, escribió la historia de la Iglesia como Ferrare los anales de Francia; y yo te digo de éste lo que Focio de aquél dice: *Ipse vero scriptor mendax est et mera vituperatione atque accusatione catholicorum* (in *Bib.*, cód. 40, col. 26). Y de éste, aquél, el otro y todos, en puntos de doctrina o historia de la Iglesia, lo que Carlos V, mirando sus alabanzas en pluma de Juan Esleidano, dijo: —¿Qué fe ni verdad puede tener este vil hombre, careciendo de verdad y de fe en la religión? (*Theat. vitae*, tomo 4, pág. 53). Pero ni tan absoluta: fue ardiente exageración de un rey católico que, ya en San Justo retirado, sólo tenía presente a Dios. Así hablan Ferrare y los suyos de Gregorio primero: porque el grande, majestuoso imperio con que mantuvo la tiara San Gregorio es el martirio de Ferrare y los que le siguen. Que Focas, un tirano, dicen dio la autoridad a la Iglesia: como si el quitarle Focas a la de Constantinopla una prerrogativa que se le había concedido en el canon 28 del Concilio Constantinopolitano V fuera dársela a Roma, que sin contradicción las tenía todas. Volvamos a tomar nuestro camino.

Enterado, pues, en el modo con que las reliquias de los mártires estuvieron hasta el IV siglo subterráneas y en las catacumbas, sin examinarse hasta el XI, ¿no me dirás cómo, y sin prodigio que ignoramos, se puede saber cuáles

sean los huesos de San Clemente, y cuáles los de San Marcelo sean? Claro está que de ningún modo lo sabemos: porque no bastará una voluntaria tradición de pocos años contra una confusión de tantos siglos.

La práctica con que reliquias tales se comenzaron a franquear en el siglo XI a los monarcas, y en éstos a cualquiera persona de merecimiento, es abrir con orden de S. S. las catacumbas, sacar un hueso más o menos grande, según el apetito del que pide o el capricho del que da, y, echando a la devoción de aquél 24 cédulas de santos, sacar una un niño, cuyo nombre se le pone a la reliquia y consta en la bula que se despacha con ella. Y vele aquí muchas muelas de Santa Polonia, sin ser quizás ni una suya; como de San Quintín muchos brazos, que habrán quedado en la tierra, o en las catacumbas estarán. Y por eso, en mi sentir (aunque en el sentir de grandes hombres no), veneramos tres brazos de San Juan Bautista enteros: uno está en Siena, otro en Malta y en Roma el otro, todos tres autorizados con sus bulas pontificias, con declaración de la Rota y con cuantas puede dar ejecutorias la devoción y el cuidado.

Nuestros abuelos colocaron en la iglesia de San Miguel de Tzacorte una arquilla de reliquias que van con su bula ya para V siglos caminando. Hay entre ellas un pedazo de casco de San Esteban y una canilla de San Jerónimo. Y, aunque mis parientes me desuelen y aunque mi primo don Pedro de Sotomayor saque la daga que heredó de mi tío y mi padrino, sepan que tanto la canilla como el casco fueron bautismos de una feliz suerte. Pues, ¿qué? ¿Te parece a ti que no hay más que creer sin reflexión ni conocimiento esos prodigios? ¿Quién guardó, de ese primer mártir de la Iglesia, ese pedazo de casco? Aun para alzarlo del suelo (si hubo piedra que lo desunió del todo) entre tanta tiranía y entre el temor que ocasiona un pueblo bárbaro inquieto, se había de mirar muy bien el que lo intentara. ¿Quién a San Jerónimo, que murió

en la Palestina, sin tormento le quebró las piernas para repartirlas en pedazos? En orden a eso, nada más con seguridad se sabe sino que, retirado de Roma y del Papa Eugenio poco satisfecho, defendió con su pluma singular los errores introducidos en la Iglesia. Y advierte aquí cómo no es incompatible estar con la Iglesia bien y con la cabeza de ella mal. Y así, amigo, en que son reliquias de santos mártires las que están en Tazacorte, no te quede duda: pero la canilla de San Jerónimo, como mía, y como tuyo el casco de San Esteban.

Entre estas reliquias había un Lignum Crucis, que reservaron en la colocación mis mayores. Pasó de mano en mano a las de mi abuela doña María, de las suyas a las de mi padre y de éstas a las mías. Y porque yo le dije a la Marquesa que mi señora y mi prima doña Andrea le tenía tanta devoción, que en las horas que avisaba a su cuidado la luz de la fecundidad, primero enviaba por esta cruz a mi casa, que por Lucina y Paula Bautista al lugar, me hizo mandar por ella a Tenerife: la trajo Franqui, y al cuello le veneró mientras no salió Juanica a luz. Yo creo que es cruz y que está embutida en oro: pero para creer que es pedazo de la Santísima en que Cristo nuestro bien me redimió, aún me falta mucho.

Valsaín es un lugarejo en las faldas de una sierra [que] porfía entre ser pelada o estar calva; de cuya parroquia es San Ildefonso y adonde tenían una granja los padres jerónimos de Segovia. Vele aquí este sitio, ya conocido por tres nombres: Granja, San Ildefonso y Valsaín, si bien el Rey en sus despachos sólo del segundo usa, y con indiferencia los demás. Cazando Su Majestad por estas sierras, le gustó la soledad y del aire la adulación le hizo gustar. Ardieron con el poder las llamas del apetito y van abrasados ya diez y seis millones en quince años de continuado trabajo, faltando (a cómputo discreto) otros diez y seis para fenecer el todo de esta obra singular. Pero en mi juicio malo dudo que se acabe y temo en otros dos

quince la mayor parte de su destrucción: porque (sin los muchos acontecimientos del tiempo, universal heredero de cuanto hay), es el clima demasiadamente frío y está el jardín sobre riscos rotos y peñascos sin romper formado. Por cuya razón los árboles que han venido de París, de Escocia y de Holanda, aunque están mimosamente atendidos, no llegan a ser árboles aún. Sus troncos (y en ellos las hormigas) dicen que tierra que sus propios hijos y en toda su libertad no los puede criar robustos, mal criará (y oprimida con inmensa cañería de hierro que la cruzan) los ajenos. Piedra sobra y tierra falta en Valsaín. Nada hay allí, que arte y trabajo no sea, y nada más hay que el jardín. Noventa y seis agricultores y catorce fontaneros lo están cultivando siempre, para que parezca en julio, primavera, so pena de ser en mayo y abril, otoño. No se puede quejar Flora del cuidado: nosotros sí nos quejamos de Flora. Tiene el Príncipe en la Casa del Campo su divertimento y su amor puesto. Y por más benigno el aire; por muy pegada a esta Corte; por bañar sus muros Manzanares, y otros pores no menos considerables, con muchísimo costo menos fuera para S. A. y para todos muchos más: cuyas razones atendidas son disculpa de mi sinrazón imaginada. Pero en tanto que el orbe da esa vuelta, quiero que sepas que están aquellas obras singulares, aún en el modo que hoy están.

El jardín es grande: aun a don Cristóbal de Aguiar sin fatiga cansaría. Las calles son hermosas; los cuadros, ya de flores, ya de frutos, admirables; las estatuas son muchas; las figuras, los vasos y hasta los asientos (que no son pocos) son de mármol, y perfectísimo todo. Está Némesis, el velo se distingue bien y por él se admira su hermosura más. Siempre Atenas la pintó vendada, porque siempre a oscuras en el Aerópago oía; mas no sé Lisipo, aquí, con qué impulso vergonzoso hizo al cendal milagro del buril, para que por él se viera retozando la risa a la deidad. Pero la mayor admiración está en las fuentes. Hay fenecidas 32 y le faltan doce para llenar la idea el

arquitecto: 600 mil pesos costará la de los Baños de Diana. Si tú lo crees, no harás muy mal, pero yo no hiciera bien y, en el caso de que tanto costo tenga, por lo que éste enfada y porque no me gusta ella, no te la quiero pintar.

Tiene el jardín una plazuela ochavada en medio, a la que fenecen ocho calles que con ocho fuentes empezaron su carrera, y en cada ochavo hay otra fuente: y en el centro de la plaza está una basa, piramidal funesta de la tierra que al cielo se encamina, manteniendo un sátiro que arrojarse aún más arriba pretende: aleve robador de Siques bella quien, con los brazos inquieta y con el semblante esquiva, su congoja expresa y al alivio de sus males el pecho más tirano se convida. De suerte que, arrimado al pie de esta compasión de mármol, verás diez y seis fuentes a un tiempo, ocho en los extremos de las calles, y dentro de la misma plaza ocho. De las cuales sólo tres te pintaré, que son las que me divierten más, dejando en los molinos papel y en todo océano margen para que otro, y con pincel más fino, te dibuje las que le gustaren a él.

La Fama. El estanque de esta fuente tiene 226 pasos de circunferencia y en el medio se nos figura por basa el Parnaso monte, fenecida la batalla de los dioses: de espaldas unos, otros de lado, cual hacia abajo y cual hacia arriba la cara, y todos de más que regular estatura; adargas, petos, morriones y otros despojos más de la contienda; y en lo más eminente de la cima está el Pegaso, entre cuyas alas un Cupido. Empiezan los cristales a correr por seis Nereidas que vierten aguas por sus tallas, así como nuestras muchachas en Icod, cuando con ellas van al barranco por ella. Estas se están bañando en el estanque los pies. Salen de más alto seis arroyos de cuajada espuma que acompañan todo el monte, subiendo exhalaciones de nieve hasta besar las plantas a Vendado, quien por una como trompeta, si cornucopia no es, arroja una flecha de cristal tan alta como la más alta torre que tú has visto:

147 pies dice el fontanero que sube. Ya tú sabes que yo no soy ponderativo y yo igualmente sé que la ponderación y la mentira tienen muy inmediato parentesco. Pues, amigo, muchas veces y con muchos me entretuve en mensurarla. No tengas duda en lo que digo, que aún es menos aquí de lo que siento. Sale este rayo de nieve del grueso de una hacha de tres libras: sube así una cuarta parte y luego en plumas de hielo (penacho hermoso de escarcha) sube hasta apagar la luz a las estrellas. Y tanto ver subir el agua admira, como bajar divierte su despeño: porque, si el aire está tranquilo, cae en arrobos de nieve cuanto en adarmes de cristal subió, y hace tal bullicio en el estanque, en el monte y en sus Gigantes difuntos, que de su inquietud gustosa forma la admiración tranquilidades; y si corre alegre el céfiro, en átomos ilustra de diamantes, o en aljófares menudos fertiliza cuanto campo descubre de esmeraldas.

Las Ranas. Tiene el estanque de esta fuente la circunferencia misma que la Fama; y en todo él, en la basa y las orillas, nadan seis monstruos marinos, cinco ninfas y sesenta y ocho ranas. Estas, con la inquietud de las aguas que el golpe de las suyas y las otras mueve, muestran y esconden la espalda, haciendo menosprecio de las ondas. La cabeza asoman siempre; pero la cola, las caderas nunca. Las ninfas y los monstruos, ocultando poca parte, la mayor del cuerpo con jactancia enseñan. Todos en fin a un mismo tiempo arrojan excreciones de hielo que, cruzando el aire con distinto curso, toda su región ocupan, haciendo en campo de turquesas tejida contradanza de diamantes.

El Canastrillo. Del juguete de estas aguas gusta mucho la Princesa; muchos de la confusión de las Ranas, y del altivo de la Fama todos. Tiene 126 pasos de circunferencia, y su mayor diversión está en la taza. Empieza por seis Nereidas vertiendo espuma por sus tallas; vierte la taza también seis desmayados arroyos; mas luego, a poca dis-

tancia y del medio del remate con que la taza se adorna salen noventa y seis voladores que, de nieve en arco formando una levantada nasa de pescar, van a caer (lágrimas de hielo) por todas las orillas del estanque. Salen de poco más arriba cuatro golpes de cristal, que dos picas de alto suben, y por el extremo un quinto, que cuatro hacia la luz de Apolo va. Toda esta helada armonía a voluntad del fontanero se juega: o brinca el golpe activo solo, o las cuatro no más danzan, o faltan las noventa y seis, o al sonido de las aguas bailan todos. Y tanto en esta fuente como en todas las demás, los átomos de fuego forman con los de cristal que el aire impele, aquel de Juno mensajero, nuncio de la tranquilidad, o aquel de Frisia o de Brabante altipotente divisa con que, engañando los ojos, hace la diversión desengañada.

Mas todas estas del arte maravillas (porque la naturaleza sólo la materia pone) no me lisonjean tanto como una cascada que, si me atendieres bien, no me dirás que me he enamorado mal, porque (¡Dios me libre!) no tengo el mismo gusto que tú. Una fiera, Andrómeda y Perseo: éste alado, hambrienta aquélla y la víctima inocente dan a esta escena principio. Corren las aguas, ya del peñasco, ya de estas figuras y ya de las que el estanque adornan, helándose unas a otras, hasta que juntas van a salir por un formidable mascarón, que por una boca formidable arroja de cristal una lengua igualmente formidable que la tuya; a quien dos Cupidos (como dos demonios a la tuya) montados sobre dos cisnes acompañan. Descienden éstas por tres gradas, sábanas de hielo sobre colchones de mármol, haciendo menosprecio de la naturaleza el nivel; y en este estanque donde estas aguas segunda vez se recogen está Venus con sus Cupidos menores y con su cisne jugando.

Vuelven a salir y bajan otros tantos escalones, siendo gasa de cristal que los cubre y los descubre a todos con igual desdén y fineza igual; en cuyo tercero estanque

distintas ninfas y otras figuras se están alegremente bañando. Descienden otros tantos con la misma sutil máscara delicada de Cambrai y van a otro estanque tan largo como los tres: océano de afable tempestad, adonde está Neptuno, el carro de cuatro caballos tirado y caballo, carro, cochero y Neptuno, todos de estatura regular. Y como estas figuras todas, muchos golpes de agua en el medio levantados y las muchas que guarnecen los estanques vierten asombros de nieve con distinto curso que juguetes muy distintos forman, comprende este conjunto formidable de cristales solo, toda la confusión de las Ranas, de la Fama la altivez y del Canastrillo los juguetes. Si no fuere el Sitio por esta parte pendiente, nada pudiera ser de todo esto.

Pero ya habrás visto aquí que en no corriendo las fuentes quedamos a muy buenas noches. Queda el jardín como Candelaria después del día de S. Blas: porque para ver estatuas, troncos llenos de hormigas, mármoles y mascarones basta una vez, sobran dos y enfadan tres. Si bien la Princesa todas las más de las tardes, si no todas, baja a pasearse, a cuya presencia alegre la tranquilidad se mueve de las aguas y todos los corazones de sus inquietos vasallos tranquilamente se inquietan, dudando la admiración, los ojos y la lealtad si baja por aquietarnos, o si por fertilizar las flores baja: porque mejor que las fuentes su planta hermosa produce a contactos de nieve flores blancas y azules.

De mi casa en Icod o de la de mi mujer en Argeriz sólo te podré decir lo que Maruca mi hermana cuando tenía cinco años contaba:

*Mi casa y mi fogón
cien libras de oro son.*

Como Segovia queda a dos leguas de la Granja y desde allí se ven sus torres, me despertaron la memoria aquellos

doblones de cordoncillo que produce, tras de que se van los ojos; aquella puente aplaudida sobre que camina la curiosidad llagada; su Alcázar celebrado y en fin aquel paño célebre de que los padres agustinos, columpeando la cabeza y arrastrando el rabo, hacen la castidad escrupulosa y apetecible la pobreza. Con cuyas cuatro aprehensiones pasé a verla y a desengañarte de ellas voy ahora.

Es Segovia una arruinada Corte, como Garachico; un aldeón como Icod, igualmente mal vestido; un pueblo sobre montes y calzadas, como Los Realejos, Icod y Garachico juntos. Tiene cuatro casas tituladas y habrá como quince nobles, aunque en las más de ellas la antigüedad se ve en la ropa y lo ilustre sólo se conoce por la fe. La catedral es moderna, toda de cantería y tallada sin enfado toda; pero por fuera me pareció mejor que no por dentro, porque por allí lucen las torres acabadas, y por aquí la intentan acabar telas de arañas. No tenía otros adornos.

Los doblones, no hay tales carneros ya, porque hay diez años que no se fabrica allí moneda. El Alcázar es una alhóndiga antigua, con cinco salones bajos dorados; todo del tiempo en que rabiaban los reyes, como están en casa de mi bisabuelo don Pedro de Sotomayor. Los altos sirven de alojamiento y alguna vez de prisión. Allí estuvo Riperdá cuando lo hicieron duque, y el de Medina Celi cuando se deshizo de él.

El puente es una frescura, porque otra cosa no es que un canal para conducir el agua a lo más alto del pueblo: comienza diente de pared y acaba eminencia de dos arcos uno encima de otro. No tiene cal, barro, engrudo ni cosas que las piedras ligue; pero cada una es del grueso y largo de un costal de paja y, como están esquinadas y a nivel están, el peso las amarra con seguridad. De los paños sólo te puedo decir, porque a fondo no lo examiné, que habrá seiscientos telares y que doce mil en otras

edades hubo. El común de las mujeres se entretiene en cardar lana, como las de Icod en criar seda, y los hombres en tejlarla: de que debes inferir que toda Segovia es paño y todo lo que no es Corte o puerto de mar con comercio, droga.

Pero, bajando una calzada formidable y enfadosa, se da con una llanura y alameda afable a quien el Eresma, sierpe de plata que arroyo de cristal muere en el Duero, apaciblemente fertiliza, la que es principio de un monasterio de Jerónimos y de otro de Santo Domingo fin. Este tiene noventa religiosos, estudio formal y buenas rentas; pero más respetable que todo se venera en él la cueva en que el Patriarca, regando el suelo con rubíes, hacía producir a el cielo piedades.

Dos tradiciones y una misa oí a el prior en este devoto sitio: ésta me costó cuatro de plata, y cuatrocientas risas aquéllas: porque de ellas creí nada, y de ella todo creí. Dice el prior que una escultura que hay allí es original del Santo. Y ¿qué tenemos con eso? Nada le añade a mi devoción. Pero pedíle la luz con que se ve esa tiniebla; no me la dio, salíme a obscuras. Dice más, que aquella cueva tenía y conservaba la sangre del Santo, aún encarnada, y que un prior curioso con dorados y azulejos de que está toda cubierta la cubrió, mas que les costó un destierro. Este disparatón no quise consentirlo, para que se desmontara el Padre, si me tuvo acaso por tan devoto sencillo como son los de Segovia. No le quitarás al marqués de Lozoya del alma esta credulidad. No peca: es la segunda parte de Gasparito de Ponte. Porque todo aquel enlace de buril y escoplo, de azul ultramar y de carmín fino no se formó en una noche ni dejaría de saberse en la provincia: pues ¿cómo el prelado sólo es desterrado? Y ¿cómo pasó a una obra tal, sin consulta de sus frailes y sin licencia de su provincial? Y ¿cómo hemos de creer que hubo gente racional y docta, aunque más frailusca sea, que tapara ni aun con losas de diamante la sangre de Santo Domingo?

¡A mi tía con esos cuentos! Ni hubo tal destierro ni tal sangre había cuando se doró la cueva. El tiempo, robador alevé de lo más precioso, nos usurpó ese tesoro de los ojos y en una tal cueva, arruinada ya, se hicieron precisos los adornos. El sitio entenece, el santo conmueve, la culpa bate en el alma y en los ojos el arrepentimiento.

En el convento de Jerónimos hay cuarenta religiosos y poca o ninguna escuela, porque no alcanzan las rentas, mas hay en él dos cosas remarcables: una huela, la otra abraza. Aquélla es una pila de seis pies en cuadra y con cinco caños por donde vierte nieve la taza y está (esto es lo raro) en un cuadro de diez y ocho pies, debajo de los corredores. El un cuadro es la puerta que llamamos de Gracia; otro es la escalera que sube a los corredores; otra la puerta de la sacristía y el otro, puerta para entrar al claustro. ¡Qué pensamiento tan extraño! Con hábito de carro de oro, sin licencia de la pila ningún P. Maestro entrará, si bien en Segovia aún no han entrado los tontillos ni la papillota: entrará cuando en Icod. Sólo tendrá de bueno para algunos frailes la tal pila, el que las mujeres desde la iglesia puedan con una sarabatana beber, porque para otros con más gusto las llevaran a refrescar a las celdas.

La otra cosa remarcable es la cantidad de reliquias que guardan en la sacristía. Hay un pedazo de espalda de Santo Tomás de Aquino; hay tres piedras de las con que martirizaron a San Esteban, que son tamañas como nueces y parecen de un toscál: por cierto que el que le tiraba con aquéllas era amigo. Está la cruz con que predicó San Andrés: tendrá dos dedos de ancho y palmo y medio de largo con la peana, que es de dos escaloncitos; la madera no conozco, pero está sin el barniz lustrosa. Hay sangre de Cristo N. S. en una redomita de cristal. Hay otras muchas reliquias de mártires, sobre que me remito a lo que dicho te llevo.

Mas porque el aceite del candil se aleja, al paso que las horas del correo se me acercan y empeñado en éste la respuesta, usted se me quede con la Virgen por ahora, que el frío y mi mujer me llaman; hasta que mañana volvamos otra vez a vernos, para responder a las dos posdatas de tu carta.

Madrid y diciembre 5 de 1744.

POEMAS ESCOGIDOS

**SONETO AL PICO DE TEIDE, EN
DICIEMBRE DE 1732 EN QUE SALIO
EL MARQUES DE SANTA CRUZ**

¡Oh cuán distinto, hermoso Teide helado,
te veo y vi, me ves ahora y viste!
Cubierto en risa estás cuando yo triste,
y cuando estaba alegre, tú abrasado.

5. Tú mudas galas como el tiempo airado,
mi pecho a las mudanzas se resiste,
yo me voy, tú te quedas, y consiste
tu gloria en esto y la crueldad de mi hado.
10. ¡Dichoso tú, pues mudas por instantes
los afectos! ¡Oh quién hacer pudiera
que fuéramos en esto semejantes!

Para ti llegará la primavera
y a ser otoño volverás como antes,
mas yo no seré ya lo que antes era.

GLOSA

I

Adiós robusto Atlante fugitivo,
testigo fiel de la fortuna mía,
en cuyos grillos de cristal cautivo,
lloraba glorias y desdichas reía.

- 5 Mas ¡ay cuán diferente ahora vivo;
porque es Amor, engaño o tiranía!
¡Oh cuán opuesto reconozco el hado!
¡Oh cuán distinto, hermoso Teide helado!

II

Cuando entre dichas no temía la suerte;
tú envuelto en fuego, helarte recelabas;
Las sombras temo ahora de la muerte.
y tú de helar o florecer no acabas.

- 5 Amor ha sido y es mi pena fuerte,
tú te encendías y también te helabas,
en cuyo ser que sólo amor resiste,
te veo y te vi, me ves ahora y viste!

III

- ¡Ay caduco placer, dulce mentira,
pasión gustosa, amable desventura,
jazmín que apenas nace cuando expira,
rosa que mientras abre sólo dura!
- 5 así me helaba yo en tu ardiente pira,
y ahora tú, soberbio en tu hermosura,
que escalar las estrellas presumiste,
cubierto en risa estás, cuando yo triste.

IV

- ¡Oh mudanza infeliz de la fortuna,
metamorfosis cruel de mi tormento!
más vueltas das al orbe que la luna,
más giros que da el sol al firmamento:
- 5 la estrella mía hoy, Teide, es importuna,
la tuya goza su mayor contento;
yo estoy ardiente ahora y tú nevado,
y cuando estaba alegre, tú abrasado.

V

- Muda el campo, en abril, gala de flores;
viste el cielo brillantes, sus estrellas,
y el agosto sazona con ardores,
frutas y espigas, emulación de ellas,
- 5 Giran, ¡oh Teide!, llamas y candores,
penas, lisonjas, gustos, y querellas;
sólo yo, firme estoy en mi cuidado,
tú mudas galas, como el tiempo airado.

VI

¡Qué distintos tenemos los afectos!

¡Qué desiguales las melancolías!

Mas si son tus mudanzas de discretos,
serán de necio, las firmezas mías.

- 5 Yo mantengo de amor dulces preceptos,
y tú, por no tenerlo, fantasías;
tu ser mudable, varias galas viste,
mi pecho a las mudanzas se resiste.

VII

¡No sé cómo consiste mi pasión
sin destruir del alma lo que siento!

¡No sé cómo consiste el corazón
mirando que de mi dolor me ausento!

- 5 Ni sé mi vida en tanta confusión
¡cómo consiste con entendimiento!
¡No lo sé! Sólo sí que (¡oh dolor triste!)
yo me voy, tú te quedas y consiste.

VIII

Espejo de cristal, el campo doras,
mientras que yo, bajel surco de fuego,
el mar de una pasión que a todas horas,
ruina la miro y solicito ciego.

- 5 Mis noches lloro, río tus auroras,
amo mi vida, envidio tu sosiego,
porque se ilustra a impulsos del vendado,
tu estrella en esto y la crueldad de mi
hado.

IX

¡Qué distintas fortunas padecemos,
yo en arder, Teide hermoso, tú en helarte!
mas quien firme venera estos extremos
no debe dar a nadie de ellos parte.

- 5 Pero en algo los dos nos parecemos,
yo en contenerme alegre, tú en mudarte.
¡Dichosos mis afectos por constantes!
¡Dichoso tú, pues mudas por instantes!

X

De fuerte se mantienen generosos,
a vista de tus glorias, mis disgustos,
que debieran tus hechos ambiciosos
desear mis males, por amar tus gustos.

- 5 Mas sólo sabe de entre los dichosos,
mudar los sueños del amor injustos
aquel audaz que deshacer quisiera
los afectos, ¡oh quién hacer pudiera!

XI

Ufano Teide, en tus mudanzas,
desnudas hielos y te vistes flores:
mas yo ajeno de alegres esperanzas,
mantengo siempre amables mis ardores,

- 5 y quiero sólo aquí las alabanzas.
¡Oh quién lograr pudiera a más primores,
y a más desvelo que los más constantes,
que fuéramos en eso semejantes!

XII

- Mientras que iguales fuimos, conservaste
conmigo una amistad firme y amable,
pero al verme infeliz me abandonaste.
¡Costumbre vil de amor interesable!
- 5 Como muchos, caduco monte, obraste,
mirando mi fortuna ya inmutable,
cuando con media vuelta de la esfera
para ti llegará la primavera.

XIII

- De tu siempre nevada frente hermosa,
muchos huyen el cuerpo y no la vista,
pero a vueltas de abril cielo de rosa
harás con menos nieve, más conquista.
- 5 De Ceres la deidad serás copiosa
ninguno habrá que tu favor resista,
serás Pomona en frutas abundantes,
y a ser otoño volverás como antes.

XIV

- En mutación de espigas y de rosas,
calzando nieve o desnudando ardores,
dibujas tus estaciones hermosas,
y haces amables llamas y candores.
- 5 Hoy eres tu piramidal undosa,
habiendo sido ayer trono de flores,
ahora invierno y mañana primavera;
mas yo no seré ya lo que antes era.

SOLEDAD ESCRITA EN LA ISLA DE LA MADERA

- Era del año la estación primera
en que el de Cronos, animal lucido,
acaba en el Zodiaco su carrera,
y empieza presumido
5 a ensangrentar las flores
con golpes de marfil y con ardores,
cuyas puntas, en campos de azul fino,
abriendo van camino
al año, fértil paso,
10 con que Ceres adorna su regazo,
y su madeja helada sacudiendo,
bello signo dorado; presuntuoso,
por renacer venciendo
invierno riguroso,
15 donde pisando altivo las estrellas,
quitar la luz pretende a todas ellas;
y de la Citerea acompañado,
en tanto que el Tonante pasa a nado,
y a la doncella de Agenor engaña
20 con flores que ya viste, y después baña;
gala ahora en sus armas floreciente,
que armas serán después, seguramente,
y a quien el hijo de Clímene sigue,
o con Flegón y Pirítoo persigue,

- 25 osada bazaría
que en sangrienta porfía,
con garrochas de fuego y puntas de oro,
suertes le viene haciendo como a toro.
Cuando, también, respira ámbar la rosa,
- 30 a quien sirven de guarda numerosa
ejército de espinas,
y en trono de esmeraldas sublimada,
las aromas vecinas,
y azucena plateada,
- 35 sin temor del estío
le dan olores, pompa, gala y brío.
En esta, pues, hermosa primavera,
estación en que Flora
de plata el prado y de rubíes dora,
- 40 pisa la fértil playa en la Madera
amante peregrino
a quien la fuerza cruel de su destino
hoy conduce, ignorando lo que intenta;
porque es mayor tormenta,
- 45 derrota, y no victoria,
su alegre fuga. O triste vanagloria,
contra quien la soberbia de Neptuno;
gigante ya de sal, Etna de celos,
pretendiendo subir hasta los cielos,
- 50 campo de Tetis fue, nada importuno;
porque bien se percibe
si aborrecido viene
Titón del alba, en otro tiempo amado;
que en túmulo de plata sepultado,
- 55 piedad amante fuera de los mares,
acabar de una vez con sus pesares,
pues desde fiel partida
tanto aborrece la que amaba vida,
que transformada en triste suerte,
- 60 sólo será la muerte
a tan mísero estado,
horóscopo feliz, dichoso hado.

Las lágrimas no bien de siete Auroras;
miró correr a donde Tetis reina,
65 y si cristales peina
suaves las voces de aquilón sonoras,
mejor del austro aleve,
Brontes de espuma en piélagos de nieve;
le divierten sañudo,
70 cuando chocar con las estrellas pudo,
pues vagando entre varios temporales,
no ya mar de cristales,
océano fue de llamas,
bajel con plumas, águila de escamas;
75 en que se vido, sin remedio alguno,
de Éolo burlado, y de Neptuno.

De esta nadante pira,
funesto albergue donde mal respira
su pecho, todo fuego,
80 Etna apacible, feliz desasosiego;
y en la más alta cumbre
de un cerro o monte vario,
donde apenas se mira el horizonte,
si ya del cielo no es Atlante monte,
85 O piedra sobre piedra,
adorno tosco de ciprés y yedra,
a llorar solitario
alegre asciende, injusta pesadumbre.

Los secos troncos, o verdes gigantes,
90 que centinelas son siempre constantes,
o atalayas robustas de esta roca,
cual con la frente las estrellas toca,
y cual, con ramas bellas,
la menor luz le quita a todas ellas;
95 compañía le ofrecen
como lecho las matas que no crecen,
en cuya, pues, montaña
farol de la campaña,
si no monstruosa sierra
100 terror del prado, asombro de la tierra,

- pesares y suspiros daba al viento,
 cuidados al tormento,
 y con mucho ejercicio
 festejaba gustoso un precipicio,
 105 fatal engaño de una ingrata bella
 de quien mira el retrato en cada estrella,
 ésta en el cielo errante,
 aquélla, entre firmezas, inconstante.
 Mas trayendo consigo
 110 su mayor enemigo,
 o memoria halagüeña,
 sus desdichas contaba a cada peña;
 y aunque ninguna, ingrata, respondía,
 el desdén no sentía,
 115 que ese desprecio, afecto mal pagado,
 lo tienen del amor desengañado.
 Observando aquel astro, luz primera,
 que despierta la Aurora
 de la estación del día embajadora,
 120 o del brillante carro mensajera,
 Fénix del globo ardiente,
 reparó que, a las puertas del Oriente
 no baten rayos, ni en el horizonte
 recordó roja el alba,
 125 ni las aves, al día, hicieron salva,
 siendo esta la vez sólo
 que no rayó la luz, ni encendió Apolo
 con sus llamas el monte,
 y es que el dios compasivo,
 130 memoria haciendo del desdén altivo
 que en Dafne padeció, mudanza aleve,
 por continas de nieve,
 ardiente compañero,
 sus tiernos ojos alumbró primero:
 135 quien suspirando ausente
 al astro, embajador resplandeciente;
 de la mañana ornato,

- como del mal que adora fiel retrato,
suspense le decía:
- 140 «¡Oh, adorada mía,
si bien mía no ya, sólo adorada;
ingrata y falsa, tanto como amada,
¡quién, a mí, me diría, oh tormento,
en otro tiempo, lo que ahora siento,
- 145 Ni quién lo que ahora miro,
que padezco, que callo y que suspiro!».
Nace eterno rubí, de cuyo imperio
depende, y vive toda Monarquía,
progenitor del día,
- 150 de uno y otro hemisferio
fecundo presidente,
que, alternando influencias igualmente
desde la quinta esfera
todo viviente espera
- 155 el ser que lloran con su ardor ausente:
el prado, río, selva, bosque o fuente;
a todos satisface,
y sólo, para mí, terrible nace.
¡Oh ruda Filomena!
- 160 ¡Oh simples ¡ilguerrillos!
Más que yo triste, venturosas aves;
pues con requiebros suaves
gozáis en paz serena
la libertad, que descalzando grillos,
- 165 quise perder violento,
ligando a dulce mal, amargo intento,
de una amable locura,
que me doble el rigor con la soltura;
cuyo sistema impío
- 170 nace oblación y muere desvarío.
Retozando gustoso el cabritillo,
nadando el pez, gorjeando el pajarillo,
se alegran a su modo
sobre la yerba, en matas y en el lodo.
- 175 Murmura el río, cállase la fuente,

- aquél se ríe, y ésta nada siente.
Aja altivo las rosas, o, travieso
el arroyuelo corre, o queda preso;
las azucenas pisa,
- 180 del clavel hace risa,
y sin algún desvelo
desnuda o viste flores, con su hielo.
El león más arrogante,
majestad de las fieras imperiosa,
- 185 la selva huella hermosa,
y áspero el semblante,
con fuertes garras, toscamente armado,
menosprecia el cuidado,
pues forjando un espejo en cada peña,
- 190 su enmarañada greña
consulta, de que veo
tosca la urbanidad, fuerte el aseo.
Prosigue su camino
el pasajero ufano,
- 195 porque el león cortesano
la senda le franquea a su destino,
y en seguro ejercicio
acaba el labrador su noble oficio.
Todo se alegra, todo en fin, descansa,
- 200 y sólo en mi fortuna no hay mudanza.
Nace contento el sol, pues resplandece,
para todo amanece.
Mas ¡ay!, que la memoria cruel ahora
a vista de la Aurora
- 205 trae a mi fantasía,
lo que lloraba el sol, lo que sentía,
cuando la causa de mi triste ausencia
amanecía con él en competencia,
mirando deslucidos sus fulgores,
- 210 al desperdicio infiel de tantas flores,
y viendo ser abrojos
los rayos de la Aurora con sus ojos.

Sin que implique lo hermoso
 con lo cruel, lo tirano, lo alevoso,
 215 que una cosa es la saña,
 y otra la urbanidad de la campaña,
 antes, que guerras hacen imagino,
 la piedad y el candor con lo divino.
 Apolo, en fin, temiendo competencias,
 220 ostentaba en su luz intercadencias:
 salía majestuoso,
 cubríase medroso,
 una vez parecía, otras faltaba,
 ya detenía a Etonte o lo azotaba.
 225 Prosigue el curso ardiente a mi deseo,
 pues cada vez que despertarte veo,
 aunque tu luz me ordena
 un día más de pena,
 espero, si es que la vida me alcanza,
 230 feliz, en muchos giros, la mudanza.
 No te detengas, corre, que te ofrezco,
 si tu favor merezco,
 si logro en tal borrasca tu piedad,
 sacrificar la tabla a tu deidad.
 235 Bate el carro abrasado,
 corre ligero el círculo dorado,
 que, si en la lid de idólatra Amorreo
 al valeroso hebreo,
 cortesano asistente
 240 te paraste, espectáculo valiente,
 y el orgullo tuviste a fiel cochera,
 por dar más día al capitán guerrero,
 propicio ahora a mis suspiros graves,
 sabe moverte, pues pararte sabes.
 245 Acabó este discurso,
 y ocurriendo al sentido
 tumultuoso concurso
 de males, melancólico y tendido,
 sin saber lo que hacía
 250 sólo arrastrado de su fantasía,

pisa suspenso el prado,
 atento a su cuidado,
 y en un vergel sombrío,
 que astuta esconde Flora del estío,
 255 donde el cuerno Amaltea derramaba,
 y el suelo de jazmines alfombraba,
 triste, con cada flor soliloqueando,
 llorando a ratos y a otros suspirando,
 porque, en todas, atento,
 260 retratado miraba su tormento.
 A una rosa encarnada,
 majestad, de las selvas, venerada,
 con melindres de bella,
 con presunción de estrella,
 265 y haciendo a lo galante,
 ostentación de púrpura brillante,
 de su ser condolido,
 le dice enternecido:
 «¡ay, hermosura leve,
 270 retrato de una fiera,
 por quien el alma vive, y nada espera!
 Nube al sol, humo al aire, al viento nieve,
 infeliz por hermosa,
 rosa difunta cuando apenas rosa,
 275 no a tu hermosura creas,
 pues antes que otra luz de Apolo veas,
 cual la fortuna mía
 suspirando en la noche y en el día,
 por más que estés lozana,
 280 desprecio del amor serás mañana,
 pues son sus ansias, cariños inciertos,
 de niño ardores, y de ciego aciertos».
 En una mata verde,
 para que más se acuerde
 285 de mentidos favores,
 de afectos mal pagados,
 y de ardientes cariños afectados,

un jazmín abrasándose nevaba,
 que derramando olores
 290 el viento suavizaba,
 por adonde pasado,
 tiernos los ojos y consigo hablando,
 así decía: «¡ay, triste!
 ¡cuán otro hoy eres de lo que ayer fuiste!
 295 ¡Cuánto hay ya que te falta el blando aliento
 de aquella dulce voz, o tierno acento,
 que alegre a los sentidos respiraba,
 y la vida animaba
 haciendo verdaderas, dulcemente,
 300 mentiras del Oriente,
 y con amable encanto
 la risa plata, aljófares el llanto!»
 A una Clicie amorosa, en otro lado,
 hermosura del prado,
 305 secuaz y firme amante
 del zagal más brillante,
 que con rayos adorna su cabeza
 cuando otra vida empieza,
 tierna flor renacida
 310 del dolor que le tuvo amortecida
 su confusa esperanza,
 la ausencia de su bien, su desconfianza,
 que con vivos colores se adornaba,
 o para recibirlo se afeitaba,
 315 mirando ya a sus ojos
 los rayos ciertos, falsos los enojos,
 ardiente o envidioso
 le dice tierno, si no es ya celoso:
 «Dichosa tú, pues gozas
 320 con abrasado y verdadero afecto,
 las caricias mimosas
 de tu adorado objeto,
 y en gustosas, recíprocas ardores,
 te arroja luces y le tiras flores,

325 y triste de quien pena
 tan fuera de bonanza,
 que ni alivio le queda en la esperanza,
 o será tan ajena
 de gusto a un pecho que suspira y arde,
 330 que llegará tormento o vendrá tarde.
 Logra en amor dichoso tu sosiego
 en cuanto vivo ciego,
 que entre infortunios tales,
 juzgo vivir, eterno, con mis males.
 335 Y si la oscura ausencia,
 en que tu vago amante,
 por alternar constante,
 en otro polo opuesto su influencia;
 bañada tuvo tu hermosura en llanto,
 340 ¡qué no hará, triste, quién padece tanto!
 ¿Habrà, Clicie, algùn día
 que tenga ya alegría?
 Mas, ¡oh cruel pensamiento,
 aún piensas tú, que has de vivir contento!»
 345 En alfombras de florès,
 que alegre sombra verde fresno daba
 y fértil convidaba
 a pasar los rigores
 de una fatiga intensa
 350 dogal al cuello, a la memoria prensa;
 se acostó sin aliento,
 treguas dando al tormento,
 que gustoso le obliga
 a rendir el aliento a la fatiga,
 355 cuyo lecho, de abetos coronado,
 le fue recuerdo infiel a su cuidado,
 que, mudo y discursivo,
 retrataba en su pecho el genio esquivo
 de su mentido dueño
 360 con pincel halagüeño
 y con dulce memoria
 haciendo de su ruina vanagloria.

Ya altiva la retrata,
 ya amorosa, ya ingrata;
 365 con cuya copia hablando
 fueron, si bien a un tiempo recelando
 de sus ojos los tiros,
 lengua el silencio, voces los suspiros;
 y negando a sus ojos
 370 que rosas pierden recaudando abrojos;
 el cristalino censo
 turbado se quedó, se heló suspenso,
 Cuando con quiebro graves
 le profanaron el silencio blando
 375 dos ruiñeños suaves,
 las voces alternando
 con falsas y motetes,
 alados ramilletes,
 que a cadencias y a quiebro
 380 encendían finezas con requiebro,
 y pico en pico suavemente ricos,
 se trocaban las almas por los picos;
 con amor abrasado
 lo encendió ilusionado,
 385 y a interrumpir ligero
 los amantes, inquietos gorjeadores,
 quiso salir guerrero,
 Aquiles transformado por amores.
 Pero después que la ira
 390 dio lugar al efecto que delira,
 quedando sosegado,
 el corazón helado,
 la boca infeliz fragua,
 el alma incendios y los ojos agua,
 395 les habla de esta suerte:
 «¡Dichosos pájarillos que en cadencias
 no padecéis ausencias,
 derrota en triste calma,
 tirano buitre al pecho, infierno al alma.

- 400 dichosos sois, que en quiebro dilatados
lográis favores y perdéis cuidados!
Pero si en vuestro pecho hay cortesía,
suspended por un poco esa armonía,
que mi pasión traidora
- 405 no sé qué glorias me figura ahora
gustosas, pero alevés,
pérdidas largas y gozadas breves;
mas no quiero impediros, envidioso,
un bien de tanto precio,
- 410 un bien que pierdo y, aún perdido, aprecio;
proseguid vuestro estado venturoso,
que también algún día
envidiabais vosotros mi alegría.
Mas, ¡ay, que ya esas prendas adoradas
- 415 astros caídos son, flores ajadas!»
Parece que, advertidos,
los dos tiernos amantes,
águilas ya volantes,
de justas quejas, ansias y gemidos,
- 420 suspendieron el tálamo amoroso,
el éxtasis dichoso,
y dejando la mata que el destino,
treguas dando al camino,
les puso para el canto,
- 425 ardor al pecho, incitación al llanto;
alas dieron al viento
en dulce compañía,
sin que juzgar pudiera el más atento
cuál era el que seguía
- 430 ni cuál el que guiaba,
porque si uno corría, otro volaba,
a cuyo encanto dijo su tristeza,
culpando altivo la naturaleza:
«¡oh quién alas tuviera
- 435 para volar contento
donde el alma me lleva el pensamiento!
¡Qué poco la fortuna en mí pudiera!

¡Oh tiranía grave,
 que falte a un hombre lo que sobra a un ave!»
 440 ¡Qué propio del cuidado es el desvelo!
 pues apenas el monte aborrece,
 llorando flores, y besando el suelo,
 deja el monte, y le ofrece
 por tan heroico hospicio,
 445 y en memoria cortés del beneficio,
 lo que más quiera cuanto más le mata:
 El nombre de una ingrata,
 con el noble dolor que le penetra
 un hidalgo suspiro en cada letra.
 450 Anarda en fin escribe,
 fiando a un tronco toscamente bronco,
 el nombre de otro tronco,
 y más abajo puso ingenuamente:
 muy mal te busca, quien te llora ausente.
 455 Deja en fin el albergue que le esconde,
 y, sin saber adónde,
 la planta fatigada,
 sigue confuso, y triste la jornada,
 pues por su gusto solamente fuera
 460 donde a la causa de sus males viera.
 Así camina, cuando,
 parando un poco planta mal segura.
 mira una cueva oscura,
 que, a ruina amenazando,
 465 se ven por sus resquicios
 horrores, penas, males, precipicios;
 y también se percibe
 ser el calabozo adonde Eco vive;
 prisión de Diana, justa y merecida
 470 por repetir la locución partida,
 porque a ninfa que falta a la verdad
 de su templo la arroja su deidad,
 cuando el discurso entero
 se debe dar al triste pasajero,
 475 y sólo el de tu amante, infiel parlera,

no deja salir fuera,
o si sale, es preciso
oír entero el nombre de Narciso.

- Viendo, del tiempo, cóncava la cueva,
480 confuso así se expresa:
«¡Qué, en fin, tanta dureza
ablanda el tiempo, la consume, y lleva!
Pues ¿en qué me detengo, si algún día
podrá llevarse la tristeza mía?
485 Si el tiempo puede tanto
que muda en risa el llanto,
y el duro bronce a su dureza cede,
¿por qué no puede?» Respondió Eco: PUEDE.

- Esta respuesta leve:
490 lo tuvo un poco atento, no sabiendo
a qué deidad la debe
y, en tanta duda ardiendo,
la pena haciendo pausa,
y el gusto, en él extraño,
495 examina la causa
y se deja engañar del desengaño.
Otra vez dice ardiente:
«en esa dicha que mi pecho alcanza,
¿es cierta la esperanza?
500 ¿Anarda siente verme ausente?» SIENTE.
«¡Oh oráculo dichoso!,
grande aplauso mereces
de un pecho receloso,
pues tanto bien a tanto mal ofreces,
505 sin que lo falso frustre la alegría,
que siempre así vivió mi idolatría,
y sólo fueron ecos
los que entonces ceñí, laureles secos;
y así te vuelve a preguntar el alma
510 si Anarda me aborrece o ama.» AMA.
«Eterna vive, en esa gruta adonde
el hado cruel te esconde,
oráculo en los bosques,

ser de las peñas y el alma de los montes.
 515 Vive en ese cubículo secreto,
 que a ley de agradecido te prometo
 que a tu bello Narciso,
 de tu deidad hechizo,
 con más abrazos, y con menos voces,
 520 en flor alegre, cuando menos, goces.»
 Así decía, cuando
 la planta mal enjuta,
 asaltada se halló de arroyo errante
 que baja de una gruta,
 525 despeños en aljófares pagando
 y ruinas padeciendo de inconstante.
 A ver su origen parte,
 que en varios giros, vueltas, caracoles,
 la senda miente el arte,
 530 y engaños juzga los que da clamores.
 Callando aquí, gritando más allá,
 cruza la selva inquieto, y se detiene,
 aja flores astuto; y las enciende,
 para, y minando por debajo va,
 535 con cuyas variaciones
 cautela pasos, mide precauciones.
 ¡Oh mentidos cristales
 quién beber puede con engaños tales!
 Halló, en fin, aunque tarde, el nacimiento;
 540 que el ardid, la insolencia,
 la astucia, el fingimiento,
 por último se rinde a la prudencia.
 Nace vistosa fuente,
 nevado ardor luciente,
 545 en brazos de un peñasco inquieto y rudo
 con Morfeo hablador, con Febo mudo;
 cercada de laureles,
 verdes aduladores, siempre infieles,
 que con frondosos encarecimientos
 550 el aura soplan, que arde desaciertos.
 Corre, arroyo pequeño,

sangría tierna de escabroso monte,
 parto infeliz de un leño
 que al mar camina y nada al horizonte,
 555 bajel de undosa plata,
 cristalino retrato de una ingrata,
 rica de perlas y de arroyos pobre,
 que ilusa se despeña,
 dejando en cada peña,
 560 para que la ambición mejor zozobre,
 aljófares brillantes,
 cuajados en los cerros, o diamantes.
 «¿Adónde vas? Detente,
 para», le dice, «enfrena esa corriente;
 565 que si codicia undosa,
 descontenta por poco caudalosa,
 de tu ser te destierra
 por valle extraño, por inculta sierra,
 mira que es ajeno de tu ser; para,
 570 que, aunque pobre naciste, corres clara.
 Mira que te despeñas,
 no fíes de las señas
 que la pasión figura,
 que la lisonja incita,
 575 pues caerás de tu altura
 en el engaño que te precipita
 la adulación infame.
 ¡Poco es esto, no sé cómo la llame!
 Que si de plata piélagos procura,
 580 el mar de tu hermosura,
 dejando esos abrojos,
 océanos de fuego te darán mis ojos.
 Mira que en cada paso de tu empeño
 vas dando un paso más a tu despeño.
 585 Suspende, pues, la vena cristalina,
 corriente desahogo en plata fina,
 porque si corres ciego,
 lograrás nunca lo que lloras luego.
 No juzgues mis consejos amenazas,

590 ni coronas tus iras de esperanzas,
 que esto en mí no es bajeza,
 ardor amable sí de mi tristeza.»
 Más prosiguiera, si, cubriendo cerros,
 no le hubiera el dolor, interrumpido
 595 de galgos y de perros
 estruendoso alarido,
 de cazadora, errante compañía
 montaraz vocería,
 que no sólo a ocultar le incitaba,
 600 mas los cerros, también, precipitaba.
 Atento y mudo oía
 el confuso rumor, la montería,
 cuando despeñada
 cierva fugaz, de flechas emplumada,
 605 daba veloz carrera,
 más que el arco ligera,
 o por huir de la pluma la destreza
 fatiga su ser, su ligereza;
 y, atravesando el valle, rayo ardiente;
 610 buscaba mansa fuente
 adonde sed y herida
 matar pudiera, y animar la vida.
 «¡Ay, cobarde engañada,
 memoria de mi daño»,
 615 entonces dice con dolor extraño,
 aliento mudo y voz inanimada!
 «¿Qué importa, que desesperada ahora,
 de la mano traidora
 te apartes, que te inquieta,
 620 si tú en el alma llevas la saeta?
 ¿Ahora ya de qué suerte
 podrás librarte de la muerte?
 ¿Qué me importa que Anarda viva ausente;
 si el Etna que me abrasa está presente?
 625 ¿Qué importa que me aparte
 en esta u otra parte
 si el fuego que me inflama

está en el corazón, y siempre en llama?»
 Menos tardó la cierva fugitiva
 630 de bañarse en la fuente,
 rindiendo en sangre lo que bebió en agua,
 que su pecho ardiente
 soplarse incitativa,
 la siempre en ascua, intensa, viva fragua
 635 que le mata y consume
 y ser fineza o compasión presume.
 Bebe sedienta y, aunque el agua agota,
 en sangre, gota a gota,
 la fuente inunda, y se postró rendida,
 640 pagando lo que debe con la vida;
 en donde, compasivo,
 temiendo discursivo
 algún presagio triste,
 le dice: «Oh cierva, ¡qué dichosa fuiste!
 645 Ya no padecerás ningún despego.
 Diste la vida al precio de un sosiego.
 ¡Quién tuviera tal suerte,
 que rescatare el mío con la muerte!
 ¡Oh caso nunca oído,
 650 encontrar con la muerte un afligido!
 ¡Triste de quien, muriendo,
 amando, padeciendo,
 y del bien descontento,
 halla su alivio sólo en el tormento!»
 655 Así acabó, y en tanto
 que paran los suspiros, corre el llanto;
 cubriéndose, al mirar tanta fineza,
 de luto el cielo, el campo de tristeza,
 y el corazón, que en dulce paroxismo
 660 tormenta fue y bonanza de sí mismo,
 muerta llama, Etna vivo, Eco animado,
 haciendo en fuentes, río, selva y prado;
 mar el llanto, ansia el gusto y nieve el fuego;
 pasmó triste, sintió mudo y quedó ciego.

DANDO LOS AÑOS A MI SEÑORA LA DUQUESA DE ATRI

Por más que nos cuente abriles,
y por más que mayos cuente,
pertinaz la primavera
siempre se nos muestra alegre.

5 Por más que en Siglo de Luces
la Aurora perlas desprecie,
siempre hermosa, y siempre niña
la vemos cuando amanece.

Y por más que el sol cansado
10 de girar rayos se acueste,
siempre renace brillante
cuando de nuevo giro vuelve.

Así, Señora, en los años
de vuestra edad florecientes,
15 aunque más abriles pasen,
están como rosas siempre.

Rayos son, flores, y perlas,
que a nuestros ojos parecen
como las estrellas, firmes,
20 aunque es verdad que se mueven.

A cuya vida estimable
debo yo, y Juanica debe,
los cariños generosos,
y los afectos ardientes.

- 25 Vivid, Señora, y gozad
en siglos de grana, y nieve
tantos años como el Alba
en brazos de Tetis muere.
- Vivid en círculo hermoso
- 30 los años que se requieren
hasta que en porfiadas vueltas,
su fin el círculo encuentre.
- Para que al néctar sabroso
del gordo caldo caliente
- 35 mis inquietudes se paren,
mis divertimientos vuelen.
- Siendo lo más apreciable
ver que Vuecelencia tiene
salud, aunque desconfiada,
- 40 y ésta, sin estudio, alegre.
- Porque en todo lo demás,
Señora, poco se pierde,
que el mundo es un necio engaño,
una bobada, un juguete.
- 45 Yo siempre de Vuecelencia
soy el que fui, y seré siempre;
porque como Saulo de hombres,
apóstol soy de mujeres.

**A LAS TENDERAS, QUE
PROHIBIENDOLES LAS ROPAS DE
SEDAS, OCURRIERON A LA
AUDIENCIA, CUYO ACUERDO
MANDO, QUE LAS PUDIERAN PONER
DE LA CINTURA HACIA ARRIBA**

I

Pelar vos mandó el consejo,
y Manrique con donaire,
cortando el pelo en el aire,
vos repelaba el pellejo;
5 vio la audiencia el cordelejo,
y mandó por agasajo,
que en el cuerpo, sin trabajo,
vos deje usar vuestras modas,
pero que vos pele a todas
10 desde la cintura abajo.

II

- Para no quedar monstruosas,
mejor es andar desnudas,
que no la mitad peludas,
y la otra mitad lustrosas:
5 Centauro de melindrosas
vos hizo el desasosiego,
queriendo en celoso ruego
ser, por vuestra misma mano,
del medio arriba, gusano,
10 del medio abajo, borrego.

III

- Debéis volver a la audiencia,
y por riesgo de la vida
suplicad, que por pasiva
se vos mude la sentencia:
5 Representad, que en conciencia
vos cosquillan los andrajos
y que tenéis mil trabajos
porque es ardiente el sayal,
y vos hará mucho mal
10 calentar los cuartos bajos.

Cristóbal del Hoyo Solorzano. Se le puede considerar como el primer representante de la Ilustración canaria. Su verdadera formación cultural la adquiere en el Puerto de La Orotava en contacto con los extranjeros, y a través de sus viajes por Europa.

En 1716 regresa a Tenerife y fija su residencia en Icod de los Vinos. Su estancia en esta localidad fue escandalosa, no sólo por sus roces con el Santo Oficio, sino también por la querella matrimonial que le interpone su sobrina D.^a Leonor, que motivó su encarcelamiento. Logra evadirse y, después de múltiples vicisitudes, se establece en Madrid en 1736. Aquí publica: *Cartas Diferentes* y *Carta... de la corte de Madrid*, obras que por su contenido religioso le ocasionaron un grave proceso inquisitorial a su regreso a Tenerife.

Miguel Angel Hernández González. Doctor en Filología Románica. Profesor numerario de Instituto. Diplomado en estudios canarios por la Universidad de La Laguna. Ha realizado estudios sobre *La lengua de Bernal Díaz de Castillo* y sobre temas canarios como *Vida y obra del Vizconde de Buen Paso*; *Técnicas gongorinas en el poema Soledad escrita en la isla de La Madera*; *Ejemplos de versiones romancísticas de tradición oral*; *el romancero de tradición oral en Icod de los Vinos*; *La poesía popular canaria. La adivina*.

Además de algunos artículos en revistas especializadas. Es miembro de la Asociación para la Defensa del Patrimonio Artístico y Documental de Icod.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas*.
12. Nicolás ESTEVANEZ: *Mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDOS: *La fontana de oro*.
14. Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PEREZ ARMAS: *Antología de cuentos y De padres a hijos*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Antología*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.

20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.
21. Manuel VERDUGO: *Obra poética*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORON: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIERREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva*.
28. Fernando GONZALEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LOPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCIA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *Obra poética*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *Obra poética*.
38. Arturo MACCANTI: *Obra poética*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRON: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Obra poética*.
42. Eugenio PADORNO: *Obra poética*.
43. Juan JIMENEZ: *Obra poética*.
44. Isaac DE VEGA: *Fetasa*.

45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCIA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCIA RAMOS: *Malaquita*.
48. Juan Jesús ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEON BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. J. CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMIREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 3 de octubre de 1988,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Su vida pudo haber sido la de cualquier noble de su época, despreocupada y ociosa, pero las circunstancias que concurrieron en su persona le encaminaron por derroteros muy distintos.

La Carta tiene muy presente la realidad insular hasta el punto que ésta le sirve como modelo constante para corroborar sus ideas.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem